

UN UNIVERSO DE ANTIMATERIA

DAVID GRINNELL



Al filo del TIEMPO



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



AL FILO DEL TIEMPO

David Grinnell

Título de lo obra en inglés: «EDGE *OF TIME*»
Traducción de: M. O*RTA* MANZANO
Primera edición: Noviembre 1960
N.° *de registro 5883-60 Depósito legal B15570-196C*

I

Acababa justamente William Bassett de montarse de nuevo en su tractor, cuando aparecieron los dinosaurios. Hablando con propiedad, habría que decir que lo que él vio primero no fueron los dinosaurios, sino la jungla. No había hecho más que trepar al asiento de su máquina, dispuesto a reanudar su temprana labranza de primavera, cuando toda la parte de atrás de sus campos se elevó y desapareció.

En lugar de eso, se veía una pared de selva, un cinturón de vegetación verde y gigantesca extendiéndose hasta donde la mirada podía abarcar. Era la jungla más espesa, lujuriante y primitiva, que uno pudiera imaginarse. Bassett experimentó la impresión de hallarse frente a un verdor espeso, formado no por árboles, sino por el crudo verde violento de hierbas y helechos tropicales agigantados hasta una altura comparable con la de pinos poderosos.

Mientras miraba estupefacto aquel asombroso bosque, dos bestias emergieron de él, echando a un lado los tallos, gruesos como troncos de árboles, cual si de frágiles cerillas de madera se trataran. Las bestias, como el labrador recordó más tarde, tenían por lo menos una altura de dos metros. Sus cabezas, de una longitud caballuna, ostentaban mandíbulas en las que se alineaban dientes muy afilados. Dichas cabezas coronaban largos cuellos unidos a cuerpos que retrocedían como las colas de descomunales canguros Tenían el color azul verdoso; ojos, amarillentos y garras, temibles.

Bassett no las examinó por más tiempo. Metió gas, dio la vuelta al tractor, y se encaminó a toda marcha hacia la casa, sin tener en cuenta para nada los cuidadosos surcos que había estado trazando con su arado. Aterrorizado, no se atrevía a mirar atrás, esperando a cada instante sentir en el cuello el hálito de uno de los monstruos. Cuando llegó a la linde del campo, paró el motor saltó del duro asiento y se precipitó hacia la casa.

Una vez llegado allí, se volvió y miró. Pero nadie le seguía. Por ninguna parte había lagartos gigantes. No había ninguna pared de jungla primitiva. Los cuarenta acres del fondo se veían de nuevo perfectamente, y, tras ellos, las cuestas suavemente boscosas del valle, con la línea purpúreo-azulada de las montañas bajas, se recortaban sobre el cielo limpio del atardecer.

Dos muchachos de Cullenville, una pequeña ciudad a unos veinte kilómetros de la finca de Bassett, salieron a pescar a las colinas próximas en la mañana de un sábado, una semana después de que los periódicos locales hubiesen publicado la historia de la visión del granjero. No les interesaba lo más mínimo la extraña experiencia de Bassett; en realidad, lo más probable era que ni siquiera hubiesen oído hablar de aquello. Su intención consistía exclusivamente en localizar un pequeño arroyo remoto del que sólo habían

oído hablar vagamente y que tenía fama de ser el sitio donde se congregaban las mejores truchas de la región. Habían llegado a lo alto de las colinas, después de caminar durante tres horas por los bosques.

Aunque situada en la parte norte del Estado de Nueva York, la campiña no era allí muy propicia para el cultivo; el terreno era pobre y arenoso y estaba cubierto por amplios estratos de roca, por lo que aquella comarca montañosa e improductiva presentaba un aspecto agreste y estaba escasamente poblada. Detrás de las colinas había dos o tres viejas minas de hierro en las que se había trabajado durante la Revolución, pero que ahora llevaban abandonadas más de dos siglos, La zona era buena para la caza, y para poco más. De lo único de que se podía estar seguro era de que ninguna noticia sorprendente ni acontecimiento espectacular podría ocurrir nunca en aquella región soñolienta y a trasmano

Pero para aquellos dos muchachos, y. más tarde, para un sector importante de la población, estaba preparada una sorpresa portentosa. Salieron de una espesura de pinos, treparon a un lomo de rocas que prometía una visión amplia de la barrancada y de la loma próxima, el paisaje usual de pinos retorcidos, peñascos, tocones, matorrales y quebrajas, no hallaron nada de eso. Lo que vieron aquel día fue un valle, largo y centelleante, con la luz del sol derramándose sobre él a raudales; un valle que se extendía hasta el infinito en el horizonte lejano. La visión les cortó el habla y les fue difícil creer en sus ojos.

En aquel valle, a kilómetro y medio o poco más, se alzaba una ciudad extrañísima, que no se parecía en nada a las que los muchachos hubieran visto o imaginado nunca. Las casas tenían forma de colmenas, hechas de piedra y de mortero, y estaban cubiertas con resplandecientes tejados cónicos de dorado brillo. Los jóvenes vieron gentes en aquella ciudad, pero se hallaban demasiado lejos para ser identificados, y, en las afueras, había trabajadores ocupados en los campos.

Los muchachos se miraron entre sí con enorme asombro. Luego, de común acuerdo, se volvieron y corrieron por los bosques en busca de alguien a quien comunicar el descubrimiento que habían hecho.

Cuando regresaron, unos quince minutos más tarde, acompañados por un guardabosque y un pescador a los que habían localizado, no se veía ya rastro de ciudad alguna. Existía tan sólo el valle familiar de rocas, tocones y enmarañadas colinas. Cuando contaron su fantástica historia en la ciudad, naturalmente no fue creída. Sin embargo, el periódico local la recogió.

Sentado ante una mesa, en el piso setenta y cuatro del edificio Publicaciones Carlyle, el periodista Warren Alton examinaba pensativamente un montón de periódicos apilado frente a él.

¿Qué quería decir todo aquello?, pensaba una y otra vez. Alrededor de él, la sala inmensa bullía con la actividad febril del personal que trabajaba en la confección del semanario *People,* acumulando ansiosamente artículos y fotografías que aparecerían en el número próximo. En contraste con las

demás, la mesa de Alton estaba completamente limpia, excepto el voluminoso legajo de periódicos y recortes. De la misma forma, Alton se mostraba tranquilo y pensativo en medio de todo aquel disciplinado huracán de actividad.

Alton acababa justamente de regresar de las ásperas montañas del Perú, adonde había ido para escribir un relato importante acerca de unas ruinas incas recién descubiertas, tema que constituía de momento el rasgo sobresaliente de la revista.

Aquella mañana había venido a la oficina en respuesta a los deseos de su editor de encargarle una nueva tarea. Tan pronto como se hizo anunciar, el secretario de Carlyle salió y le alargó el legajo.

—El jefe desea que se ponga usted a examinar esto ahora mismo. Luego quiere hablarle, a las once en punto.

Eran ya cerca de las diez, y, habiendo leído Alton las nuevas historias que aparecían en los recortes, se dedicó a meditar sobre ellas, digiriendo mentalmente la información absorbida.

Había empezado con la historia de la jungla de Bassett. Siguió luego con la de la ciudad en el valle contada por los muchachos. Rápidamente desfloró después el resto de los informes. Lo primero que notó fue que todos los relatos parecían tener su origen en la misma zona general de la comarca. Lo segundo que observó fue que todas las historias trataban de rarezas a cual más extravagante.

Había la gacetilla que casi parecía el encuentro con un platillo volante, y, al principio, Alton creyó que de eso se trataba. Pero no era eso en forma alguna.

Era un relato acerca de algo visto por el piloto, el copiloto y los pasajeros de un avión de línea. Ocurrió durante el vuelo regular de Montreal a Nueva York. Al pasar sobre una región de bajas montañas, aproximadamente a tres cuartos del camino a La Guardia, vieron algo delante de ellos. Decididamente no se trataba de un platillo volante. Era algo mucho más extraño.

Era un grupo de tres criaturas que volaban por el aire, una detrás de otra, sobre amplias y batientes alas. Cada una de las aves tenía una longitud de cinco metros, y sus alas semejaban tremendos artefactos de cuero, tan limpios de plumas como lo estaban sus cuerpos, cubiertos de escamas de un color rojo pardo. Tenían pequeñas cabezas rojas de pájaros, con grandes crestas escarlatas. Iban volando a unos doscientos ochenta kilómetros por hora, pero el avión se elevó rápidamente y pasó por encima de ellas.

Las bestias no se fijaron para nada en el vehículo construido por el hombre. Siguieron aleteando, imperturbables, mientras el piloto y los pasajeros se quedaban con la boca abierta de admiración. Los tres monstruos volantes se metieron en una nube que el piloto no había visto hasta aquel momento, y, cuando pudo volver la vista atrás, tanto la nube como los monstruos habían desaparecido, y el cielo estaba limpio.

Llegados al aeropuerto de la Guardia, contaron a los periodistas. Las descripciones de las catorce personas que habían visto a los monstruos, concordaban exactamente. Los observadores eran de diversas edades, sexos y ocupación. No era posible que todos tuviesen alucinaciones de la misma clase y al mismo tiempo. Habían visto todos las mismas cosas.

Pero el caso era que tales cosas no existían.

Alton silbó suavemente para sí cuando hubo acabado aquel relato, y leyó algunas de las declaraciones firmadas unidas al reportaje. ¡Algo totalmente nuevo en lo referente a "objetos volantes no identificados"! Excepto en el detalle de que a éstos todo el mundo los había identificado con claridad.

Había hasta dos docenas más de tales informes, sin que coincidieran totalmente dos de ellos. Varias personas habían visto en las carreteras y en los campos extraños animales. Ninguno tan espectacular como los dinosaurios de Bassett, pero, con todo, bestias extrañas habían sido observadas en sitios donde no podía existir ninguna.

La población de una capital de provincias había presenciado una erupción volcánica.

Auroras boreales, habían llamado los entendidos de los periódicos a aquella visión particular. Pero los provincianos no parecían estar muy satisfechos con la explicación.

Una noche, a eso de las diez y media, hacía ahora justamente una semana, en la plaza mayor de la ciudad alguien había observado una llamarada roja en el cielo, por la parte del Este Se puso a mirar y acudieron otros. Se mostraba el perfil de una cumbre inmensa entre las montañas. Pero la ciudad conocía muy bien sus montañas bajitas y lozanas. De ninguna forma podían albergar un pico himalayesco como aquél.

Estaba vomitando gases rojos y purpúreos y podían ver las bocanadas de vapor bermellón y los arroyos de lava fundida al rojo vivo deslizándose por los costados. Llamaron a sus amigos, a sus familiares y a sus vecinos Cerca de doscientas o trescientas personas presenciaron el despliegue fantástico.

Duró cerca de tres minutos aquella visión prodigiosa de un enorme volcán en plena erupción. Vieron llameantes trozos de roca alzarse inflamados por el aire en una gigantesca exhibición de fuegos artificiales. Y luego vieron desaparecer la visión tan súbitamente como había emergido. Un momento antes, un volcán en llamas; al instante siguiente, sólo el oscuro cielo estrellado y la línea baja de sus familiares montecitos boscosos.

Todo el mundo concordaba en diversos puntos. Las descripciones eran las mismas, y había otros dos factores curiosos: nadie había percibido olor de humo, y nadie había oído ningún trueno o explosión.

Por eso, los geólogos, al comprobar que ni siquiera sus instrumentos más delicados habían recogido la menor noticia de tal fenómeno, despacharon la historia con una simple visita insólita de la aurora boreal.

Alton se sentía inclinado a darles la razón a los científicos. En cierta

ocasión, estuvo en la Antártida para escribir uno de sus reportajes y había visto bastantes auroras boreales como para tener una idea de lo asombrosas que puedan resultar. Pero había un detalle que le llamó la atención: la ciudad que había presenciado la erupción volcánica se hallaba en la misma zona general que donde había transcurrido el resto de las apariciones.

Y había otras historias. Todas completamente increíbles, todas juradas como ciertas por diversos testigos.

Alton apartó a un lado el legajo de recortes y se puso a pensar. Aquel era un encargo curioso. ¿Qué se le ocurriría ahora a Carlyle asignarle como misión? Miró su reloj de pulsera. Hora de ver al jefe.

C. B. Carlyle había hecho avanzar a su revista *People* hasta el punto de hacerla rival de la *Lije* de Luce y de la *Look* de Cowles. Lo había conseguido mediante adelantos ingeniosos, mando firme, y una gran capacidad para sospechar con anticipación algunas de las noticias más sensacionales del pasado decenio. De una manera u otra, había conseguido siempre, y ello formaba ya parte de la tradición de la revista, que sus mejores reporteros estuviesen en el lugar de autos antes de que estallase el clamor de la novedad.

Las oficinas de Carlyle eran cómodas y suntuosas, pero Carlyle mismo era un hombre que nunca había perdido el contacto con la vida sencilla.

Hombre rechoncho e imperativo, de grises cabellos, había sido sucesivamente reportero, jefe de ventas y agente de publicidad, habiendo pocas cosas en el periodismo con las que no estuviera familiarizado.

Carlyle se levantó de su butaca cuando Alton entró. El rechoncho y canoso publicista salió al encuentro del alto joven reportero, hasta el medio de la habitación, y le dio un apretón de manos.

—Me alegro de verle de nuevo, Alton. Esa historia de los incas ha sido un buen trabajo. He disfrutado mucho leyéndola.

Volvió a sentarse tras su mesa, y Alton se acomodó delante de él, sintiendo que un calorcillo alegre le corría por las venas. El Viejo sabía muy bien que a la gente de espíritu creador le gusta que sus buenos trabajos sean debidamente apreciados. Y se convertía en un puntillo profesional el tratar de hacerlo aun mejor la vez siguiente.

—Gracias, jefe —dijo—. Me gustó hacerlo. ¿Pero qué es este nuevo jaleo? Me he leído todo el legajo de informes, pero no llego a adivinar qué se trae usted entre manos,

C. B. se inclinó hacia adelante, recogió el legajo de manos de Alton, y lo hojeó rápidamente.

—Cosas raras, ¿verdad? —sonrió—. Pero aquí dentro hay un buen reportaje.

—Sin duda —dijo Alton con compostura—, pero me parece más bien uno de esos reportajes tontos para el verano, y no un trabajo serio.

El director movió la cabeza rápidamente.

—En eso no estoy de acuerdo. Creo que aquí se encierra en realidad una gran historia. Quizás una historia de locos. Pero incluso las historias de

locos hacen que se vendan más ejemplares. ¿Recuerda usted el furor de los platillos volantes? *Life* probablemente se puso las botas al tomarla en serio. Acuérdese usted de que dedicaban varias páginas al mismo asunto cuando empezó la cosa.

Alton asintió. C. B. prosiguió:

—A mi parecer, aquí tenemos una nueva mina. En algún sitio de estos relatos tiene que haber un notición que sorprenderá a toda América, que hará que la gente vuelva a excitarse, y que dará a la T.V. y a los periódicos abundancia de titulares sensacionalistas. Y quiero ser el primero que abra brecha. Y quiero que dedique los próximos días a trabajar en esto.

El periodista frunció el ceño.

—Pero, ¿por dónde voy a empezar? Esto parece ser un revoltijo de toda clase de cabos sueltos. No hay nada a la que pueda uno agarrarse, nada parecido a la idea de platillos volantes por el cielo. Aquí tenemos selvas y bestias, volcanes y extrañas ciudades, y así sucesivamente. La única clave para el meollo de la historia, o el único punto de vista de que disponemos es el hecho de que todos los relatos provienen de una misma comarca.

Carlyle se inclinó otra vez hacia adelante, cruzando las manos sobre la mesa.

—¡Exactamente! Y quiero que se vaya usted a esa zona: a Cullenville y a los demás sitios donde la gente ha estado viendo cosas, y eche una ojeada por allí. Hable con esa gente; vea si puede sacarles algo más. Si continúan diciendo lo mismo, trate de descubrir un lazo de unión en los relatos. Algo que los explique.

’’Quizá todos esos individuos han estado bebiendo algún brebaje que les produce alucinaciones. Quizá se trata de alguna planta narcótica no identificada, como pasa con el Peyoti en el suroeste, una planta que está creciendo salvaje por allí. Tal vez el aire esté sobrecargado de oxígeno y están todos un poco borrachos. Tal vez se ha propagado alguna especie de histerismo religioso que les hace ver luego cosas fantásticas.

’’Pero, sea lo que quiera que sea, *¡tiene que haber una causa!*

—¡Hum! —dijo Alton lentamente—. ¿Le gustaría a usted en realidad que resultase ser alguna cosa que hubieran bebido?

Carlyle se echó a reír.

—Naturalmente, eso sería de interés, y publicaríamos la historia. Pero no sería una sensación muy grande, que digamos. Publicaré todo lo que usted descubre, pero tengo el presentimiento de que va a ser algo más difícil de averiguar que las sugerencias que le he hecho. Me gustaría topar con un asunto que hiciera hablar al resto del país y que sacara a relucir otras historias raras de otras partes. Me gustaría ver volcanes apareciendo en Kansas y dinosaurios en Oregón. Un ama de casa de Florida viendo ciudades en los pantanos. En resumen, sería bonito ver otro jaleo de platillos volantes iniciándose con el artículo que usted escriba.

”Pero usted sabe que *People* es una revista honrada, Alton. Si existe

una solución normal, no vamos a falsearla. Pero, personalmente, creo que este asunto va a extenderse, y quiero ser el primero en tener la historia desde sus fuentes originales.

—Está bien, jefe —dijo Alton—. ¿Cuándo quiere usted que empiece?

El editor sonrió.

—Creo que lo mejor sería que empezase inmediatamente; esta tarde, si puede ser. Llévese un fotógrafo. Puede usted sacar fotos de los sitios y de los personajes de estas nuevas historias y de cualesquiera otras análogas que no hayan recogido los periódicos. Dígale a Gardner que le asigne uno.

De vuelta a su mesa, llamó a Gardner, jefe del departamento de fotografías, y le transmitió las instrucciones de Carlyle. Le dijo que necesitaba que el fotógrafo estuviese listo para salir a la una y media, y que le aguardase en su propia mesa. Mientras tanto, él iría a almorzar, a hacer las maletas y a sacar el coche del garaje Por la tarde emprendería la marcha hacia el norte.

Gardner gruñó como de costumbre. Sus mejores hombres estaban movilizados en otras tareas. Carlyle estaba malgastando el tiempo en un proyecto absurdo. Bueno, ya encontraría a alguien.

II

Cuando Warren Alton volvió a la oficina un poco antes de las dos, dejando aparcado su pequeño Dodge, de un modelo de tres años atrás, en el garaje del edificio, con las maletas que en realidad no había tenido tiempo de deshacer, se acercó a su mesa esperando encontrar allí a su fotógrafo, listo y aguardándole.

No había hombre alguno cerca de su mesa, pero una muchacha estaba retrepada en su asiento, leyendo una revista de cine. La primera impresión de Warren fue la de una cabeza de resplandecientes cabellos negros y un par de inocentes ojos verdosos, cuando la muchacha levantó la mirada al darse cuenta de que él se acercaba. Los ojos se agrandaron y la boca sonrió.

Warren se detuvo y se quedó mirándola.

—Buenas tardes —dijo—. ¿Puedo servirla en algo?

La muchacha asintió.

—Creo que sí. Es decir, el señor Gardner me ha comunicado que tengo que ir con usted para hacer un servicio. Usted debe de ser Warren Alton, el escritor. Me gustó el reportaje que se publicó en el último número...

Alton meneó la cabeza para comprender mejor.

—No entiendo —dijo—. Me anunciaron que un fotógrafo se reuniría aquí conmigo.

—¡Oh! —dijo ella con voz tranquila—. Soy yo. Yo soy el fotógrafo.

Mire.

Señaló al suelo junto a la mesa. Los ojos de Warren siguieron el dedo hasta lo que indudablemente era una máquina rápida, una cámara inmaculada de tal o cual clase, una gran carpeta de cuero como equipo y un maletín de piel roja.

—Me llamo Margaret McElroy Empecé a trabajar para *People* la semana pasada. Y usted... es mi primera tarea importante. Mi tío, Sam Murray, es el gerente de ventas en el Este, me ha hablado muchísimo de usted, señor Alton. Puede usted llamarme Marge; todos mis amigos lo hacen. ¿Le importa que le llame Warren? Es mucho más amistoso y menos solemne.

—Desde luego —jadeó Warren—. Excúseme un momento.

Se apartó de la mesa, se acercó a un teléfono colocado a cierta distancia y pidió que le pusieran en comunicación con Gardner.

Fue una llamada inútil. El jefe del departamento fotográfico se mostró duro como el diamante. Sí, sabía que era embarazoso enviar con él a una muchacha sin carabina, pero la señorita McElroy era una fotógrafa muy buena, habiendo ganado diferentes concursos entre aficionados y semiprofesionales. No, de verdad no tenía a mano a nadie más. Bueno, tal vez hubiese alguna presión por parte del departamento de ventas, pero ya Warren debía hacerse cargo Se cómo estaban las cosas.

Warren colgó el auricular, volvió a la mesa y miró furioso a la muchacha.

—¡Bueno, vámonos! Tengo el coche en el garaje.

Cargó con la maleta de la chica mientras Marge se ocupaba de recoger su cámara y su equipo. Bajaron juntos, acomodaron las cosas y enfilaron hacia la carretera principal.

Durante las dos horas primeras, Warren no pronunció ni una sola palabra. Marge, que se había acurrucado a su lado en el asiento delantero, miraba al paisaje ingenuamente y soltaba alguna que otra exclamación ante alguna escena curiosa.

Después que dejaron atrás a Poughkeepsie, Warren empezó a calmarse. Se pararon para tomar café y charlaron un rato, y cuando llegaron a la zona del condado de Coningo, estaban ya en relaciones más bien amistosas.

Eran más de las cinco cuando Warren entró en Cullenville, y se paró ante un hostal de las afueras.

—Este parece un buen sitio para montar aquí nuestro cuartel general —dijo.

—Sí —concedió la muchacha—. Es bonito. Me pregunto si tendrán piscina.

—No lo sé, y además vamos a estar muy ocupados. Mi intención, señorita McElroy, consiste en terminar con esta historia lo antes posible, y luego volver a Nueva York. Después de eso. podrá usted irse a Coney Island, Rockaway o a donde a usted le guste nadar. Por mi parte, mis propósitos son conseguir un apartamiento con aire acondicionado, descansar en una habitación fresca con un cóctel bien frío y un libro a mano.

Ella sonrió. Tenía una bonita sonrisa, decidió Warren más bien a regañadientes.

—Pues no me parece eso tan malo, después de todo —emitió la muchacha—. Quizá los escritores de revistas no están tan locos como yo había oído decir.

Bajaron del coche, se dirigieron a la oficina, arrendaron habitaciones contiguas y guardaron en ellas sus respectivos equipajes. Cuando volvieron a reunirse para cenar en la ciudad, las primeras palabras de la muchacha fueron:

—Pues era verdad que no tenían piscina.

El asintió. Añadió ella:

—¿Qué le parece lo de llamarme Marge? Vamos a estar juntos unos cuantos días. ¿Cómo le llaman a usted sus amigos?

Warren entró en el coche detrás de la muchacha.

—Creo que la mayoría me llama Warren.

A la mañana siguiente, Warren llamó a la puerta de la muchacha alegre y prontamente. Tuvo que golpear varias veces. Por fin, una voz bostezante le dijo que cesara ya.

—Levántese y vístase —gritó él—. Es ya hora. Tenemos que trabajar.

Ella terminó por asomar la cabeza.

—No son más que las siete. ¿En qué está pensando?

El le dirigió una dulce sonrisa.

—Cuando esté usted de servicio conmigo, acostúmbrese, Marge, a levantarse temprano. Así es que vístase pronto. La espero en la carretera.

Poco más tarde, mientras desayunaban en la calle principal de Cullenville, Marge, ya pizpireta y despierta, le preguntó por dónde iban a empezar.

—Creo que lo mejor será ver primero a William Bassett —replicó él—. Me parece que fue el primero que vio algo. Si hay alguna cosa rara en todos estos cuentos, lógicamente el principio estará allí, Así, pues, vamos a ir a su finca. Esa es otra razón para levantarse temprano. Los granjeros se levantan con el sol, como usted sabe.

La finca de Bassett estaba en la falda de la colina. Era una granja bastante grande relativamente, pero ciertas partes aparecían rocosas y no demasiado productivas.

Después de preguntar en la quinta, localizaron a Bassett en los campos. Resultó ser un hombre corpulento, frisando en los cuarenta, inteligente y de buena educación.

Al principio, Bassett, se mostró fastidiado.

—Ya he hablado unas cuantas veces con periodistas —dijo—, y me estoy cansando de esto. Casi ninguno me cree. La verdad es que no hay más que mi palabra para atestiguar que fue verdad.

Pero Warren Alton tenía probablemente bastante más habilidad que los periodistas de provincias que le habían interrogado antes. Se ganó fácilmente la confianza del granjero y le hizo hablar largo y tendido. Marge se mostró como ayudante muy útil. Por lo visto, a Bassett no le disgustaba del todo la idea de que su foto apareciera en las grandes páginas satinadas de *People*.

Posó para ella montado en su tractor. Condujo a la pareja al mismo sitio donde había visto emerger la selva de la que salieran las dos bestias. Las describió de nuevo, y respondió a otras preguntas.

Warren estaba haciéndolo todo con mucho cuidado. Rebuscó en la cartera que se había traído consigo y extrajo un librito. Lo abrió y le mostró algunas páginas a Bassett. El libro trataba de dinosaurios y otros animales de tiempos prehistóricos, con dibujos de varias clases de aquellos monstruosos lagartos.

Bassett cogió el libro y estuvo estudiándolo.

—Bueno, la verdad es que yo diría que las criaturas que vi se parecen mucho a éstas, pero no veo ningún cuadro que sea *exactamente* como aquéllas. Porque las bestias eran... —y las describió de nuevo.

Su descripción concordaba con el relato original. No se había aprovechado del paso del tiempo para embellecer la historia. Aquello, pensó Warren, era un dato que había que apuntar a su favor.

Warren estuvo andando un rato por el lugar de la escena mirando el terreno, examinando la maleza...

—No encontrará usted huellas, amigo —dijo Bassett—. No había ninguna.

Warren se limitó a asentir y siguió buscando. Finalmente volvieron a la quinta, dejando a Bassett ocupado con la labranza de sus campos. En la quinta, Warren charló brevemente con la mujer del granjero y luego él y la muchacha se despidieron.

—¿Ha descubierto usted algo, Warren?—preguntó Marge mientras se encaminaban a la ciudad—. Quizás estuviera borracho, ¿no le parece?

—No, no —dijo Warren meneando la cabeza—. Estoy completamente seguro de que Bassett estaba en sus cinco sentidos. Por eso se le ocurrió volver a su casa. Es la casa de un hombre sobrio y religioso, a juzgar por el carácter de su esposa. Estuve buscando alguna clase de hierbajos raros en su campo cuando él creyó que andaba rastreando huellas. Pero no vi nada sospechoso.

De vuelta en Cullenville, la investigación prosiguió. Warren y Marge visitaron al policía de la localidad, mantuvieron con él una pequeña conversación, entraron en el silo de heno y víveres y cambiaron impresiones sobre Bassett, tomando algunas fotos al mismo tiempo de la calle principal.

A continuación, buscaron a uno de los dos muchachos que habían visto la ciudad fantástica. Estaba en la escuela, pero su madre se mostró muy acogedora. Su hijo, explicó ella, era un muchacho honrado y no terna en absoluto la mala costumbre de ir contando mentiras. Ella no podía responder sobre la veracidad de la historia, pero insistía en que el niño tenía que haber hablado de buena fe. Les invitó a esperar a que el muchacho volviera de la escuela, animándoles para que se quedasen a almorzar.

Aceptaron la invitación. Luego, cuando regresaron al coche, Marge comentó:

—No me lo explico. ¿Cómo puede haber visto toda una ciudad donde no hay ninguna? Y una ciudad tan rara, además.

Warren se mostró pensativo.

—Me parece que esta gente es sincera. La ciudad primitiva descrita por los muchachos se parece un poco a ciertos pueblos nativos que he tenido ocasión de ver en Africa. Pero me pregunto si es posible que un espejismo aparezca en otro hemisferio.

''Mire usted, si pudiéramos admitir que. por la causa que sea, esta localidad atrae en su zona la formación de espejismos, entonces los otros detalles podrían ser meros errores. Hay tribus africanas que hacen sus cuevas en forma de colmena. Naturalmente no tienen nada de oro ni muchos otros detalles vistos por los muchachos, pero quizá, por efecto de la luz o de la precipitación, el resto de ingredientes vino a unirse a la historia.

”Lo mismo pasa con la selva de Bassett. Si pudiéramos imaginarnos como posible el que un trozo de jungla africana se refleja de pronto por una especie de espejismo en su finca, él podría haber tomado erróneamente a una jirafa o a un par de elefantes por algo parecido a dinosaurios.

—Sí, pero ¿cómo puede un espejismo llegar desde tan lejos, y por qué iban a verlo sólo en esta parte del país? —preguntó Marge.

—¡Ah! —dijo Warren—. Esa es la cuestión, que diría Hamlet. El quid de la cosa.

Pasaron la tarde rondando activamente cerca de las personas que salían a relucir en los distintos relatos. Hablaron con mucha gente de las que habían visto el volcán, y sus respectivas historias concordaban con notable unanimidad. Husmearon en un esfuerzo por localizar algo de brujería o drogas, pero no hallaron el menor signo. En su categoría de comunidad rural, el condado de Coningo se mostraba de una limpieza impecable.

Era un lugarcito delicioso. Su campiña era verde y bien cuidada; las casas, alegres y pulcras y las carreteras orladas de árboles. La parte del centro y del este del condado era pesadamente montañosa, con crestas rodantes, llenas de monte bajo y con escarpados del tipo que se encuentran en el cinturón general de los Apalaches y de las Montañas Verdes.

Pasaron el día siguiente de la misma manera. De nuevo viajando en el coche en torno a las bonitas montañas, buscando por fincas aisladas, hablando con lugareños de pequeñas aldeas enclavadas junto a cruces de caminos. Las visiones de todas aquellas personas habían sido diversas, pero coincidían en el hecho de que todos los visionarios insistían en su sinceridad. Warren y la muchacha reunieron detalles que no habían tenido acogida en los periódicos y obtuvieron además algunas pruebas corroborativas.

Encontraron a gente que había visto a dragones alados del mismo tipo que los descritos por los viajeros del avión. En realidad, parecía que debiera de tratarse de los mismos dragones, pues dos de aquellas personas recordaban que un avión estaba pasando sobre sus cabezas en el mismo momento.

Hallaron a individuos que habían visto animales raros, y uno que pretendía haber contemplado luces extrañas en el cielo en medio de la oscuridad de la noche.

En la mañana del tercer día tenían ya acumulado un material voluminoso, así como muchas fotografías de gentes y de sitios

—Pero ni una mala foto de un monstruo o de uno de esos bichos volantes —se lamentó Marge durante el desayuno.

Estaban comiendo en un pequeño parador cerca de su hostería. Warren había estado revisando sus notas mientras comían, tratando de decidir el próximo punto de ataque. Movió la cabeza de arriba abajo, hojeando su agenda.

—Nunca creí que fuéramos a tener suerte, y no la hemos tenido. No se puede conjurar una visión así como así.

Marge asintió.

—Sí, pero yo estaba preparada. —Dio unas palmaditas a una pequeña cámara que llevaba colgada al cuello—. Esta monada de treinta y cinco milímetros estaba lista para disparar al instante. Pero ni siquiera he podido usarla una vez. Sólo necesito diez segundos, eso es todo.

Warren puso a un lado su libro de notas y volvió a desplegar su mapa de carreteras.

—Tengo una idea —dijo mirando atentamente el mapa—. Volvamos a la hostería. Creo que se me ha ocurrido algo

Volvieron a la hostería, entraron en la habitación de él, y Warren extendió el mapa sobre la mesa escritorio.

—Coja usted un lápiz —le indicó a la muchacha—, y vaya poniendo una crucecita junto a los pueblos que yo le diga.

Ella se inclinó sobre el mapa. El se sentó en la cama y empezó a repasar sus notas, diciendo en alta voz las diversas aldeas y pueblos donde habían estado. Cuando terminó, ella tenía hechas unas treinta cruces en el plano.

Warren revisó el trabajo. Una cosa se echaba de ver inmediatamente.

—Todos los sitios están en el mismo distrito —dijo Marge, anticipándose al comentario de su compañero.

—Sí, y eso resultará significativo si podemos descubrir el por qué —replicó el reportero—. Note usted que los puntos más alejados no están más allá de setenta kilómetros, y que el resto se apelotona en medio. El área total donde han ocurrido estas visiones —y al decir esto trazó un círculo con el lápiz, que abarcaba toda el área— que no tiene más de setenta kilómetros de diámetro.

—Pues es verdad. Entonces, debemos concentrarnos en los otros sitios dentro del círculo, de los cuales no hemos oído decir nada, y quizá consigamos así nuevas historias.

Warren asintió.

—No es mala idea esa, y creo que nos enteraremos de cosas nuevas. Pero no era en eso en lo que yo estaba pensando. Lo que yo quiero descubrir es dónde está el centro de impactos de estas... llamémoslas perturbaciones.

Sacó una regla y empezó a trazar líneas que unían los puntos opuestos más extremos. Cuando terminó, el mapa quedó surcado de líneas. Pero inmediatamente pudieron ver que dichas líneas, tenían realmente un centro radial.

Las líneas se cruzaban unas con las otras aproximadamente en el mismo punto. Los dos se inclinaron sobre el mapa.

—Parece que hay una aldeilla cerca de ese punto. Veamos... Bloomfield Comers. Esto podríamos llamarlo el “centro de la visión”. Puede que no sea más que un apeadero —observó Warren.

—Ayer pasamos cerca de ese sitio —dijo Marge—. Estaba en lo alto de la montaña.

—Y allí es a donde vamos a ir hoy —dijo Warren—. Es el centro de la zona donde estas cosas tienen lugar. Allí deben de haber visto cosas, y quizá, podamos llegar al origen de este asunto, si es que lo hay. Prepare sus cosas. Bloomfield Corners será nuestro nuevo cuartel general.

—Sospecho que si estamos aquí bastante tiempo, también nosotros veremos algo —dijo Marge—. A mí me parece espléndido, aunque tengamos

que montar una tienda de campaña en pleno monte. No me gustaría quedarme sin una instantánea de los monstruos. Estoy segura de que servirían para la cubierta.

—Así lo espero —dijo Warren, y se echó a reír.

Prepararon sus maletas, las metieron en el Dodge y, una vez más, se pusieron en marcha.

Al cabo de media hora, iban avanzando por el serpenteante camino de la montaña, cuando llegaron a un ruinoso almacén de cruce y a una vieja quinta de descoloridas paredes. Un letrero estropeado por el tiempo decía en la fachada del almacén: "Bloomfield Comers", y un antiguo surtidor de gasolina indicaba que aquel era el sitio. Más allá de las dos viejas edificaciones, la carretera se estrechaba y subía en pronunciada cresta hacia lo alto de las montañas, que en aquel punto se alzaban abruptamente en una escarpadura de pinos y rocas.

Pararon el coche, se apearon, y entraron después en el almacén.

III

Dentro del almacén reinaba la penumbra, y, por un momento, hubieron de pararse para acomodar su vista a aquella oscuridad. Había un mostrador que corría a lo largo de uno de los testeros, viéndose, detrás de él, estantes en los que se apilaban latas de conservas. Al otro lado, más estantes y barriles contenían diversidad de mercancías de todas clases, azúcar, chalecos, impermeables, etc. En una esquina había una ventanilla con rejas, una serie de apartados de correos, y el emblema de una administración de Correos de los Estados Unidos de América.

Un hombre ya viejo salió de una habitación situada en algún sitio de la parte de atrás y les saludó.

—¿Puedo servirles en algo?

Warren le miró y avanzó luego a su encuentro.

—Quizá pueda usted ayudarnos. Estamos haciendo una pequeña investigación para la revista *People.*

El anciano asintió.

—¡Ah, sí! —dijo—, ustedes deben de ser el periodista y la muchacha de quienes me han hablado algunas personas. Buscando detalles de esas cosas raras de volcanes y bichos, ¿no es así?

—Eso es —dijo Warren—, y me pregunto si usted conocería a alguien por aquí que tenga algo que añadir a esas historias.

—Pues, la verdad —dijo el viejo tendero—, es que han venido ustedes al sitio justo. ¡Yo mismo he visto con mis propios ojos unas cosas muy raras en las últimas semanas, sí, señor!

Parpadeó ante el chasquido del flash de Marge.

Se tardó un poco en hacerle hablar. Se había acomodado en un viejo sillón, mientras Warren se sentaba en un cajón de manzanas y Marge se encaramaba a lo alto del mostrador, donde se dedicó a hojear un ejemplar reciente de una revista cinematográfica que cogió del revistero próximo.

Al parecer, el anciano había presenciado en realidad un cierto número de cosas, y, lo mismo que él, su mujer y algunos de los vecinos de la carretera. Explicó:

—Primero hubo una estampida de toros salvajes por la carretera en mitad de la noche, con la diferencia de que, delante de ellos, el sol brillaba a más no poder. Mi mujer decía que era un ganado fantasma, pero yo me quedé viendo desde la ventana. Tenían cuatro patas y cuernos, pero no se trataba de ningún ganado que yo hubiese visto en mi vida. Se les veía unas pequeñas jorobas y unas colas peludas, y tenían las patas largas y finas. Corrían como locos, como si alguien estuviera persiguiéndolos, pero no vimos a nadie. Pasaron centenares de ellos en menos de medio minuto, y luego ¡pum! todos desaparecieron.

—¿No quedaron huellas en la carretera? ¿No formaron ruido? —preguntó Warren rápidamente.

El anciano meneó la cabeza.

—Nada de ruido. A la mañana siguiente estuve mirando la carretera; ni rastro de nada. Me imaginé que habrían sido fantasmas.

Warren aguardó pacientemente a que el viejo diera fin a sus reflexiones. Luego, el tendero recordó haber visto otra cosa:

—Una fila de montañas en un sitio donde no podían estar, con árboles y cuestas y todo eso. Y una vez vi un lago justamente al otro lado de la carretera, un lago que se había tragado a la casa de Smithson, donde brillaba el agua azul. Ninguna de las dos visiones duró más de unos segundos, pero parecían completamente reales.

Warren tomó nota de todas aquellas historias. Sus sospechas habían resultado acertadas, pensó, al imaginarse que este sitio debía de hallarse cerca del centro de intensidad de las visiones. Pero recordó que, si bien Bloomfield Corners estaba cerca, con todo, se hallaba todavía a la distancia de un espesor de cabello del centro exacto marcado en su mapa. El centro exacto estaba, al parecer, algo más arriba, en lo alto de la montaña que se erguía tras del almacén.

—¿Vive alguien en esa montaña? —le preguntó al tendero.

El anciano asintió.

—Algunas parejas solían pasar el verano en unas casitas que hay en lo alto, pero ya no vive casi nadie. Sólo una de las casas está ocupada. Un montón de tipos que trabajan en no sé que. Gente de la Universidad, creo.

Warren se enderezó bruscamente.

—¿Gente de Universidad? ¿Cómo puede usted saberlo?

—¡Toma, hombre, eso es fácil! —dijo el almacenero—. Soy el cartero del lugar, y veo que hay cartas que vienen de grandes colegios dirigidas al doctor tal y cual.

—¿Cree usted que podríamos subir y hacer una visita a esos señores? —preguntó Warren.

El viejo sacudió la cabeza.

—Dudo que a ellos les gustara. No parecen ser gente muy aficionada a las visitas y raramente las tienen. Además, la carretera a Thunderhook ha sido ahora últimamente señalada como carretera particular y han colocado los avisos prohibiendo el paso. Al parecer, han comprado todos los lugares que bordean la vieja carretera.

—¿Dónde empieza la vieja carretera? Me gustaría subir y ver todo eso por mí mismo.

El tendero se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta del almacén. Señaló hacia la carretera y dijo:

—Suba usted por esta carretera unos setenta metros y verá a su derecha un estrecho y polvoriento camino. Este le llevará hasta la montaña a lo largo de la carretera del Viejo Gancho, que va recta hasta lo alto de Thunderhook.

No está asfaltado, pero creo que es transitable. Conduzca con cuidado porque hay algunos sitios difíciles y muchas curvas.

Marge soltó su revista y se puso en pie.

—¿Subimos?

Warren asintió.

—Vamos a probar.

Los dos se metieron en el coche. Warren puso en marcha el motor; el coche empezó a rodar.

Cuando se iba alejando del almacén, otro coche bajaba por el camino, viniendo, al parecer, desde Cullenville. Era una furgoneta pintada de negro y se detuvo bruscamente ante el almacén de Bloomfield Corners. Warren aflojó la marcha, buscando el recodo para la montaña, y al mismo tiempo con un ojo fijo en el espejo retrovisor donde podía ver al otro coche.

Observó cómo un hombre saltaba del asiento del conductor y se precipitaba dentro del almacén. Le dio la impresión pasajera de tratarse de un individuo fuerte y musculoso, de rostro duro, que llevaba una chaquetilla corta, tipo marinera. Dejó de fijarse en él y concentró su atención en el camino.

El viejo camino hasta lo alto de la montaña se abría bruscamente al costado de la carretera por la que habían estado viajando. Torció el coche, se apartó de la asfaltada carretera general y se metió por la bifurcación en el camino de grava y de roca que parecía lo bastante estrecho para permitir sólo el paso de un coche. Al hacer el giro, miró hacia atrás.

Tuvo un vislumbre del hombre de rostro ceñudo que salía del almacén de Bloomfield Corners y saltaba al asiento de su furgoneta. Vio cómo el vehículo arrancaba con brusquedad en una serie de brincos y oyó la bocina que sonaba violentamente.

Warren miró al frente de su angosto camino. Empezaba a ascender con rapidez alarmante.

Apretó el acelerador todo lo que le pareció prudente y comenzó a trepar hacia el viejo Thunderhook. A sus espaldas, oía la insistente bocina de la furgoneta.

El camino era muy estrecho, estaba rudamente empedrado, y nunca se pensó que pudiera servir para competiciones de velocidad. Serpenteaba al filo de grandes derrames de rocas, apretados mazos de árboles, oscuridad de monte bajo a través de la cual sólo se podía ver la densa maleza que recubría la falda de la montaña.

Warren mantenía el pie a fondo sobre el acelerador, doblando el coche por puro instinto al llegar a los traicioneros recodos, subiendo por cuestas bruscas y baches imprevistos.

Marge estaba sentada junto a él muerta de miedo, y miraba el camino con la misma fascinación espantosa con que la gente se desliza por un tobogán.

—Ve más despacio —gritó por fin—... o nos mataremos. Si baja un

coche, estamos perdidos.

Warren rechinó los dientes y mantuvo el ritmo. Por fin consiguió decir:

—Voy a descubrir lo que hay en este asunto, y estoy seguro de que la respuesta está allá arriba. Todo va encajando.

Mantuvo la marcha furiosa. Dando bandazos, avanzando casi a ciegas, entre espesas murallas de verdor a uno y otro lado. A menudo, parecía que el bosque se les iba a interponer directamente, pero luego el estrecho y polvoriento camino se abría de pronto. El coche tenía buena suspensión, de lo contrario habrían caído ya a la maleza que se apretaba en los costados.

Marge pudo por fin apartar sus ojos de la visión terrorífica del camino que tenían ante ellos, y echó una mirada atrás. Se estremeció al ver las empinadas cuestas que acababan de subir. Por un instante, se distinguió un largo claro a sus espaldas, y la muchacha pudo ver la parte delantera de la furgoneta, que tomaba un recodo. La bocina sonó de nuevo.

—Todavía nos sigue —jadeó ella, volviéndose para mirar el camino que tenían enfrente.

—Pensé que lo haría —murmuró Warren, torciendo el volante violentamente para esquivar una rama que colgaba muy baja—. Forma parte de todo esto. Pero en ningún sitio se dice que esto sea un camino particular. No pienso pararme.

Justamente entonces salieron momentáneamente a un amplio trecho, casi nivelado. Había un letrero clavado en un árbol. Marge lo leyó en voz alta mientras pasaban al lado con un rugido.

—Dice “Prohibido el paso” —le advirtió a Warren—. Ten cuidado, es un camino particular.

—Bueno —dijo él—, no he visto ningún letrero. ¡Agárrate bien!

El coche dio un bandazo frenético en torno a un saliente de roca, al mismo tiempo que trepaba por un ángulo.

Marge se tranquilizó un poco. Por lo visto, una vez que Warren estaba siguiéndole la pista a una historia, nada podría pararle, a no ser la muerte instantánea, si era que se paraba así. Decidió que ella también podría participar en el juego. Desabrochó la cubierta de la pequeña cámara que llevaba colgada al cuello, la ajustó con una mano mientras con la otra se agarraba al asiento tambaleante. Luego, diestramente, la dobló y apuntó con la cámara a la ventanilla de atrás.

Segundos más tarde, la furgoneta perseguidora hizo una aparición momentánea, y la muchacha apretó el disparador.

—Por lo menos, cuando estemos en la cárcel o en el depósito de cadáveres —observó—. *People* podrá sacar unas fotos de nuestros últimos minutos en estos lugares.

Se volvió v tomó una vista de una parte del camino que tenían por delante y que resultaba especialmente aterradora. Por uno de los lados, la angosta ruta contorneaba un precipicio de más de cincuenta metros de profundidad, con árboles allá en lo hondo que parecían formar una verde

alfombra. Al otro lado, un talud de rocas retorcidas se alzaba abruptamente hacia el cielo.

Dieron la vuelta a una curva, cruzaron un tramo recto con otro recodo brusco a unos treinta metros y volvieron a oír el rugido de la bocina. Luego, repentinamente, se quedaron cegados por el resplandor de la brillante luz solar.

Ofuscado y estupefacto, Warren apretó los frenos y el coche se detuvo con un chirrido. Luego, se inclinó hacia adelante y se limitó a mirar con los ojos muy abiertos, como herido por el rayo.

El camino había desaparecido en absoluto. Los altos árboles y la empinada cuesta habían también desaparecido, las rocas que habían pendido sobre sus cabezas, al otro lado de la carretera, también se habían esfumado.

Ahora era como si estuviesen colgados en el filo mismo de un valle amplísimo, bañado por el sol. Sobre sus cabezas, el cielo era de un verde azulado de un cuento de hadas, moteado por abullonadas nubes naranjas aquí y allá.

Había una ciudad en el fondo de aquel valle, una ciudad absolutamente insólita. Podían ver claramente torres de grandes edificios, algunas de brillante cristal y de metales pulimentados, otras sombrías y extrañamente bulbosas como la imagen grotesca de una metrópoli oriental. Se notaba la sugerencia de una muralla ciudadana y de anchos caminos que la atravesaban. Había estandartes que flameaban en diversas torres, y bolas de humo negro y muestras de objetos que estallaban violentamente en el aire como a causa de choques o explosiones.

Delante de aquella ciudad se extendía un campo abierto y ancho que estaba ocupado por lo que parecían ser dos ejércitos opuestos que se confrontaban. Líneas de hombres entraban a la carga, polvo y humo surgían donde los hombres entablaban combate. Bolas de humo y de llamas denotaban en qué sitio estaba ocurriendo un bombardeo.

No pudieron ver con claridad aquellas figuras; verdaderamente, sólo pudieron contemplarlas un instante, pues algo más inmediato reclamó su atención.

Observaron ahora que un ancho camino subía desde el borde del valle, hasta llegar casi directamente ante su coche. Subiendo por aquel camino, rodando hacia ellos, avanzaba una columna de vehículos acorazados. Eran carros grandotes y torpones, que rodaban sobre numerosas ruedas y no sobre orugas. Los tubos de escape exhalaban vapor por los dos costados, y hombres con cascos de metal brillante estaban encaramados en el techo y en los laterales de los carros.

Los hombres de los primeros vehículos, vehículos que se parecían burdamente a anticuados modelos de carros de combate, vieron el coche de la pareja. Warren y Marge observaron cómo les señalaban y abrían sus bocas para gritar. El humeante carro más próximo dirigió sus cañones hacia el auto, el personal de los cascos enderezó sus armas y se colocó en posición para

verles mejor a los dos.

La reacción instintiva de Marge prevaleció. Levantó su cámara casi en un acto reflejo, y fotografió la escena. Luego apartó su ojo del visor, miró al carro que cargaba contra ellos, con sus cañones bajados ya para tirar a cero, y se puso a gritar aterrada.

Su gritó libró a Warren de la parálisis de estupefacción que se había apoderado de él. Apartó su pie del freno, metió gas, y, por un instante, cerró los ojos.

Recordaba que el camino que tenía delante seguía recto durante un pequeño trecho. Volvió a abrir los ojos cuando calculó que debería estar la curva.

No había ningún valle, ninguna nube anaranjada, ninguna ciudad exótica, ningún carro de combate ni ningún soldado. Sólo el recodo del camino que salía a su encuentro rápidamente; los árboles y las rocas. Tomó la curva, y empezó a aflojar, con la frente bañada en sudor y el cuerpo temblándole por la reacción.

—*¡Ooooohhh!* —jadeó Marge, dejando salir su aliento con un suspiro.

Se recostó, agotada. Y entonces, los dos oyeron el estrépito:

Mezclado con el rugido salvaje de la bocina a sus espaldas, llegó un estruendo de frenos, un sonido de arrastre, luego un ruido de choque y aplastamiento detrás de la última vuelta del camino.

—Sospecho que nuestro amigo no ha sabido dar la vuelta —dijo Warren haciendo casi parar el coche—. O bien cogió por el sitio que no era o se despistó al topar con la visión

—¿Vas a volver atrás? —preguntó Marge, volviéndose para echar una mirada a sus espaldas—. No consigo ver nada.

Warren aumentó de nuevo la velocidad.

—Este camino es demasiado estrecho para dar la vuelta, y, además, podríamos vernos metido otra vez en el espejismo. Seguiremos adelante. Si encontramos arriba alguien, les diremos que vayan a auxiliar a su hombre. Seguimos todavía con lo nuestro, recuérdalo, y hemos de conseguirlo.

—Entonces, por el amor de Dios, conduce más despacio —dijo la muchacha. O todo lo que conseguiremos será una esquela mortuoria en *People.*

Warren le sonrió aprobadoramente.

—Quizá tengas razón en eso— concedió, y continuó a un ritmo más razonable—. Pero hemos visto una visión con nuestros propios ojos, ¿te das cuenta de lo que significa eso? —preguntó—. Y otra cosa: ¿recuerdas haber oído algún sonido de todo aquel maremagnum? Yo *vi* bombas que estallaban, carros de combates que se movían y hombres que abrían sus bocas y actuaban como si estuvieran vociferando, pero no oí ni el menor sonido. Sólo el viento en los árboles y el temblor del coche. ¿Oíste tú algo de la visión?

—Ahora que me lo recuerdas, no —dijo ella—. Pero he sacado una instantánea con mi cámara pequeña.

—Si todo esto es una alucinación de nuestros sentidos, tu placa no registrará más que lo que estamos viendo ahora —dijo él.

Daban entonces la vuelta a otro recodo áspero y boscoso, hallándose luego en un tramo nivelado donde el camino se ensanchaba rápidamente. Minutos después, los árboles se aclaraban y el coche se fue aproximando a un edificio que semejaba un chalet suizo situado junto a la parte derecha del camino. Estaba construido de estuco y piedra arenisca, con oscuras vigas de madera y ornamentadas repisas bajo el alero del tejado de pizarra.

Detrás de aquella vivienda, descubrieron partes de otros edificios medio ocultos por el follaje. Dichas estructuras habían sido construidas al parecer más recientemente que el chalet; estaban hechas de hormigón sin adornos; construcciones en forma de cajas o trapecios perfectamente planos. Una de aquellas construcciones de manera sorprendente, era tan sólo una inmensa cúpula, hecha de alguna especie de metal, que le recordaba a Warren la bóveda de un planetarium En toda la estructura no se veía una sola ventana.

Warren detuvo el coche ante la puerta del chalet.

—Me calculo que es aquí —dijo—. Voy a entrar. ¿Vienes?

—No irás a dejarme atrás —dijo ella, siguiéndole fuera del coche.

Caminaron hasta la puerta de la casa. Al llegar allí, la puerta se abrió.

Dos hombres estaban en el umbral. Los dos eran corpulentos, fornidos, con aire de matones. Uno de ellos, de penetrantes ojos azules y una cicatriz en la barbilla, les miró con las cejas alzadas.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó—. ¿A quién quieren ver?

El otro hombre, que tenía la nariz chata de un luchador, le dio a su compañero con el codo.

—Será mejor que le dejemos entrar, Jack. Es mejor que el jefe hable con ellos.

Jack asintió. Se apartó a un lado ligeramente y señaló hacia el interior con su pulgar.

—¡Vamos, pasen!

Warren, a punto de identificarse, lo pensó mejor. Sería preferible ver al jefe de aquellos tipos. Cogió a Marge por el brazo, sonrió y le susurró al oído:

—Entra en mi alcoba, dijo el lobo...

Se vieron en el turbio vestíbulo del chalet, y Nariz Chata cerró la puerta tras ellos cuidadosamente.

IV

Atravesaron la pequeña antecámara y desembocaron en una amplia habitación de alto techo y que parecía ocupar la mayor parte de la planta baja. Una inmensa chimenea de piedra ocupaba una de las paredes; había muchos sólidos butacones, una larga mesa de caoba, varias bibliotecas, un voluminoso tocadiscos y una colección de álbumes de discos en un armarito de cristal. Las puertas de la sala conducían al parecer a otras partes de la casa.

Marge y Warren permanecieron en pie durante algún rato bajo la silenciosa inspección de Nariz Chata, mientras que Jack salía por una de las puertas. Un minuto más tarde, regresaba acompañado por un proceroso caballero de cabellos grises, vestido conservadoramente.

—¡Ah! —exclamó el individuo, mirándoles desde lo alto de sus agudos ojos azules, bajo las espesas cejas agrisadas—, ¿puedo preguntarles a qué se debe esta inesperada visita?

Warren se llevó la mano al bolsillo, sacó su cartera y extrajo de ésta su tarjeta de periodista.

—Permítame que me presente yo mismo y que presente a la señorita. Somos de *People*...

El anciano señor arrugó las cejas y dejó que

Warren continuara con la presentación. Luego inclinó la cabeza levemente.

—Me llamo Enderby, doctor James Enderby. Debo informarles ante todo que la llegada de ustedes aquí resulta bastante intempestiva. No deseamos en absoluto publicidad alguna, y he de insistir en que aquí no encontrarán historia de ninguna clase para su revista.

—Bueno —dijo Warren, todavía sonriendo—, quizá no. Pero, tal vez, pueda usted arrojar un poco de luz sobre otro asunto en el que la señorita McElroy y yo personalmente estamos trabajando. Todos nuestros hilos parecen conducir a la montaña Thunderhook, y, al parecer, es usted el único que la ocupa.

—Eso es una verdad como un templo —añadió Marge, que se había sentado en una de las butacas y había estado muy ocupada reparando sus facciones con polvos y barra de labios—. Dan ustedes la impresión de guardar un secreto terrible. ¡Y qué falta de hospitalidad! ¡Nunca he visto a gente así! Después del susto que nos han hecho ustedes pasar en la carretera, tener que encontrarnos con unos servidores como los que usted tiene.

Enderby frunció el ceño violentamente.

—¿De qué susto habla usted, señorita?

Jack y Nariz Chata se movieron también para mirarla fijamente.

Marge soltó la polvera y miró con descaro al doctor Enderby.

—¿Qué va a ser? La función de cinemascope que nos ha dado usted en

lo alto del camino. ¡Casi nos morimos del susto! ¡No tenía gracia ninguna!

—¿Una función de cinemascope? —preguntó el anfitrión, desconcertado—. ¿De qué está usted hablando? ¿Qué es lo que ha visto?

—¡Vamos, déjate de disimulos! —dijo Marge—. No sé cómo se las habrá arreglado para lanzar esas proyecciones, o lo que quiera que sean, por la comarca, pero estoy segura de que está usted enterado de todo, doctor.

—¿Pero, qué, qué...? —balbuceó Enderby, confuso y perplejo.

Pero, justamente cuando estaba a punto de seguir con lo que fuera a decir, la puerta principal del chalet se abrió con un golpetazo, y una figura de extraña apariencia se precipitó en el interior de la gran habitación.

Era el perseguidor de la pareja, pero su chaqueta estaba hecha jirones, tenía arañazos en la cara y en las manos; los pantalones, rotos, y manchas de polvo en la camisa y en las mejillas. Estaba para que lo ataran.

Cuando el recién llegado vio a Warren y a Marge, soltó un grito.

—¡Aquí están! —vociferó—. Si no fuese por ellos, y su maldito chismorreo...

Jack y Nariz Chata le cogieron por los codos.

—¡Vamos, cálmate, Kenster! Siéntate. ¿Qué ha pasado? ¿Te saliste del camino?

Kenster se dejó caer en una silla, mirando todavía indignado a los dos intrusos.

—¿Qué os creéis? Estaba persiguiendo a estos dos para hacerles volver y que se alejasen del camino. No tienen nada que hacer aquí. Y...

Vaciló, mostrando a las claras que no deseaba hablar de la visión experimentada junto a la montaña. Warren aprovechó la oportunidad para echarle un cabo.

—Entonces tropezó usted con el espejismo. Vio a los soldados con los carros de combate y perdió el control del coche, ¿no es así?

Kenster se frotó un arañazo en la mejilla.

—Me salí del camino cuando ocurrió aquello. Caí por la cuneta. La furgoneta se ha estrellado entre los árboles, a unos diez metros. Debió pasarles a ustedes.

—Bueno, déjalo ya —dijo Enderby, interrumpiéndole—. Lo mejor será que te vayas a tu cuarto, Kenster, y te adecentes un poco. Cúrate esos arañazos y cámbiate de traje. Más tarde nos ocuparemos de la furgoneta.

Mientras Kenster se escabullía y se le oía subir las escaleras, Warren se volvió decididamente hacia Enderby.

—Bueno, mire —dijo—. Aquí hay algo muy raro, y mi misión consiste en ponerlo en claro. La gente de los alrededores está viendo cosas extrañas, y, por lo visto, usted puede explicar de qué se trata. Están ustedes aquí escondidos en lo alto de una montaña, tienen vigilantes que impiden que la gente se acerque. La verdad es que están obrando como una partida de conspiradores o criminales.

Esta señorita y yo somos miembros de la redacción de una revista

importante de la nación. No puede usted tenernos prisioneros sin que se entere nuestro editor, y, por consiguiente, los periódicos. No puede ocultamos lo que sucede aquí y esperar que cooperemos con sus planes. Creo que habrá comprendido que lo mejor será que se aclare y nos diga quién es usted y lo que representa este establecimiento, dejándose de tonterías.

Enderby le miró pensativamente.

—No me intimida usted ni su cargo. Creo que puedo aplastar cualquier escándalo que intente arrojar sobre nosotros. Da la casualidad de que aquí no se está haciendo nada ilegal. Estos edificios y la parte alta de la montaña son propiedad de la Fundación Lansing. Los que trabajamos aquí somos empleados de esa Fundación, y nos ocupamos de ciertas investigaciones de naturaleza muy reservada. Debo advertirle que este trabajo se lleva a cabo con entero conocimiento y aprobación del Gobierno de los Estados Unidos, y que, si es necesario, no vacilaré en llamar a las autoridades para que impidan que el más mínimo rumor sobre nuestra tarea trascienda al público.

Warren se quedó sorprendido. La Fundación Lansing era una de las más acaudaladas organizaciones científicas del país. En funcionamiento desde la muerte de Walter Lansing. fundador y presidente de la inmensa empresa automovilística Lansing, dedicaba una parte substancial de sus riquezas a promover "el progreso de los conocimientos humanos." Sabía que la Fundación Lansing había dotado a muchos institutos técnicos en el mundo entero, que había financiado varios y valiosos proyectos científicos, que tenía la reputación de haber conseguido muchos logros que, de una manera evidente, beneficiaban a la ciencia y a la invención en general. La Fundación Lansing no era un nombre que se pudiese tomar a la ligera. Hasta era posible que su trabajo estuviese protegido por el Gobierno, por razones de seguridad, si la tarea apuntaba en tal dirección.

A pesar de eso, Warren persistió en sus esfuerzos.

—La Fundación Lansing, doctor, no es el Gobierno. Y si la actividad de una de sus ramas es tal que llega a poner en peligro la paz o la seguridad de ciudadanos inocentes, como los del condado Coningo, es deber de la Prensa explicarlo todo, y, si necesario fuera, combatirlo. Es evidente que algo que se está haciendo aquí produce toda clase de espejismos aterradores, visiones y sustos, poniendo así la base de un estado de opinión que puede conducir al pánico nacional. *People* no se dejará intimidar por el dinero y la fuerza de esta fundación. Debo indicarle que también nosotros contamos con grandes y poderosas influencias.

Enderby frunció los labios, y empezó a mostrarse irritado. Pero, antes de que pudiese contestarle a Warren, fue interrumpido.

Por una puerta trasera de la inmensa habitación, entró un hombre apresuradamente. El recién llegado llevaba puesta una bata blanca y traía en la mano varios papeles. Alzó la mirada, vio a Enderby y se encaminó rápidamente hacia él.

—¿Qué pasa, doctor Weidekind? —preguntó Enderby, molesto por la

interrupción.

Weidekind, un hombre alto y delgado de azules ojos descoloridos y mechones de cabellos pajizos, pareció no fijarse en nada más.

—Hemos tenido un ligero escape en los restrictores, Jim —le dijo a Enderby, hablando rápidamente—. Es posible que haya otro de esos simpáticos espejismos ahí afuera. Especialmente atractivo para nuestros comentaristas. Hemos captado una fase completa del Eon Humeante del Planeta Dos del sector nornoroeste Dos Sesenta y Cinco. Una bonita batalla. Creo que tendremos que aumentar el poder del banco radial del Este.

—Está bien, Weidekind, también yo calculaba lo mismo. No hables de eso aquí; tenemos visita —dijo Enderby rápidamente en cuanto que consiguió parar el chorro de palabras de Weidekind.

Por primera vez, el científico de ojos claros pareció darse cuenta de la presencia de los otros.

—¡Oh! —dijo, y después miró a Enderby.

Este añadió presuroso:

—Vuelve y cierra los restrictores. Iré tan pronto termine con esto.

Weidekind asintió, miró a Marge con curiosidad, y luego salió a toda prisa. En la habitación se produjo un silencio tenso y cargado, mientras cada cual trataba de ajustarse a la interrupción asombrosa.

Warren se daba cuenta entonces de que había algo que subconscientemente había estado notando todo el tiempo. Era un distante bordoneo, que zumbaba en la parte trasera del edificio, y que no había cesado desde que atravesaron la puerta. El zumbido había sido tan constante, que no había llegado a entrar en su mente. Ahora sí lo escuchaba, y notó que las demás personas parecían caer en la cuenta al mismo tiempo que él. De pronto, el rumor cambió de intensidad. Se redujo a un zumbido más apagado, como si alguien hubiese aflojado un mando o parado alguna especie de generador.

Warren rumió también las extrañas observaciones de Weidekind, y, por fin, se decidió a romper el breve silencio.

—Si están ustedes metidos en una tarea de comunicación con otros planetas, sería más prudente que cooperasen con la prensa. Esta es una historia demasiado grandiosa; no pueden esperar tenerla oculta mucho tiempo.

Enderby se le quedó mirando un momento, con aire de perplejidad.

—¿Comunicando con otros planetas? Pero, si...

Su voz murió en un susurro inaudible.

En aquel momento, el guardia Kenster volvió a la habitación, un poco más limpio, pero todavía enfadado.

—Se me ha ocurrido una idea, jefe —dijo—. Lo resolveríamos todo. ¿Por qué no me deja usted coger a estos dos pelmazos, meterlos en su coche y tirarlo luego por el acantilado? De esa forma tendrían una muerte que estuvieron a punto de acarrearme a mí; y guardaríamos nuestro secreto y todo volvería a quedar como estaba. ¿No le parece?

—Eso es —intervino Nariz Chata—. Es una buena idea. ¿Por qué no

nos deja despejar la situación de esa manera?

Jack, el tercer guardia, se indignó. Era un hombre alto y fornido, como los otros dos, pero evidentemente de una naturaleza menos sanguinaria.

—Mire, no les haga caso —dijo—. No podemos hacer eso. Especialmente con esta pollita.

Dirigió a Marge una mirada apreciativa. Marge le miró a su vez.

—Gracias. Tiene usted compañeros bastante rudos.

Pero Warren no tomaba la cosa a broma. Kenster y Nariz Chata pensaban sinceramente en lo que habían dicho. Se apresuró a advertirle a Enderby que si intentaban tal cosa, era seguro que se descubriría. Especialmente estando respaldados por un editor tan importante como C. B. Carlyle.

Enderby se había mostrado impresionado ante la sugerencia sobre lo que habría que hacer con los dos periodistas, pero se notaba que estaba buscando otra solución.

—¿Dijo usted C. B. Carlyle? —preguntó.

Warren asintió. Enderby le preguntó qué tenía que ver Carlyle con el reportaje, y pareció interesarse al saber que era el editor personalmente quien había enviado a Warren Alton a ocuparse de la historia.

—Voy a llamar a las oficinas de la Fundación en Nueva York —dijo Enderby por fin—, Creo que allí podrán arreglar esto.

Se dirigió a una mesa colocada en el extremo más alejado de la habitación, y manipuló en el teléfono.

Durante un rato reinó el silencio. Los guardianes se juntaron y empezaron a hablar en susurros, mirando de vez en cuando a los intrusos. Warren sacó del bolsillo su librito de notas y un lápiz y empezó a escribir rápidamente.

La puerta más alejada, situada en la dirección de donde venía el misterioso zumbido, se abrió sin estrépito y entraron varios hombres embutidos en blancas batas. Weidekind era uno de ellos. Al entrar en la habitación general, traían el aspecto de personas dispuestas a descansar después de un día de rudo trabajo.

Dos de los recién llegados se acomodaron en sendas butacas y se pusieron a hojear periódicos y revistas. Weidekind se acercó a Warren mientras otro se dirigía al tocadiscos y se dedicaba a buscar entre los álbumes.

—Siento haberles interrumpido —dijo Weidekind disculpándose—. No me di cuenta de que estaban tratando de negocios con el jefe.

—No se preocupe —replicó Warren—. No eran exactamente negocios... Y supongo que antes que nada está el trabajo de ustedes.

A continuación presentó a Marge después de presentarse él mismo. Hans Weidekind inclinó la cabeza ligeramente al ser presentado.

—Encantado —dijo—. No tenemos muy a menudo el placer de contemplar en nuestro retiro a una señorita tan linda. Los únicos miembros del bello sexo que vemos por aquí son más bien ejemplares ancianos y

corpulentos.

Marge se echó a reír.

—¡Cielo santo! —exclamó—. ¿Es que no bajan nunca a la ciudad? ¿Tan ocupados están vigilando las fechorías de nuestros amigos marcianos?

Weidekind enarcó las cejas.

—Bueno, marcianos no es precisamente la palabra más apropiada. Sin embargo...

Un hombre de negros cabellos y de unos treinta años interrumpió al científico

—Preséntanos, Hans —dijo.

El hombre del que se había acercado era Louis Marco. El que estaba a punto de poner el tocadiscos y que se había detenido al observar que Enderby iba a hablar por teléfono, se llamaba Roger Stanhope. El resto de los que estaban en la habitación se hallaba formado por Leopold Steiner, calvo y cuarentón, y que llevaba gafas de gruesos cristales, y Cárter Williams, más joven, de cabello castaño rizado y acento del oeste.

—Todos ustedes tienen aires de ingenieros —dijo Warren—. ¿Me equivoco, o son únicamente expertos en investigaciones agrícolas?

Hubo una carcajada general.

—Desde luego no somos del Departamento de Agricultura del Estado, de eso pueden ustedes estar seguros —dijo Stanhope—. Sospecho que, en cierto modo, somos una especie de ingenieros. Pero me extraña que no haya oído usted hablar de Steiner y de Marco. Creía que en *Peoole* estaban ustedes al corriente de estas cosas. ¿No leyó usted los reportajes publicados en la sección de ciencias de su revista hace poco más de un año?

Warren trató de recordar. Probablemente por aquella época habría estado haciendo algún trabajo en el extranjero. Pero Marge intervino inesperadamente.

—Creo haber visto fotos de usted en *People* —dijo, dirigiéndose a Steiner—. Tuve que repasar los archivos hace una semana. ¿No mantenía usted cierta teoría sobre galaxias o algo sobre el estilo?

Steiner resplandeció, pero Warren siguió apretando los tornillos.

—Pensé que serían ustedes astrofísicos. Esto es un observatorio, ¿verdad?

Antes de que nadie pudiese contestar, Enderby colgó el teléfono y se acercó al grupo.

—Por favor, tengan cuidado con lo que hablan, caballeros. Señor Alton, creo que usted me dijo que su editor es C. B. Carlyle.

Ante el asentimiento de Warren. Enderby continuó:

—¿Quiere hacer el favor de llamar desde aquí al señor Carlyle por teléfono? Creo que tiene instrucciones para usted.

El reportero se sorprendió. Se dirigió hacia la mesa, se sentó, y descolgó el auricular. Cuando la preguntó la centralilla dio el número de la línea directa de Carlyle. Después de una corta espera, oyó la voz de su editor.

—¡Hola, Alton! —dijo Carlyle—. Veo que ha llegado usted al meollo mismo de la historia. Buen trabajo. Sin embargo, voy a cambiar mis instrucciones. Al parecer, la Fundación Lansing se ocupa de un asunto bastante más grave que la bomba atómica. No sé exactamente en qué consiste, pero he llegado a un acuerdo con los directores de Lansing para que usted y su fotógrafo se queden ahí hasta que ellos rematen su experimento. A cambio de nuestro silencio hasta que termine la tarea, permitirán que usted y la señorita McElroy se conviertan en sus cronistas oficiales. Ustedes dos permanecerán en Thunderhook y ayudarán. Usted escribirá la versión popular del informe oficial, una vez esté acabado el trabajo. La señorita McElroy tomará las fotos oficiales de la tarea a medida que ésta vaya realizándose.

''¿Qué cuánto tiempo? Según me dice Jim Enderby, ya sabe, el que ganó el premio Nobel de Física hace siete años, el trabajo puede durar todavía varios meses. Quédese usted ahí. Puede ser el reportaje más sensacional de nuestros tiempos. Echeles una mano si lo necesitan; tengo entendido que puede serles usted de cierta utilidad

''¿Que si sé de qué se trata? No, pero tengo confianza en Jim Enderby. Ya le irá usted conociendo. Me ocuparé de que los cheques de su paga le sean enviados regularmente por correos. Lo único que sé acerca de esto es el nombre: se trata del Proyecto Microcosmo. Lo que eso signifique será una exclusiva, escrita por usted, para *People*, cuando las circunstancias lo permitan. ¿De acuerdo? Dígale a Enderby que se ponga, y le confirmaré todo esto.

Warren entregó el auricular a Enderby, se levantó y fue a unirse al grupo, andando despacio, dándose cuenta de que estaban fijos en él los ojos interrogadores de Marge y de los científicos. ¿Proyecto Microcosmo? ¿Qué podía significar eso?

V

—Bueno, doctor Enderby —dijo Warren—, parece que ha conseguido usted dos nuevos miembros para su plana mayor, según lo que me ha dicho C. B. Carlyle. Espero que podrá usted damos cobijo sin molestar a nadie.

El doctor Enderby asintió, alargó la mano, y Warren se la estrechó solemnemente.

—Así es. A decir verdad, podemos utilizarles desde ahora mismo. Realmente nuestra falta de personal es espantosa.

Marge se levantó y miró en tomo.

—Espero que no seré la única muchacha de la banda.

Enderby se echó a reír.

—¡Oh, no, señorita McElroy! Tenemos por lo menos dos señoras en nuestra plana mayor: nuestra competente cocinera y nuestro cuerpo de casa. Así pues no se verá usted completamente... Bueno, creo que es hora de almorzar.

En el mismo momento en que decía la última frase, una mujer corpulenta, de edad mediana y aspecto jocundo, entró en la habitación y empezó a colocar una larga mesa delante de la chimenea. Al parecer, se trataba de la cocinera. Un hombre delgado y ya de edad la ayudaba. Al cabo de un rato, todo el grupo, incluyendo a los tres guardias, estaba sentado y disfrutando del almuerzo. Nadie hacía referencia alguna a la naturaleza de su trabajo, y la conversación era ligera y casual. Warren notó, divertido, que ya Marge era el blanco de los ojos de Jack y de Kenster. La muchacha no encontraría dificultad ninguna para adaptarse.

Mientras estaban tomando el café, Warren sacó el tema a colación. Bueno, quería saber qué era aquello del Proyecto Microscosmos.

Mientras Enderby guardaba silencio, tratando de hallar una respuesta, Kenster tomó la palabra.

—Creo que es un error permitirles que entren en esto. No han sido clarificados por el Servicio de Seguridad, y nada nos autoriza a correr ningún riesgo. Creo que están ustedes pasando por alto el hecho de que este trabajo sería de un valor inmenso para los espías extranjeros. No debemos exponernos a peligro alguno; en absoluto. ¿Cómo sabemos con certeza que estas personas son quienes pretenden ser?

Louis Marco asintió.

—Con todos los respetos, opino que debemos estudiar el asunto con el mayor cuidado. Pueden derivarse consecuencias muy graves de todo esto...

Enderby movió una mano en un gesto impaciente.

—Reconozco el peligro, pero permítanme decir que tengo absoluta confianza en los directores de La Lansing y también en el editor señor Carlyle. Permítanme decir además que actualmente nos conviene más vigilar a

nuestros nuevos miembros que permitir que se marchen o que los metan en la cárcel.

Warren había estado escuchando aquello un tanto alterado. Antes de que se levantasen nuevas objeciones contra la propuesta de Enderby, Warren se puso en pie y dijo:

—Si vamos a ser iniciados, quizá tengan ustedes tiempo de mostrarnos la cosa en conjunto. Todavía no sabemos qué es lo que se está haciendo aquí.

Enderby asintió.

—Sí, ya tenía pensado llevarle a dar una vuelta. —Se volvió hacia los demás—. ¿Quién está ahora de servicio en el observatorio?

—Rendell —contestó Steiner—. Tengo que relevarle de un momento a otro.

Enderby se levantó, y Warren y Marge se le unieron. Le siguieron hacia la puerta lateral y se hallaron luego en la zona situada frente a una serie de estructuras de hormigón que se alzaban a las espaldas de la vivienda principal. Mientras andaban, Enderby describía el proyecto a grandes rasgos.

—Muchas de las cosas que estamos haciendo aquí les parecerán extrañísimas. Dentro de esa cúpula semiesférica está probablemente la cosa más rara que haya habido nunca en toda la existencia del hombre, y sin embargo es una cosa hecha enteramente por obra del hombre mismo. No sé si recordarán ustedes los célebres trabajos del doctor Steiner. Hace algunos años constituyeron la más destacada sensación en los medios científicos.

Warren asintió.

—Estaba preguntándome por qué su nombre me parecía familiar. Creo recordar que se distinguió extraordinariamente en los laboratorios de energía atómica en Hanford, y que, más tarde, presentó algunas teorías originalísimas sobre las fuerzas atómicas. Pero últimamente no se ha oído nunca hablar de él.

—Pues sí, ese es el hombre. En cierto sentido el Proyecto Microcosmos es una idea exclusiva de Steiner. Se lo presentó a la Fundación Lansing, y nosotros lo aceptamos.

Mientras hablaban, llegaron a un chato edificio de cemento.

—Aquí está alojada nuestra pila atómica. Fue necesario añadirla para suministrar el tipo de fuerza que necesitamos para poner en marcha nuestro proyecto. No traten de entrar sin que lo sepan los guardianes. Está bien custodiada, pero es mejor no correr riesgos.

Tras el edificio donde se hallaba la pila había tres largas edificaciones; una, el dormitorio; otra, el lugar donde se guardaban expedientes y legajos; la tercera albergaba las máquinas calculadoras y salas especiales de investigación. No entraron en dichos edificios, que simplemente les fueron señalados. Caminaban, dando la vuelta al parecer a la cúpula semiesférica, como si Enderby tuviera pensado que aquello sería lo último que les enseñaría.

Cuando llegaron por fin ante la puerta de la cúpula, Enderby se detuvo.

—Aquí es donde se halla el Proyecto Microcosmos en sí. Es, como

ustedes verán, exactamente lo que su mismo nombre da a entender

Entraron. Ya en el interior, se hallaron sobre una balconada que daba vuelta dentro de la cúpula. Esta parecía mayor vista desde dentro que desde fuera. Pues desde dentro se veía que era en realidad una esfera completa, hundida la otra mitad en el suelo hasta una profundidad igual a la mitad superior que se alzaba sobre el nivel del terreno. La balconada daba la vuelta por dentro de la cáscara.

Miraron sobre el antepecho. Y durante unos minutos, Marge y Warren se limitaron a clavar sus miradas en el espectáculo, sus mentes atontadas por el asombro.

Estaban contemplando lo que parecía ser el cielo mismo. Miraban a un lado y a otro y lo que veían era una esfera de compacta oscuridad moteada por brillantes puntos resplandecientes de luz intensísima. Veían un lento torbellino de polvo aparentemente blanco, formando un largo dibujo curvo que cortaba la mitad de la negra masa, pasando por el centro.

La masa negra no era sólida; más bien daba la impresión de ser un vacío absoluto, y sin embargo, centelleaba con una miríada de chispas infinitesimales, que relucían y la cortaban vertiginosamente. Era el afecto producido por el movimiento, como si cada chispa estuviera moviéndose y como si la masa del centro en espiral se hallase ejerciendo una revolución lenta, cada una de sus facetas centelleando con viveza y luchando contra la oscuridad que dolía en los ojos y que no era tanto oscuridad sino, más bien, simple falta de existencia allí.

Mirando aquello tenían la impresión de estar contemplando honduras infinitas, de estar a punto de caer en el espacio sin límite. Los resplandecientes puntos de luz les herían en los ojos, atrayéndoles al mismo tiempo. Querían apartar la mirada y tenían miedo de que, si lo hacían, se les escaparía algo maravilloso.

Al cabo de unos minutos, Warren apartó sus ojos con esfuerzo y se obligó a mirar a Enderby, que estaba a su lado observándole con una media sonrisa. Meneó la cabeza para despejarse.

—¡Dios mío! —exclamó el periodista—. ¿Qué es esto? Es maravilloso y... aterrador.

Marge alzó la mirada. Estaba pálida y petrificada.

—Es lo mismo que mirar el cielo —murmuró—. Se parece a las cosas con que se sueña en la infancia.

Enderby sonrió.

—Es lo mismo que mirar el cielo, porque *es* un cielo. Es el Microcosmo, un auténtico universo en miniatura. Las luces brillantes son estrellas; sí, estrellas verdaderas a su escala infinitesimal, y la negrura es las profundidades del espacio de otro universo.

—¿Otro universo? —murmuró Warren, volviendo a fijar su mirada en el espectáculo—. Sí, no hay error posible. ¡Qué proyección tan maravillosa! ¡Qué planetarium tan fantástico!

—No —le corrigió Enderby—, no se trata de proyección alguna, y no es tampoco ningún plane tario. Es auténtico. Es lo que parece ser. Es un verdadero universo.

Warren volvió a alzar la mirada.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Un universo en una cúpula...? No; es un engaño o una ilusión.

—Nada de engaño —dijo la voz de Steiner, que, calladamente, se les había unido—. No hay engaño que valga. Vengan ustedes a los telescopios y miren por sí mismos.

Warren y Marge se volvieron. Entonces notaron que, alrededor de la balconada, en diversos puntos, había instrumentos agrupados: telescopios, espectroscopios y otros muchos artefactos cuya utilidad no se comprendía de momento Steiner se dirigió al telescopio más próximo y ellos le siguieron. Inmediatamente experimentaron una sensación curiosa. Andar junto al microcosmos resultaba fantástico. Se experimentaba la sensación de que había fuerzas que estaban tirando de ellos como si ondas invisibles flotasen a su alrededor.

Warren ondeó los brazos, y a Enderby se le escapó una exclamación ahogada.

—¡Oh, debí advertirles! Si llevan relojes, se les habrán quedado inservibles. Se me olvidó decírselo. Aquí, en el proyecto, no llevamos ningún instrumento de esa clase. Hay fuerzas magnéticas muy poderosas que rodean este experimento; ese es el medio que utilizamos para poderlo controlar.

Llegaron al telescopio: un enorme refractor montado sobre un carrito a lo largo de raíles. Steiner lo enfocó y luego se echó a un lado.

—Mire usted, señor Alton, mire lo que quiera. Usted verá. Es real.

Warren pegó el ojo al ocular, ajustó la visión. Vio una zona de firmamento negro espolvoreado de estrellas. Pero las estrellas no titilaban con la suavidad que se veía en los telescopios astronómicos. Eran duras y brillantes. Movió los mandos y la visión cambió consiguientemente. De pronto, un objeto brillante apareció a la vista. Era una estrella, cercanísima, y no pudo ver el brillante disco de blancor en llamas y los ardientes brazos de la llameante corona estelar mientras expulsaba de su superficie poderosas columnas de gas.

Se quedó mirando, traspuesto, hasta que Marge le empujó en el codo y hubo de cederle el telescopio a regañadientes.

—Tiene el mismo aspecto que una estrella —dijo el periodista por fin. Pero debe de ser pequeñísima ¿Cómo puede continuar de esa forma sin calcinarse?

Steiner meneó la cabeza.

—No es pequeña, ni muchísimo menos. Dentro de su propio universo, esa estrella es tan grande como nuestro sol, probablemente, mayor. Esas nubes de gases, su corona, tienen una altura de miles de millares de kilómetros.

Warren se le quedó mirando asombrado.

—¡Imposible! Usted mismo se está contradiciendo. Primero dice que no es una proyección o ilusión, y que está aquí, que existe. Después dice que es millones de veces mayor que toda esta habitación o quizá que el mundo entero. No puede ser ambas cosas a la vez.

—No puede ser, y sin embargo lo es —dijo Steiner con firmeza—. Esto que tenemos aquí es un universo genuino. Ocupa un espacio suyo propio. No forma parte de nuestro propio espacio. Dentro de su propia existencia; su tamaño es tan grande como el de toda nuestra galaxia; se extiende muchos cientos de años de luz; sin embargo, a nosotros, que estamos *fuera* de su continuo de espacio-tiempo, nos parece pequeñísimo.

“Pero, fíjese en esto. No podemos penetrar en él. Mire.

Cogió una pértiga de un nicho que había en la pared, la empuñó y trató de clavarla en la negra esfera pulsátil del microcosmos. Tocó, o pareció que tocaba, la parte externa, y se detuvo.

—Venga, coja la pértiga, empuje usted mismo —y colocó el cabo en las manos de Warren

Warren cogió el palo, empujó. Era lo mismo que empujar contra una pared de acero. La pértiga se movía, pero en el momento en que tocaba el filo externo de microuniverso, se quedaba parada. Warren la manejó con toda su fuerza, pero no le sirvió de nada.

—Se necesitaría más fuerza para clavar esa pértiga una millonésima parte de pulgada en ese microcosmos que toda la fuerza que se podría reunir en el mundo entero —dijo Steiner suavemente—. Porque esa cosa que usted está viendo no está en absoluto en este universo.

Marge apartó sus ojos del telescopio.

—Pues yo lo estoy viendo, así es que tiene que estar en algún sitio de esta habitación. Tiene que estar aquí, en la Tierra. ¿O es que nos quiere usted tomar el pelo?

Steiner les hizo señas para que tomaran asiento a io largo de un banquillo que corría junto a la pared interno del edificio.

—Siéntense; les explicaré cómo esto llegó a hacerse una realidad, y por qué es lo que es.

Retrocedieron y tomaron asiento. Sus ojos seguían clavados en la visión lúgubre del microuniverso pulsátil. El mismo Steiner, que debería estar tan familiarizado con él, también lo miraba fijamente. Era algo que inspiraba tanta veneración, que, fuese lo que fuese, nadie podía apartar su mirada de allí durante mucho tiempo.

—Todo esto surgió de una idea que tuve hace unos diez años —empezó diciendo el doctor Steiner—. Aunque no creo que estén ustedes muy familiarizados con la Física moderna, excepto lo que hayan leído en obras de vulgarización, probablemente sabrán que, como resultado de nuestros estudios sobre la energía atómica, hemos hecho tremendos progresos en nuestro conocimiento de la estructura de la materia y del universo.

—Desde luego —asintió Alton.

—Mucho de esto se debe a la invención y perfeccionamiento del liclotrón, un artefacto que nos permite observar el comportamiento de partículas de materia a velocidades hasta ahora inconcebibles, y, de esta forma, deducir propiedades que no se sospechaban antes. El ciclotrón ha puesto los cimientos para cambios amplísimos; por ejemplo, el actual bevatrón es capaz de realizar operaciones inmensas.

’’Como consecuencia de nuestra investigación acerca de la escisión de los átomos y del análisis de las partículas así liberadas, hemos descubierto que la materia y la energía pueden hallarse en muchas más formas que las que anteriormente se pensaba. Ahora hemos clasificado a docenas de diferentes tipos de partículas subatómicas, y entre ellas algunas, como el antiprotón y el antineutrón, que, decididamente, parecen no existir de forma normal en nuestro propio universo. Estas partículas tienen las mismas propiedades que las partículas normales de nuestra propia materia; sin embargo, a causa de que su carga eléctrica está exactamente revertida, no podían existir en contacto por parte alguna de nuestro universo durante un tiempo mayor a una fracción de segundo. Y sin embargo, pudimos llegar al descubrimiento de que la Naturaleza permitía que tales cosas pudieran ser concebidas; sí, incluso permitía que el concepto de antimateria se formara: enteras estructuras, moléculas, masas, similares en todos los aspectos a la materia normal y a las moléculas de nuestro universo, y, sin embargo, absolutamente incapaces de existir un contacto con nuestro universo mismo. La idea de esta materia de imagen-en-el-espejo era posible, pero en ninguna parte podía esperarse encontrarla. Pero nosotros pudimos, aunque resulte raro decirlo, *hacerla.* Mantenerla existiendo, no; pero hacerla, sí.

”Y ese fue uno de los ángulos de mi idea —terminó por decir Steiner, deteniéndose para mirarles y ver si habían seguido su explicación.

—Entonces, ¿eso es un universo de antimateria? —preguntó Warren, señalando el microcosmo.

—Pues, francamente, no lo sé —replicó Steiner—. Probablemente, no. Pero la verdad es que la idea surgió de este pensamiento. El pensamiento consistía en que podríamos crear lo que no existía en este universo y que físicamente *no estaba permitido* que existiera en este universo... y que, sin embargo, podía ser creado. Ese fue uno de los pensamientos que daban vértigo.

”E1 pensamiento siguiente, fue una idea que surgió de una conjunción de dos leyes de la Física. La primera tenía algo que ver con los cambios que tienen lugar en la masa de una partícula cuando ésta se acerca a la velocidad de la luz. Einstein, seguido por los trabajos de Lorenz y Fitzgerald, determinó que un objeto en movimiento iba ganando masa y' alargándose en dirección al infinito a medida que se aproximaba a la velocidad de la luz. Teóricamente, a la velocidad misma de la luz, esta partícula sería de masa infinita y de infinita longitud.

”En nuestro trabajo con los ciclotrones, llegamos a determinar que eso

sucedía realmente así. Medidas meticulosas de partículas aceleradas hasta acercarse a aquella velocidad mostraban un fuerte y rápido incremento en la masa de dichas partículas. Parecía como si para siempre fuera a ser imposible lograr obtener energía suficiente para llevar por fin a la partícula a aquella velocidad suprema.

Se detuvo para tomar aliento Los dos oyentes no le interrumpieron.

—El otro factor que se me ocurrió fue el principio insignificante. Es casi el extremo opuesto de las investigaciones sobre el espectro. La idea del cero absoluto en la temperatura. Se sabe que la temperatura de un objeto es el resultado de la velocidad relativa de sus moléculas. Cuando un cuerpo se calienta, sus moléculas se apartan unas de otras con mayor rapidez y se mueven más aprisa. Cuando pierde calor, las moléculas aflojan su velocidad y se aproximan unas a otras. En el cero absoluto, las moléculas perderían toda movilidad y llegarían a un paro total. Semejante paro debería hacer que todas las moléculas se juntaran, que formasen una masa sin movimiento interno. Eso también parecía una perspectiva inalcanzable. Diversos experimentos habían producido temperaturas que lindaban sólo con fracciones por encima del cero absoluto, pero tampoco el cero final podía ser alcanzado.

”Mi idea fue la de combinar ambas operaciones. Intentar que una partícula alcanzadas simultáneamente tanto la velocidad de la luz como el cero absoluto de temperatura. Tuve una corazonada, una de esas raras inspiraciones que surgen a veces de la nada cuando uno está trabajando en un problema difícil: la de combinar la ultrarrapidez ciclotrónica con los métodos de ultrarrefrigeración, pensando que, de esa manera, resolvería ambas dificultades. La adición de masa a una partícula llevada cerca del cero absoluto podría ser el factor extra. Y viceversa.

’’Porque, como ustedes ven, hay esto en la velocidad de la luz y en el cero absoluto de temperatura: ambas cosas constituyen aparentemente los límites de nuestro universo. Ambas forman parte de las murallas restrictivas de nuestro mismo cosmos.

Steiner hizo una pausa, absorto en sus pensamientos. Warren miró las estrellas del universo pulsátil centelleando en las profundidades del microcosmo. Aguardó en silencio.

—Expuse esta idea y trabajé en ella durante cuatro años antes de ver por fin cómo podría realizarse. Al mismo tiempo, Marco y Weidekind estaban elaborando las posibilidades matemáticas de los resultados. Cuando comparamos nuestras notas, vimos lo que iba a pasar Llevamos nuestro trabaio a la Fundación Lansing. lo explicamos, y se nos concedieron los medios para continuar nuestro experimento v llevarlo a la práctica. Los de la Fundación se dieron cuenta de que el resultado podría ser inconcebiblemente maravilloso. Tenían razón.

—¿Qué sucedió? —preguntó Marge con voz respetuosa.

—El resultado del experimento, el logro consistente en llevar una partícula de materia hasta la masa infinita y hasta la infinita longitud en el cero

absoluto, fue la creación de una *cosa* que no podía existir en nuestro universo. Evidentemente. nuestro universo no puede contener algo de infinita masa y longitud, ni podía una partícula de la absoluta solidez del cero absoluto permanecer fija. Lo que sucedió fue que se creó el germen de un nuevo universo. Lo que sucedió, en resumen, fue la creación por medios, artificiales de exactamente el mismo género de átomo superprimario que debió de existir en el origen mismo de la creación. Un átomo de hidrógeno de masa, infinita ocupando todo el espacio, y comprimido a una densidad que abarcaba en sí misma el potencial todo un universo de materia.

’’Este era el mismo tipo de partícula que los astro-físicos creen ahora que existió en el alba misma de nuestro propio universo, hace cuatro mil quinientos millones de años

Steiner marcó una pausa y se pasó una mano por el ralo cabello.

—Se podía creer semejante superátomo primordial. Y cuando fuese creado, tendría que irse desgarrando y separando más v más de nuestro universo; haciéndose un universo en sí mismo; se crearía un continuo de espaciotiempo suyo propio: un continuo que no tendría relación, dependencia o conexión con el nuestro propio.

”E1 resultado de tales cálculos parecía al principio desalentador. A primera vista, había que opinar que en el momento mismo de nuestro triunfo, el primordial átomo de hidrógeno cesaría simplemente de existir por lo que a nosotros se refería. Pero cálculos posteriores mostraron que rodeando el experimento con ciertas fuerzas magnéticas, conduciéndolo bajo ciertas presiones, no desaparecería, sino se encapsularía a sí mismo, formaría sencillamente para sí mismo una burbuja en nuestro propio cosmos y se contendría a sí mismo dentro de ella.

’’Logramos producir ese primordial átomo-universo aquí en Thunderhook, hace cuatro años. Ahora lo tienen ustedes ante la vista.

Warren contestó lentamente:

—Pero lo que está delante de nosotros no es ningún átomo. Es un sistema galáctico en miniatura.

Steiner dijo:

—Sí. Este es el primordial átomo de hidrógeno tal como aparece algunos miles de millones de años más tarde. El átomo no podía permanecer estable. Hizo explosión, lo mismo que la hizo el primordial átomo-universo que fue en tiempos el todo de nuestro propio universo. Y no se trata de ninguna miniatura; es tan grande como toda nuestra galaxia de la Vía Láctea.

—Está usted diciendo cosas absurdas —observó Marge—. Ni siquiera es tan grande como este edificio. ¿A quién trata usted de tomarle el pelo?

VI

Steiner se rio un poco.

—Comprendo que es difícil de creer, puesto que resulta duro luchar contra la evidencia con que quieren persuadirnos nuestros propios ojos. Permítanme que cambie la argumentación. En sí mismo y para sí mismo es tan grande como nuestra propia galaxia. Tiene un diámetro de aproximadamente cien mil años de luz. Sabemos que es así porque esa es la medida exacta de la velocidad de la luz *dentro* de este microcosmo. *Su* luz, que viaja a la misma velocidad que la luz nuestra y que tiene las mismas propiedades, emplearía un tiempo equivalente a cien mil revoluciones de uno de sus planetas tipo Tierra alrededor de su sol primario, para enviar un rayo desde un filo de este microuniverso al otro.

“Así pues, ustedes tienen razón en un aspecto; para nosotros, y juzgando únicamente con nuestras normas relativas, este es un objeto pequeño. Pero este objeto no obedece a las leyes de nuestro universo; obedece sólo a aquellas leyes de la naturaleza que se ajustan a su tamaño de la misma forma que a su luz interna. Puesto que nosotros mismos no podemos penetrar físicamente en ese universo, debemos juzgarlo tan sólo por sus leyes propias.

“Miren ustedes, es una unidad espacio-tiempo auténticamente independiente. En los últimos cuatro años, años de nuestro tiempo, han transcurrido ahí mil millones de sus años, y sus partículas internas han pasado por un período similar de desarrollo evolutivo. Eso lo verán ustedes más tarde cuando estudien nuestros informes y fotografías. De un superátomo de hidrógeno que hizo explosión ha llegado hoy a un punto en el que tiene los mismos elementos de nuestro propio universo, contando con soles de muchos tipos y edades, teniendo esos soles sus allegados planetarios, estando todos agrupados burdamente en una galaxia de disco en espiral.

Marge siguió meneando la cabeza.

—Digo todavía que es pequeño.

Warren se volvió hacia ella.

—Creo que lo que él quiere decir es que si tú estuvieras ahí dentro, como una persona de uno de sus mundos y con el mismo tamaño, proporcionado a ese mundo, que tienes en la Tierra, sería un universo proporcionado.

—Bueno —dijo la muchacha lentamente—, eso puedo comprenderlo. Pero, ¿qué prueba eso?

—Sí —objetó Warren por su parte—. ¿Qué espera usted enseñarnos con eso? Después de todo, me parece recordar por la astronomía que estudié en la Universidad, que nuestro propio universo contiene no sólo una, sino cientos y probablemente miles de galaxias, y que está constantemente expandiéndose y que es, al parecer, infinito. Este microcosmo de ustedes es

indudablemente más pequeño que el nuestro, contiene tan sólo una galaxia y evidentemente no puede expandirse mucho más, y desde luego no tiene nada de infinito.

Steiner asintió.

—Tiene usted toda la razón, pero pasa por alto el valor que tiene esto. En primer lugar. y ese fue nuestro pensamiento de un principio, sirvió como prueba experimental de diversas teorías relacionadas con la creación de nuestro propio universo. Al ver cómo se va desarrollando, podemos rastrear la evolución de nuestro propio sistema de estrellas, observar el nacimiento de los planetas, comprobar la actuación efectiva de fuerzas cósmicas que en nuestro propio universo son demasiado amplias y lentas para poderlas estudiar.

"Hemos reunido cantidades ingentes de datos de valor absolutamente incalculables relativos a las fuerzas que intervinieron en la creación de nuestro sol y de nuestro planeta v de nuestra especie humana. Lo que es todavía más importante es que veremos también cómo tiene lugar el fin de una galaxia. Veremos lo que sucederá cuando nuestro propio sistema se vaya haciendo viejo, cuando nuestro propio sol se enfríe, v cuando nuestra propia galaxia llegue por fin a la vejez y a alguna especie de muerte cósmica. Lo que vaya a ser esto pertenece por ahora al campo de la hipótesis. Pero en los pocos meses próximos siguientes, aquí, en Thunderhook, tendremos las respuestas.

"Este pequeño microcosmos es limitado, y. sin embargo, porque sus leyes naturales son en esencia las mismas que las nuestras, lo que haga y cómo muera reflejará con exactitud el fin de nuestra propia galaxia. No de nuestro universo, cierto es, pues el universo nuestro, como usted ha dicho, es infinito y está en expansión. Nosotros hemos bloqueado la expansión de éste con nuestra interferencia magnética y de esa forma hemos establecido una barrera a través de la cual este micro-universo no puede penetrar. Por eso consta exclusivamente de una galaxia y es estrictamente finito.

''Como resultado de esta limitación, ha recorrido en mil millones de sus años lo que nosotros hemos tardado en recorrer cuatro mil millones de nuestros años.

Warren volvió a mirar a la pulsátil maravilla siempre cambiante.

—Si lo que usted dice es así, entonces debe de haber planetas que estén al nivel de la Tierra y en esos planetas puede haber vida. Quizás uno o dos tienen incluso vida inteligente.

—Sí —dijo Steiner—, sí, sí. Y ese es el descubrimiento más asombroso de todos los que hemos hecho. No es lo que hubiéramos previsto, pero los resultados van a ser de incalculable valor Pues hay planetas en ese microcosmo que tienen vida. Planetas lo suficientemente parecidos a la Tierra en masa y atmósfera y calor como para tener vida, y nosotros podemos ir vigilando cómo se desarrolla esa vida. Y en quince de esos mundos con vida están ahora en el mismo estadio en que se halla la vida sobre la Tierra, con seres parecidos a los humanos y civilizaciones en auge. En muchos otros hay tipos humanoides que progresan rápidamente.

"¿Se dan ustedes cuenta de lo que eso significa? Significa que cuando esas micro-civilizaciones nos rebasen, lleguen adonde nosotros estaremos dentro de mil, diez mil, quizás un millón de años, podremos usar sus superinvenciones. Dentro de unos cuantos meses podremos estar aquí en Thunderhook en posesión del secreto de máquinas perfeccionadas movidas por la energía atómica, do artefactos antigravitatorios, de perfeccionadas y progresivas astronaves espaciales, y de alguna especie de impulsión estelar. Si es que eso es posible.

Y lo sabremos porque les veremos desarrollarse durante los millones de años que tienen todavía por delante, *contados en su tiempo.*

"Y luego veremos cómo acaba un mundo... éste también. Pero, mientras tanto, estas cosas hacen que nuestro proyecto sea el más valioso con que pueda contar la Humanidad. Los secretos que vamos a descubrir beneficiarán inmensamente al género humano.

Steiner se había inclinado sobre la barandilla a medida que había ido hablando, y miraba intensamente, con gran fijeza, las negras profundidades del microcosmo. Era un hombre poseído por la inspiración. Marge se sentía impresionada Steiner se dominó por fin, se sentó de nuevo y enarcó las cejas.

—Incluso ahora esta cosa me sigue dejando atónito. Perdónenme por haberme excitado.

—No se lo reprocho —dijo Warren—. También nosotros sentimos lo mismo

—Sí —dijo Marge—, pero mire: si no pueden ustedes entrar dentro de ese microcosmo, ¿cómo van a ver todas esas invenciones? Si esos mundos se están moviendo con tantísima rapidez en comparación con nosotros, entonces no pueden ustedes ver lo que está sucediendo. Quizá con una cámara de acción superrápida, pero, ¿tienen ustedes telescopios lo bastante buenos para ver las cositas diminutas que hay en las superficies? Si esos son los soles, ¿cómo pueden ver ustedes a los planetas?

—Una pregunta acertada —dijo Steiner—. Hablando con franqueza, nos puso en un aprieto durante algún tiempo. El experimento fue muy bien antes de que los planetas empezaran a formarse de las nubes de gas cósmico, pero después tropezamos con ese mismo problema. Tenemos poderosos telescopios y podemos ver los planetas. Pero no podíamos detectar los detalles de la vida en sus superficies hasta que no caímos en la cuenta de un extraño fenómeno. Fue lo que nosotros llamamos fase de las visiones por simpatía.

—Eso suena un poco a los espejismos que veníamos persiguiendo —dijo Warren.

Steiner asintió.

—Eso es lo que eran. Como este es un universo en sí, sus fuerzas internas son amplias y poderosas. Fuerzas capaces de establecer vibraciones simpáticas con nuestro propio mundo tan pronto como algunas de sus partículas internas asumieran una fase vibratoria y física similar a la de nuestra Tierra. Comenzamos a ver visiones alrededor de este paraje hace

algunas semanas, y también por varios lugares de los alrededores, para gran apuro nuestro.

“Una vez que un mundo dentro de este microcosmo se parece lo suficiente a la Tierra, alguna parte de él, por razones todavía no bien determinadas, establece una especie de anillo correspondiente o vibración con algún lugar parecido a grandes rasgos de aquí de nuestra Tierra. Este fenómeno adopta la forma de un espejismo, una visión tridimensional de alguna escena que está ocurriendo en el mundo del micro-universo.

”De esa forma detectamos que ahí dentro existe la acepción de un planeta que se halla todavía en el período de la jungla primitiva, con sus bestias en el estadio de los dinosaurios, todo lo cual se reflejó o fue fasado en una granja que hay por aquí cerca.

—¡La granja de Bassett! —exclamó Marge.

—Sí —continuó Steiner—, y muchas más cosas: bestias volantes, partes de cielos, trozos de escenas y ahora me entero por Weidekind de una escena auténticamente humana; un hecho de armas en una guerra que está ocurriendo en un mundo que ya está muy cerca del nivel de nuestra civilización.

’’Por una parte, esas filtraciones nos resultan muy desagradables, porque atraen la atención sobre nuestros trabajos. Hemos ensayado diversos métodos de bloquearlas, de conducirlas por canales. Pensamos que varios bloques magnéticos adicionales suprimirán de ahora en adelante esos espejismos.

’’Por otra parte, tales fenómenos nos proporcionaban los primeros medios de determinar lo que realmente está ocurriendo en las superficies planetarias. Había un efecto secundario todavía más fascinante. Ese lo experimentarán ustedes por sí mismos. Por este otro método podemos saber *todo* lo que pasa; *realmente* todo.

Se quedó callado. Warren y Marge se pusieron en pie y anduvieron lentamente por la balconada mirando al microcosmo desde varios ángulos. Vieron que había montados muchos telescopios La mayoría tenían aditamentos fotográficos en movimiento constante, de forma que se disponía así de un registro completo de todo lo que ocurría dentro del microcosmo.

Volvieron junto a Steiner, que estaba examinando algunas placas espectrográficas. Alzó la mirada cuando les vio volver.

—Ahora debo sugerirles que vayan a la cámara de archivo. Enderby debe de haberles mostrado donde es. Allí habrá alguien que podrá enseñarles fotografías de los distintos períodos de nuestro experimento. Son fascinantes, se lo aseguro.

Marge y Warren salieron por el mismo camino por el que habían entrado. Una vez afuera, se detuvieron, alzaron la mirada para observar el cielo azul y la hierba verde y simultáneamente lanzaron sendos suspiros.

—¡Cielo santo! —confesó Marge—. ¡Qué cosa más rara se siente ahí dentro! Parece un poco casi el estar jugando a ser Dios, y eso me asusta.

—Comprendo lo que quieres decir —contestó Warren—. Es como sentirse fuera de este mundo.

Se tiene la sensación de haber hecho un viaje larguísimo y acabar de volver a la gloriosa luz de la Tierra. Creo que hemos tenido mucha suerte al poder contemplar esto. Ya te imaginarás que puede ser un recodo decisivo en la historia de la Humanidad.

Marge levantó por un momento la mirada hacia él.

—Warren, creo que todavía estás un poquito mareado. Aún no estoy segura de podérmelo creer.

—Será mejor que vayamos a la sala de archivos y miremos las fotografías. Eso cae más adentro de tu campo. Seguramente terminarán de convencerte. Si son un amaño, nadie mejor que tú para notarlo.

—Sí —dijo la muchacha—. Vamos.

La sala de archivos era uno de los largos edificios que Enderby les había señalado antes. Caminaron por la hierba hacia la construcción y hallaron la puerta. Estaba cerrada. Warren golpeó con el puño.

Transcurrió algún tiempo, luego oyeron pisadas que se acercaban, y la puerta se abrió.

—¡Ah, hola! —dijo Roger Stanhope, alzando la mirada hacia ellos.

Llevaba puesta una bata blanca y tenía un sobre en la mano.

—Pasen.

Entraron y se hallaron en una larga habitación llena de estantes archivadores, proyectores y pantallas. Más lejos, se veía una puertecita que daba acceso a un laboratorio de revelado.

—Estaba dentro poniendo en orden algunas cosas —dijo Stanhope—. Realmente, esto ya empieza a fastidiarme. Me parece que alguien no hace más que revolverme las cosas sin decírmelo. Se supone que soy el fotógrafo jefe y el encargado de los archivos. Me gustaría que se me advirtiese con antelación.

Caminaban todos hacia el extremo de la habitación mientras él iba hablando, después de haber Cerrado la puerta con llave. Warren preguntó:

—¿Tiene alguien una llave para entrar aquí?

—¡Oh, no! —dijo Stanhope—. De ninguna manera. Unicamente yo y Steiner y Marco y Enderby. Y estoy seguro de que no ha sido ninguno de ellos, porque no es su costumbre revolver las cosas. Alguien está entrando aquí y usando mis cubetas y mis preparados y revolviendo mis últimas fotos. Me gustaría que me pidieran permiso.

Estaban ahora en el cuartito de revelado. Trozos de películas estaban secándose en las redecillas, otros estaban en las cubetas. Un montón de clisés se hallaba desperdigado sobre una ancha mesa. Warren los miró.

—¿Por qué habían de entrar sin su permiso? —preguntó.

Stanhope movió las manos en un gesto impotente.

—Sabe Dios. Es muy molesto, y hace ya tiempo que dura esto.

Marge dejó escapar un silbido.

—Quizá Kenster tenía razón; quizás hay aquí un espía.

—¡Espías! —jadeó Stanhope—. ¿Quiere usted decir que un espía entra aquí y saca copias? ¡Nunca se me habría ocurrido!

Warren miró en torno.

—¿Nota usted muy a menudo que le han cambiado las cosas de sus sitios?

Stanhope frunció los labios.

—Bueno, en realidad, no muy a menudo. Yo diría que parece suceder una vez por semana, poco más o menos. Realmente nunca me ha preocupado; suponía que era uno de los tres que están autorizados. Pero últimamente ya va resultando enojoso. La verdad es que ahora estamos acumulando rollos a un ritmo febril. Desde que empezaron a funcionar los controles del ralentí en el microcosmo.

—¿Ralentí? ¿Qué significa eso? —preguntó Warren, mirando algunas de las fotos de campos de estrellas que estaban extendidas sobre la mesa.

—¡Oh! —dijo Stanhope—, bueno, quizá será mejor que empiecen ustedes por el archivo general de fotografías. Así entenderán mejor lo que viene después. Aquí, en este estante —dijo saliendo de la sala de revelado a la habitación general y abriendo un cajón lleno de legajos— encontrarán ustedes un resumen esquemático de nuestro trabajo. Fue dispuesto como simple secuencia histórica para ser publicado algún día, después que el proyecto deje de ser secreto.

“Tomen asiento en esos bancos y extiendan las fotografías como les parezca. Verán que cada una lleva unida una explicación, pero creo que las fotos hablan por sí mismas.

Warren y la muchacha se sentaron como se les dijo, y Warren empezó a manipular con el grueso mazo de fotos. Las iba pasando por orden y leía en voz alta las explicaciones adjuntas. En pocos minutos, la pareja se vio embelesada a medida que se iba desarrollando la historia completa de un universo, una historia paralela a los dolores del nacimiento de nuestro propio cosmos, y que revelaba secretos de la naturaleza que ningún hombre había soñado nunca que pudieran ser descubiertos.

Las primeras fotos mostraban simplemente la instalación de la estructura Thunderhook, la puesta en marcha de la poderosa pila atómica que suministraría la enorme fuerza necesaria, la preparación del experimento inicial.

Luego seguía una simple foto que mostraba una brillante bola blanca, sola en medio de las tinieblas. Aquel era el átomo primordial, tal como se había materializado por primera vez. Carecía de rasgos, era completamente blanco, y a su alrededor tenía una delgada cáscara de oscuridad. Por fuera de la negra cáscara se podían ver los filos de los instrumentos del laboratorio.

—Esa foto fue tomada en el primer microsegundo del experimento. Pero miren lo que ocurrió en el microsegundo siguiente.

La otra foto mostraba que el globo había empezado ya a expandirse. En cuestión de microsegundos, el primordial, único, compacto y macizo átomo

de hidrógeno, había ya hecho explosión, estaba presionando hacia fuera, a un ritmo aparentemente vertiginoso, extendiéndose constantemente. A medida que extendía el negro borde del contorno de espacio que servía de envoltura, iba expandiéndose. Los elementos del átomo original parecían llenar el área del encapsulado segmento de espacio-tiempo. Pronto, las fotos mostraron una grisura universal a medida que el polvo subelectrónico elemental de la explosión original llenaba todo el área del universo. Luego, evidentemente horas más tarde, aquello empezó a adelgazarse, aparecieron manchas de negrura, y pudo verse que el polvo estaba coagulándose para formar nubes y otras zonas donde no parecía quedar polvo alguno. Ahora, las fotos mostraban un área llena de brumosas nieblas: el material informe del que están hechas las estrellas.

Paso a paso, los dos veían cómo el universo iba tomando forma. En el primer semestre del trabajo en el Proyecto, vieron cómo las primeras estrellas empezaban a tomar forma, vieron la principal nube de gas ir asumiendo su forma de disco en espiral, y vieron que las pequeñas nubecillas de gas, las nebulosas, eran también por lo general de forma discoidal. Fotos especiales tomadas de algunas de éstas, mostraban que dentro de los discos gaseosos había puntos brillantes y puntos oscuros. Un punto de explosión atómica se iba acumulando en el centro e, irradiando a su alrededor, había manchas de oscuridad en las que, materia no explosiva, iba formándose y cuajando. Siguieron una de aquellas secuencias hasta el momento en que, después de transcurrir el primer año, vieron formado un sistema solar: una estrella llameante y seis diminutos planetas que giraban a su alrededor.

—Y esto es lo que dice el comentario que representaba el primer tercio de mil millones de años relativos de este micro-universo. ¡Trescientos millones de años comprimidos en uno de nuestros años! —exclamó Warren.

Pasaron revista a cierto número de formaciones planetarias, y vieron que la configuración general de microcosmo había tomado ya una forma muy parecida a la del micro-universo que habían visto poco antes. Ya se podían reconocer las estrellas, y la forma en espiral de su única galaxia estaba empezando a distinguirse. Permanecían aún muchas nubes nebulosas, y éstas iban a adelgazarse durante los próximos setecientos millones de años relativos.

Observaron secuencias de la formación de planetas. Vieron sistemas con dos planetas y sistemas con quince. Ampliaciones cada vez mayores empezaron a mostrarles fotos cercanas de superficies estelares con la gloria de sus coronas resplandecientes, y superficies de planetas. Vieron los planetas como masas fundidas, ardientes y rojas. Les vieron cubiertos con grandes nubes de vapor y de gases. Vieron cómo algunos perdían sus envolturas atmosféricas y se convertían en estériles masas rocosas. Vieron cómo otros se transformaban en grandes globos gaseosos ceñidos por anillos de atmósfera, semejantes a mundos como el de Júpiter y Urano. Y vieron otros que empezaban a tomar forma como mundos parecidos al de la Tierra, mundos

con zonas terrestres y marinas, polos y atmósferas claras.

De algunos de estos mundos vieron fotografías sorprendentes, trabajos de microsegundos. de ásperas superficies, de grandes desiertos, de hundimientos y actividades volcánicas, de hileras de poderosos volcanes, y de enormes bancos de nubes disparados entre relámpagos.

Y cuando estaban contemplando el segundo año de trabajo en Thunderhook, vieron que los planetas del microuniverso estaban ajustándose, asumiendo la necesaria paz de la corteza para permitir el desarrollo de vida. Vieron cómo el verdor iba cubriendo la tierra a medida que bosques de helechos surgían de las profundidades de los océanos, y vieron fotos espeluznantes que indicaban la existencia de vida animal, aunque de forma muy incompleta, pues los instrumentos de que se disponían en Thunderhook tenían sus limitaciones. Enfocando intensamente la superficie de un diminuto planeta que giraba a velocidades frenéticas en torno a un diminuto sol, hundido en algún sitio dentro de la masa pulsátil del microcosmo, había una hazaña fotográfica virtualmente por encima de todo cálculo posible. Las tomas en aquella sección eran pocas y no muy buenas. Unos cuantos puntitos negros a lo largo de un paisaje querían aludir al movimiento de una manada de animales.

—La verdad es que esta forma de fotografía, tomada por telescopio de alta velocidad, no era suficiente para mostrarnos muchos detalles —dijo Warren.

—Eso se comprende —dijo Marge—. Es un milagro que pudieran conseguir tomar una sola escena. Pero no comprendo por qué pueden saber tanto ahora. ¿Cómo, por ejemplo, pueden tener detalles que les ilustre sobre los descubrimientos hechos por los habitantes que sean?

Repasaron más fotos. En el tercer año el microuniverso iba entrando en una fase diferente de evolución, y moviéndose relativamente más aprisa, en ese aspecto, incluso que nuestro propio universo. Vieron que la espiral había asumido su forma actual, y vieron, por las anotaciones, que la telefotografía se había concentrado convenientemente en unas cuantas docenas de estrellas y en sus sistemas situados en los bordes exteriores de la espiral.

Stanhope se acercó y miró por encima de sus hombros.

—Se fijarán ustedes —observó— en que los mundos que estamos estudiando más intensamente se hallan situados aproximadamente lo mismo que nuestra Tierra y nuestro propio Sol lo está en nuestra galaxia, esto es, en los bordes exteriores.

Warren llegó a la foto siguiente y lanzó una exclamación. Mostraba una escena de un planeta, escena en la que, con sorprendente claridad, se veía un conjunto de chozas primitivas y diminutas figuras humanoides que estaban en pie junto a ellas.

—¡Qué cambio! —exclamó

—¡Oh, Dios mío! —dijo Stanhope—. ¿Por qué estará ésta fuera de la secuencia?

Apresuradamente, cotejó el registro del legajo, retiró algunas fotos y volvió a colocarlas por su orden.

—Quienquiera que haya estado aquí se ha dedicado a sacar copias de estas últimas.

—Un espía —dijo Warren—. No cabe duda de que tienen ustedes un espía aquí dentro.

—Sí —dijo Marge—, pero, dígame antes cómo pudieron conseguir de pronto tanto detalle y tanta claridad.

—¡Oh, eso fue cuando perfeccionamos el ralentí! —dijo Stanhope—. Nos dimos cuenta de que nos íbamos a quedar sin enterarnos de un montón de cosas importantes si no lográbamos captar los acontecimientos en las diversas superficies planetarias. Por aquel entonces, Marco consiguió poner en funcionamiento un método para aumentar la restricción magnética sobre el microcosmo. Ejerciéndolo contra el impulso de la galaxia espiral, descubrimos que, por la aplicación constante de gran energía, conseguíamos literalmente ralentizar el micro-universo. Todo se mueve más despacio, no con respecto al conocimiento de ellos, por supuesto, sino estrictamente en relación con nosotros mismos.

’’Por este medio, podemos retrasar el ritmo vertiginoso de su evolución interna durante algunas horas cuando es necesario, pero sólo a intervalos limitados. En tales períodos podemos realmente fotografiar escenas de las superficies de los planetas, y examinar los procesos internos de las estructuras cósmicas.

”De esta forma podemos ahora seguir el desenvolvimiento efectivo de la vida inteligente en muchos de esos mundos. Estamos en vísperas de cosas importantes...

La secuencia nuevamente arreglada empezó entonces a mostrar esas maravillas. Vieron dinosaurios y mamíferos primitivos. Vieron las inteligencias en desarrollo de diversas especies, hasta que en cierto número de mundos, seres parecidos al hombre advinieron a la existencia. Finalmente vieron cómo aquellas bandas nómadas de criaturas portadores de cachiporras se iban asentando en específicas zonas planetarias, empezaban a construir refugios y cultivaban campos

De momento se dieron cuenta de que en el microcosmo muchos de sus mundos habían llegado a un estadio bastante similar al de nuestra Tierra. Vieron mundos cuyas civilizaciones eran romanas por naturaleza; otros se hallaban todavía en estado salvaje. Los habitantes de los mundos variaban en diversos detalles; ninguno era exactamente humano en el sentido terráqueo, pero todos eran claramente lo bastante humanoides para aprobar. Algunos eran peludos como osos, otros tenían cola, unos cuantos tenían adminículos semejantes a crestas o pequeños cuernos, pero, básicamente, todos aparecían con la estructura bípeda y erguida que conviene al parecer a las especies inteligentes.

Vieron cierto número de fotografías relacionadas con las visiones que

habían aparecido en torno a Thunderhook. Vieron que varias cosas de una naturaleza similar a otras manifestaciones en el condado de Coningo eran vibraciones fasadas que se habían filtrado a causa de la creciente similitud entre aquellos micromundos y la Tierra misma.

Luego llegaron a un montón de notas emparedadas entre fotografías. Warren estaba a punto de pasar aquellas hojas y dejar su lectura para más tarde, cuando he aquí que su mirada se quedó prendada por algunas de las líneas que vio en una de las tarjetas. Leyó nombres de lugares y nombres de personas y referencias a acontecimientos históricos y modelos de cultura de lo que parecía ser un micromundo. Mostró su hallazgo a Marge.

—Esto es extraño. ¿Cómo pueden ellos saber los lenguajes que se hablan en uno de estos mundos, los nombres con que los habitantes se llaman entre sí y los acontecimientos históricos que van teniendo lugar? Ninguna clase de fotografía podría mostrar tanto. No existe máquina alguna capaz de detectar lo que existe en la mente de estos seres y lo que ellos opinan de sí mismos.

Se volvió hacia Stanhope, pero el hombre se había vuelto ya a su cuarto oscuro, y una luz roja de advertencia indicaba que estaba atareado con sus cubetas de revelado.

Warren de dedicó entonces a leer un relato de las maquinaciones de un monarca bárbaro, de un mundo que se describía a sí mismo como Chundra, pero que constaba en la lista con la denominación de Planeta 4 de NOE. 61. Marge miró el documento.

—Para mí esto no tiene mucho sentido. Claro que lo mismo me pasaba cuando estudiaba historia de la antigüedad en el último año de la carrera. Odiaba a la profesora; me dejaba siempre en ridículo.

En aquel momento, la luz de Stanhope se apagó, y el científico se acercó bostezando.

—Creo que ya es la hora de cenar. Estoy muerto de hambre y espero que ustedes lo estarán también.

Marge y Warren se levantaron, metieron el legajo en su carpeta y lo volvieron a colocar en el cajón correspondiente.

—Será mejor que se asegure usted de que lo deja todo bien cerrado.

Stanhope asintió.

Voy a hablar con Enderby sobre esto. Es una cosa mala, muy mala. Los espías pueden destrozar todo lo que estamos haciendo aquí...

Salieron y se encaminaron hacia el edificio principal. Fuera estaba ya reinando la oscuridad, ya las estrellas titilaban allá en lo alto, en el inmenso cielo. Warren se sentía como alguien extraño a sí mismo mientras paseaba con los otros sobre la hierba oscura. Por un instante se preguntó si otros ojos les estarían contemplando a todos ellos, si estarían tomando nota de sus hechos, registrando sus actos. Pero por otro lado, pensaba, nosotros sabemos que nuestro universo es infinito.

¿Sabían los habitantes del microcosmos que el de ellos no lo era?

VII

Durante los pocos días siguientes, Marge y Warren se entretejieron en la vida del Proyecto Microcosmo. Marge trabajaba en el laboratorio fotográfico con Stanhope y algunas veces en la cúpula principal con quien quiera que estuviese en el puesto de observación. Aprendió de forma asombrosa los mayores adelantos en la técnica fotográfica, demostrando así que quien le había recomendado para *People,* sabía muy bien lo que se hacía. Sugirió la introducción de numerosas mejoras en los instrumentos fotográficos que poseían, mejoras que resultaron ser muy prácticas.

Warren se vio sumergido en la enorme masa de informes, conferencias y fotografías que se custodiaban en la sala de archivos. Había muchas cosas que hacer porque la verdad era que Thunderhook se veía sin personal para ordenar todo el trabajo acumulado, y un historiador concienzudo era una necesidad evidente.

Se dio redactando una historia general del Proyecto y, al mismo tiempo, una historia popular del microcosmo mismo. La simple enumeración de las placas que habían mostradas por Stanhope era un trabajo hecho aprisa y corriendo y que necesitaba algunas ampliaciones. Después del primer día de tarea, Warren se dio cuenta de que le quedaba una gran faena por delante, faena fascinadora además.

Pero a medida que iba trabajando se asombraba de vez en vez ante el hallazgo inesperado de lo que parecían ser detallados relatos de pequeñas fracciones de historia de uno y otro mundo microcósmico. Cada vez que le pasaba aquello recordaba que aún no había averiguado cómo se pudo venir en conocimiento de tales detalles. Algún material se podría haber deducido por los espejismos en sí, pero nunca con tanta precisión.

Sabía que los espejismos eran fenómenos recientes. El microcosmo había empezado sólo muy recientemente a emparejar su edad con el gran cosmos de nuestro cielo. Fundamentalmente, la obra del proyecto iba a pasar pronto del estudio del pasado al estudio del futuro. Y aquel cambio estaba teniendo lugar ahora, planeta por planeta, en el microcosmo.

Parecía que muchos de los mundos iban entrando en fases romanas o griegas. Algunos estaban en su era medieval, y unos cuantos estaban cruzando la época de la industrialización Uno de esos era el mundo cuya visión se le había presentado en el flanco de la montaña.

El trabajo no era agotador Los científicos estaban todos ellos dedicados a sus respectivas tareas, atendiendo el microcosmo pulsátil como acólitos de un templo, lo que eran en cierto modo. Steiner y Marco se alternaban en el cuidado del diminuto universo en sí, con Weidekind y Rendell como ayudantes. Para Warren, no parecía todavía claro en qué consistía el trabajo de

Carter Williams, y el del otro miembro del equipo científico, un hombre llamado Daniel Hyatt. En ninguna ocasión concurrían a las comidas, y notó que los científicos no solían discutir delante de ellos sus trabajos. Los tres guardias estaban usualmente rondando.

Jack Quern y Mike Kenster parecían estar encaprichados con Marge; era evidente que la muchacha no tenía objeción alguna que hacer contra aquel interés. O instintivamente, o porque estaba muy acostumbrada a la atención de dos hombres, y sentía cierta inclinación al flirt, el caso era que estaba picando a un guardia contra el otro. Los miembros de la plana mayor científica vigilaban el juego con regocijo, pero la muchacha parecía no tener preferencias por nadie en las horas libres de trabajo.

Warren sonrió quietamente cuando vio a Jack y Marge daban un paseo a la tercera noche. La muchacha sabía muy bien cómo tener a raya a los hombres. En cuanto a Warren, no sentía por ella ningún interés especial. Cierto que tenía el sentimiento de que estaba un poco a cargo de la muchacha por haber venido ésta con él para la misma misión, pero también se daba cuenta de que tratar de mantener una actitud paternal hacia la joven, aunque en realidad él la llevase muy pocos años, era algo que no parecía absolutamente necesario.

Enderby, como director general, solía estar dando vueltas por todas partes, aquí y allí. Había otras personas que formaban parte del grupo pero por lo visto tenían residencia separadas y comedores distintos: el portero, el jardinero, los hombres que se cuidaban de la pila atómica, y otros servidores.

En cuanto al problema del espionaje, no volvió a presentarse ningún nuevo indicio. Warren discutió el asunto con Enderby, que había sido informado de los extraños sucesos ocurridos en el laboratorio de fotografía. Enderby se mostró preocupado, pero declaró que no era probable que el espía fuera a realizar sabotaje alguno contra un experimento cuyo funcionario normal era necesario para sus propias operaciones.

—Ya he avisado a la Fundación —dijo Enderby—, y van a ver qué se puede hacer sobre el asunto.

Después del almuerzo del tercer día, Warren y Marge se encaminaron juntos hacia la sala de archivos. Cuando iban cruzando la hierba, la muchacha gritó de pronto y se agarró del brazo de su compañero.

—¿Qué es esa cupulita que se ve al costado de la cúpula grande? —preguntó señalando

Warren miró. Notó desde luego que había una especie de pequeña burbuja emergiendo en el costado de la construcción semiesférica. La había visto antes, pero nunca paró mientes en eso. La burbuja estaba construida con el cemento mismo, pero parecía tener ahora un aspecto nuevo, como si hubiese sido alzada y empotrada en la estructura superior bastante a posterior. Había una puerta cerrada que conducía a aquel pequeño aditamento.

—¿Echamos un vistazo? —preguntó Warren y los dos se encaminaron hacia el lugar cuando llegaron, Warren giró el tirador de la puerta. Esta se

abrió y entraron en una habitacioncita redonda.

Penetraron en medio de tinieblas. Al principio, no vieron nada. Luego distinguieron una pesada mesa cerca de la puerta, un montón de papel de escribir, una regla de metal, una docena de afilados lápices encima del tablero, y una silla colocada cerca.

En el fondo oscuro había una luz tenue como si llegase de una claraboya de cristal grueso. Caminaron en aquella dirección, y oyeron un gruñido.

—¡Es un hombre! —exclamó Marge.

Tendido en un bastidor de madera, justamente bajo la lucerna se abría en la pared más alejada, un hombre parecía estar moviendo la cabeza adelante y atrás, murmurando y gruñendo de vez en vez.

Los dos se inclinaron sobre él.

— ¡Está amarrado! —dijo Marge asombrada.

—¡Y es Carter Williams! —observó Warren.

—Pero, ¿qué es lo que pasa? —susurró Marge mientras se inclinaban sobre el yacente.

Cárter estaba desnudo de cintura arriba Y gruesas correas de cuero rodeaban su pecho y fijaban sus brazos y piernas al bastidor del duro camastro. Tenía los ojos cerrados, pero los labios, abiertos en un gesto agónico, mientras se debatía incansable contra las correas.

—En el desayuno estaba perfectamente —dijo Warren en voz baja—. Le vi en la mesa. Parecía bien de salud y que estaba de un humor excelente.

—Ya comprendo lo que es —murmuró Marge con voz entrecortada—. Jack me dijo que el espía daría pronto un golpe. Me apuesto algo a que el espía cogió a Williams, le golpeó hasta dejarlo sin conocimiento y lo amarró luego aquí. Lo mejor será soltarlo rápidamente y hacerle una cura de urgencia. Quizá pueda decirnos quién le ha hecho esto.

Warren dejó escapar un silbido.

—Por lo pronto, vamos a desarmarle. Parece como si estuviera sufriendo.

Se inclinó sobre el lastimero científico y. rápidamente, desató las correas.

Warren frotó la frente sudorosa del desvanecido.

—¡Williams! —llamó—. ¡Despierte! No le ha pasado nada. Estamos aquí para ayudarle.

Los ojos de Williams se abrieron. Por un instante se quedaron mirando a Warren, pero como si no le reconociera. Williams se le quedó mirando con la boca abierta, extendió luego una mano y se esforzó por ponerse sentado.

Una vez que se incorporó, el joven científico se pasó la mano por la frente, murmurando para sí algo. Una vez más tiró en torno, como, si, por primera vez, estuviera viéndolo todo.

—¿Está usted bien? —preguntó Warren—, ¿Quiere que llamemos a un médico?

Los ojos de Williams se agrandaron, luego saltó con fuerza inesperada y se lanzó contra Warren. El periodista retrocedió, casi perdiendo el equilibrio. Antes de que pudiera recuperarse, las manos de Williams estaban en su garganta, y el científico aullaba furiosamente en un idioma extranjero.

Marge gritó. Williams se volvió rápidamente y miró a la muchacha. Aprovechándose de la distracción, Warren levantó el puño y lo enterró en el estómago de Williams. El científico aulló de nuevo y soltó la zarpa con que tenía asida la garganta del reportero.

Después dio un salto atrás, volvió a gritar algo en una jerga extraña, se lanzó por la habitación y cogió de la mesa la regla de metal. Enarbolándola, avanzó, dando gritos ininteligibles.

El periodista retrocedió ante la regla amenazadora. Marge, que de momento se hallaba detrás del científico enloquecido, se asomó a la puerta y gritó pidiendo auxilio.

Probablemente no transcurrió más de un minuto antes de que llegase ayuda, pero a Warren, que tenía que hacer frente al loco, le pareció que pasaba más de una hora. Se las arregló para mantenerse fuera del alcance de Williams; la regla de metal, ondeando salvajemente y cortando el aire, no llegó a darle por fracciones de pulgadas.

Luego, Kenster, esta vez una visión consoladora, llegó a toda prisa, seguido por Enderby.

El vigoroso guardia cogió a Williams por detrás, ciñó con sus brazos al científico y éste se quedó indefenso entre los poderosos músculos del guardián. Enderby dio una vuelta alrededor de Williams hasta hacerle frente y luego, de pronto, le dio unas bofetadas y gritó su nombre.

La figura del científico pareció arrugarse, luego se quedó fláccida. Su rostro se aclaró. La furia y el ímpetu que habían estirado sus rasgos desaparecieron. Cerró los ojos un momento y luego los volvió a abrir. Entonces reconoció a Enderby.

—¡Hola, doctor! —dijo Williams en voz completamente razonable—. Ha sido una cosa de pronto. ¿Quién me está aguantando?

Enderby hizo una señal y Kenster soltó su presa. Williams dejó caer los brazos, sonriéndole a Warren como pidiéndole disculpa. Warren le miraba con ojos asombrados, lleno de perplejidad.

—Parece que le he dado a usted un susto. Pero no era yo quien lo hacía. No debió usted nunca desatar esas correas. Hyatt tenía que llamarme dentro de media hora.

—Pero... pero, no comprendo —dijo Warren—. Me parecía que estaba usted completamente loco.

—Desde luego que lo estaba —dijo Marge—. Como una chiva, diría yo.

—No, no —sonrió Williams—. Miren, la verdad es que no era conmigo con quien ustedes estaban tratando. En realidad luchaban ustedes con un capitán de la Guardia Imperial de Gwathmode, un Imperio del Planeta Dos de

NNO dos sesenta y cinco. Me imagino que el buen señor sufrió un shock al despertar aquí y verse prisionero de seres tan extraños como nosotros.

—¿Cómo dice? —exclamaron a un tiempo Warren y Marge.

Enderby se echó de pronto a reír.

— ¡Naturalmente! Se nos olvidó contarles esto. Tendremos que explicárselo. Pero, Williams, será mejor que empiece usted a escribir sus memorias antes de que se le olvide lo sucedido.

El científico asintió.

—Sí. Han sido cuatro meses fascinantes Rudos, pero llenos de coloridos.

Se dirigió a la mesa, se sentó, eligió un lápiz y empezó a escribir.

Enderby señaló con la cabeza hacia la salida y todos se retiraron sin decir ni una palabra más. Kenster se despidió y dio media vuelta. Enderby, Warren y la muchacha siguieron en pie fuera de la camareta.

—No comprendo —dijo Marge—. Dice que ha estado cuatro meses fuera, pero la verdad es que anoche estuvo en la cena y esta mañana ha estado en el desayuno.

Enderby asintió.

—Sí, en el desayuno estuvo con nosotros, pero del desayuno acá se ha pasado cuatro meses en un planeta microcósmico. En realidad es probable que se haya pasado algo más de la última hora y media.

—Creí que nadie podía penetrar efectivamente en el microcosmo —dijo Warren—, pero ahora nos informa usted que ha estado allí dentro.

Enderby contestó:

—Las dos afirmaciones son correctas. Nadie puede penetrar en el universo físicamente, pero es posible visitarlo *ex persona.* Vengan a la cúpula principal y se lo explicaré a ustedes.

Abrió camino hasta el hemisferio de microcosmo. Una vez allí, los tres en pie frente a la siempre cambiante maravilla del vasto y negro espacio global surcado de estrellas, parecía que cualquier cosa podía ser ya posible.

Enderby señaló a los varios telescopios montados en la balconada interior.

—No fue más que un mero accidente lo que nos llevó al descubrimiento de los medios de trasponer las mentes con habitantes del microcosmo. Un día, hace de esto unos dos meses, Rendell vino a relevar a Weidikind y se encontró a éste tendido ante un telescopio, inconsciente. Como no respondió al primer tratamiento, me llamaron. Logramos por fin hacerle volver en sí.

Nos dijo que había estado estudiando un determinado planeta en el que sospechábamos que la vida inteligente había alcanzado un notable grado de desarrollo. Weidikind había retrasado el microcosmo con la mayor aplicación posible de ralentización magnética, con objeto de conseguir fotografías especialmente detalladas de aquel planeta peculiar que giraba en torno a una estrella claramente visible.

''Tenía enfocado aquel mundo muy cuidadosamente y concentrada toda su atención en la tarea. Luego dijo que se sintió de pronto mareado, se sintió más o menos arrastrado, como en un trance hipnótico hacia la visión que estaba contemplando. En aquel momento, su instrumento estaba enfocado sobre una masa de señales que creíamos que sería una ciudad alzada en uno de los continentes de aquel mundo. Dice que sintió como si no pudiera apartar sus ojos de allí, como si estuviera siendo chupado hacia aquel sitio.

''Sus pensamientos se le confundieron, y por un instante fue como si dos mentes se mezclaran en la suya. Luego hubo un momento de completo vacío, y cuando sus ojos volvieron a fijarse de nuevo, se vio en la calle de una ciudad totalmente extraña y bajo un cielo absolutamente exótico.

''Resumiendo, se halló de pronto ocupando el cuerpo y la mente de un habitante humanoide en una ciudad de aquel mundo microcósmico. Podía entender todo lo que veía y oía porque estaba en posesión completa de la memoria, centros del lenguaje y facultades todas de aquel ser. Sabía cual era su nombre, su posición, su hogar, sus deberes, su vida y sus recuerdos. Para expresarlo con pocas palabras, todo el año siguiente estuvo viviendo la vida de aquel ser.

''Era como un hombre que toma el mando del coche de otro para descubrir tan sólo que la carrera que tiene que tomar le permite, si acaso, desviaciones mínimas. Podía observar que le era factible ejercer un pequeño control, pero era como si la mayor parte de su ser real se hubiese quedado atrás.

''Cuando le devolvimos al estado consciente, sólo había transcurrido un corto tiempo, durante el cual el cuerpo de Weidikind permaneció en coma. Sabemos ahora que la gente del ser extraño estaba ocupándolo, pero en aquel caso dicha mente no tuvo fuerzas por lo visto para mover o controlar el cuerpo humano de Weidikind. Esto sucede de vez en cuando en transferencias de esta índole. Pero en aquel corto intervalo el planeta había recorrido todo un año de su vida microcósmica.

''Weidikind recordaba la mayor parte de su experiencia. Pudo escribir la historia de aquellos doce meses de vida ajena; pudo recordar la mayor parte de lo que había sabido acerca de la gente a la que había visitado, de su historia, de sus leyendas, de sus costumbres, de sus esperanzas. Por lo visto se hallaban en una fase interesante, la que corresponde al alba misma de nuestra historia escrita, algo así como lo que debió ocurrir en sitios tales como Mohenjo-Daro y Akkad.

''Llegamos a la conclusión de que lo que había sucedido era un encaje de fase de vibraciones naturales simpáticas, debidas al mismo principio que las visiones observadas en las afueras. Solamente que aquí se trataba de un encaje de fases deliberado: dos montes de contorno más bien similar, de intensidad aproximada, y que sencillamente se trasvasan las fases entre sí.

Enderby se detuvo y se quedó mirando el microcosmo. Warren y Marge le habían estado escuchando con gran atención,

—¿Y de esa hipótesis se ha servido usted para elaborar este sistema y usarlo regularmente? —preguntó Warren, aunque adivinaba ya cuál iba a ser la respuesta.

Enderby asintió.

—Sí, desarrollamos esto hasta convertirlo en un sistema práctico. Es muy agotador para la mente humana y resulta peligroso intentarlo más de una vez cada dos días. Y algunas veces la mente ajena que ocupa el cuerpo de nuestro transferente puede ser capaz de controlarlo. Podría hacer grandes daños en la hora o dos horas que permanece alojada en él, por eso desarrollamos el método de amarrar el cuerpo antes de que la transferencia se realice, así como darle un sedante poderoso. La pequeña cámara adicionada a esta cúpula es nuestra salita de transferencia.

"Nuestro explorador se armoniza con el planeta de que se trate; se concentra en su superficie. Mediante la hipnosis aumentamos su capacidad y su fuerza de inmersión. Si existe una mente capaz de realizar el cambio, el trueque se produce. Luego, cuando se deshace la transferencia, el experimentador se sienta inmediatamente y escribe todo lo que puede recordar. Hemos comprobado que el retraso más mínimo en hacer esto causa un rápido desvanecimiento de los datos conocidos: algo que se parece mucho a tratar de recordar un sueño mucho tiempo después de haberse despertado.

''Ahora tenemos un sistema regular en funcionamiento de transferencia, principalmente a cargo de Williams y Hyatt; en ocasiones, de Weidikind y de Rendell. La verdad es que podríamos usar en esta tarea a muchísima más gente. Hay una cantidad inmensa de mundos que visitar y muchísimas comprobaciones que hacer. Estos planetas están pasando por siglos y decenios a ritmo vertiginoso. Y estos son los años importantes desde el punto de vista de los paralelos humanos."

Miró a Warren, al acabar, con las cejas ligeramente arqueadas. El periodista se mantuvo en silencio, con los pensamientos en torbellinos. Aquello parecía intrigante; sonaba como la aventura más grande de una vida y sin embargo, relativamente inofensiva. Marge expresó el pensamiento que a él le costaba trabajo exponer.

—¿Qué sucede si la persona que está en uno de esos mundos y cuya mente está ocupando uno de nosotros, muere o es asesinada? ¿Quién se muere *en realidad?*

Enderby se encogió de hombros.

—Francamente, no lo sabemos. Todavía no ha sucedido nunca, aunque a veces se ha estado muy cerca. Pero es un riesgo que tenemos que correr. Es precisamente ahora cuando podemos conseguir volver de esos viajes trayendo invenciones no conocidas todavía por nuestro propio mundo; es el momento de hacer descubrimiento de cosas de un valor práctico y nunca soñado para la vida humana.

El periodista sonrió.

—Como usted sabe, doctor, el visitar, sitios raros es precisamente mi

oficio. Los demás hombres de su equipo no son observadores adiestrados Yo lo soy. Me gustaría que me añadiese usted a su lista de transferentes regulares. Desde este mismo momento me ofrezco como voluntario. ¿Cuándo empiezo?

Enderby asintió. Marge miró a uno y al otro sin saber qué decir.

—Bueno— confesó por fin—, creo que me gustaría hacer yo también ese viajecito, aunque sólo fuera nada más que una vez; sólo para ver como resulta. Estoy segura de que el punto de vista de una mujer puede ser de bastante utilidad en sus archivos.

El anciano científico se quedó mirándola.

—Es muy posible. Creo que ha apuntado usted un tema interesante, señorita McElroy. Pero digamos que va a reflexionarlo un poco más. De todos modos, mañana, dispondré lo necesario para que Alton empiece.

Miró su reloj.

—Y ahora creo que lo mejor sería que pasásemos la tarde revisando el expediente del planeta Seis de los SSO 20. Será mejor estudiarlo sin más retraso. Mañana ya puede resultar tarde.

Cárter Williams y Enderby estaban aguardando a Warren la mañana siguiente a la hora fijada. Se reunió con ellos en la pequeña cámara situada al costado de la cúpula principal Había estudiado los informes existentes acerca del planeta que iba a visitar, y estaba impresionado por la claridad de sus conocimientos.

Sólo había habido dos transferencias mentales anteriores y el lapso entre las dos visitas, calculado en tiempo microcósmico, era de varios centenares de años. Sabía que, a juzgar por las épocas correspondientes de la historia de la Tierra, los habitantes de aquel planeta específico deberían hallarse aproximadamente en el mismo estadio de existencia que la Tierra misma. Eso, naturalmente, suponiendo que no hubiera habido ningún retroceso insólito, debido a catástrofes geofísicas o a devastadoras guerras post-medievales. Conocía su historia primitiva, en un sentido general paleontológico, de una manera maravillosa; realmente, había llegado a ver fotos del nacimiento mismo del planeta. En cierto sentido llegaría allí como el hombre más sabio y enterado de todo el planeta; en otro sentido más inmediato, le tendrían por uno de los seres más ignorante y menos preparado.

Se daba cuenta de que iba a ser una aventura en la que nunca se le habría ocurrido pensar ni remotamente. Toda su carrera de reportero en tierras extrañas, de periodista que ha estado tomando notas entre los tiroteos y llamas de una revolución, de informador que ha corrido a las áreas afectadas por un terremoto antes de que hubiesen temblado los temblores, de escritor que ha estado relatando sus impresiones de los frentes de guerra de países distantes, toda aquella carrera, en cierto modo podría haberle servido de preparación. Pero también pudiera ser que dentro de los próximos minutos se viera rebasando en forma incalculable.

Aunque también pudiera pasar muy bien que se viese vegetando los próximos meses microcósmicos, porque meses serían para él, como en un

sueño hay fracciones de segundos que parecen estar ocupadas por días enteros, meramente en un mundo aburrido y rutinario, como campesino detrás de un arado o como peón en el fondo de una mina. Nadie sabía qué papel le tocaría desempeñar o qué mente vibraría con la suya en un mismo acorde.

Enderby le inyectó en el brazo un sedante suave que haría descansar su cuerpo, espoleando su lucidez mental. Warren se tendió en el banco de madera y Williams lo sujetó con las correas.

Entonces, Enderby abrió una ventanita circular en la pared que daba a la cúpula y que dejaba ver parte del microcosmo. Un aparato fue movido sobre ruedas y fijado de forma que captaba un rayo de luz del microcosmo. Dentro del grupo de lentes, el rayo fue clarificado, ampliado y dirigido hasta los ojos de Warren. Miró dentro de aquel aparato y fue como mirar por un telescopio. Vio flamear una estrella con varios puntitos diminutos que la servían. Aquel era el sol microcósmico cuya designación consistía en Sur Sur-Oeste, sector Veinte. Ahora se iba agrandando rápidamente y uno de los discos servidores saltó con rapidez a la vista: el Sexto planeta de aquel sol.

Warren vio cómo el planeta se agrandaba hasta convertirse en un disco neblinoso sobre cuya superficie podían verse rasgos claros y oscuros: masas de océanos y de tierras. Había un área en crescendo de oscuridad donde se mostraba la línea que iba separando el día de la noche. Warren vio que el planeta tenía dos lunas, una grande y de un blanco brillante, la otra más pequeña y más oscura.

Sintió que se iba mareando y que se iba hundiendo en una especie de conciencia nebulosa. La voz y el ruido de los dos hombres que estaban junto a él se desvanecieron y el aparato mismo se fue desvaneciendo también.

Ahora sólo era el planeta lo que tenía ante su vista y parecía estar él, Warren, planeando por encima de aquel mundo.

Se dio cuenta de una curiosa sensación, como si, en cierto modo, estuviera en dos sitios al mismo tiempo, como si, clavándose en su conciencia, hubiera otros sonidos, extraños y antinaturales. De pronto hubo un fogonazo de dolor, una sensación de peso insoportable, un terrible estridor en sus oídos.

Todo se había puesto negro.

VIII

Lentamente fue volviendo en sí. Sus manos, brazos y piernas empezaron de nuevo a experimentar sensaciones, estaban todavía ejerciendo presión sobre el bastidor de madera de la cama y sentía las apretadas correas de cuero que rodeaban su pecho y sus piernas. Había algo que le pesaba en las cejas. Sentía náuseas, y, en los oídos, un asalto de extraños zumbidos pulsátiles.

La primera impresión de Warren fue un desengaño. La transferencia debió de haber fracasado, porque todavía podía sentir el roce del camastro y de las correas y podía oír el pulso vibrante del microcosmo. Así pues, esperando ver a Enderby inclinado sobre él, abrió los ojos.

Pero no había ningún Enderby a la vista. En lugar de eso, vio un brillante globo resplandeciente colgado delante de él en medio de la oscuridad. El satélite mayor del Planeta Seis, pensó. El aparato debe de estar todavía enfocado. Siguió mirando algún tiempo aquella luna, preguntándose cuándo iba a tener lugar la transferencia. Pero nada parecía ocurrir.

Entonces cayó en la cuenta de que la visión de aquella luna era demasiado clara para una imagen telescópica refractada de un microcosmo en movimiento a través de varias lentes. El satélite, en efecto, era de una chocante claridad; podía ver detalles más claros y más oscuros contra su masa resplandeciente y de brillantes reflejos. “Es una superficie de hielo”, pensó, añadiendo “Naturalmente es la Luna de Hielo”.

Hostigado por una súbita sospecha, dobló la cabeza, cambió de visión, y jadeó de asombro. ¡No estaba de ninguna manera en la habitacioncita! Estaba en alguna otra parte. Pero, ¿dónde?

No había ninguna otra persona a la vista. Estaba encajado en una cámara diminuta, cuyas paredes apenas distaban de él medio metro por todos los lados. Movió las manos y vio que no las tenía atadas. Las levantó y palpó la correa que le ceñía el pecho. La desabrochó y desató luego la otra correa que el sujetaba la cabeza contra el bastidor. Miró en tomo.

Estaba medio reclinado en un asiento de marco duro, acolchado como para resistir un choque. El zumbido pulsátil llegaba debajo de él. En la pequeña cámara había afianzadas cajas de equipos, un artefacto para cocinarse los alimentos, un purificador de agua. Subía todo aquello sin necesidad de preguntar. En frente de él tenía un tablero de mandos con extraños controles bajo una amplia ventana por la que estaba mirando a la Luna de Hielo.

Por un momento se preguntó cómo sería aquello de que le pareciera saber muy bien donde estaba, y lo que estaba haciendo. Sabía que estaba en el compartimiento de morro de un cohete experimental movido por fuerza nuclear. Sabía también que caminaba con rumbo a la Luna de Hielo, al objeto de hacer el primer desembarco en ella.

Sabía... pero hubo un chasquido en el tablero, y una voz habló cerca de él.

—¿Está usted ahí? Base llamando al comandante Woolhouse en Kahone. Sírvase informar.

Sin pensarlo, movió un conmutador del tablero.

—Woolhouse informando. Todo está bien. Marcha todo normalmente.

—¡Mi enhorabuena, Dau! El Director del Consejo te envía sus saludos personales. Todos te estamos viendo y esperando mucho de ti. ¿Cómo van las cosas por ahí arriba?

Mientras la voz de Dau empezaba a contestar, Warren sentía que una parte de su propia mente estaba en un segundo término como espectador atónito. La transferencia había sido un éxito. La mente de Warren Alton era ahora la de un ser que se llamaba Dau Woolhouse; este último nombre en lenguaje nativo, naturalmente, pero dicho lenguaje le resultaba totalmente familiar al cerebro que Warren ocupaba. Este comandante era un piloto de cohetes, era, en realidad, el hombre elegido por las Fuerzas militares de su país, la democracia Conciliar de Souva del Planeta Komar, para ser el Colón del espacio en aquel mundo.

Aquel viaje de cohete hasta la Luna de Hielo de aquel planeta era el resultado de docenas de años de investigación sobre cohetes, de diseños y pruebas, de disparos a la estratosfera, de sub-satélites, de aviones cohetes tripulados y de cohetes robots teledirigidos hasta la Luna de Hielo y hasta la Luna de Piedra, también.

Ahora, Warren-Dau recordaba los meses de arduo entrenamiento que había tenido que resistir. Recordaba su selección entre los muchos voluntarios cualificados, y lo orgulloso que se sintió al ser elegido. Le parecía ser una mezcla curiosa. El cerebro del komariano sabía y respondía natural y fácilmente a lo que se esperaba de él Pero la propia mente de Warren parecía ser a la vez parte y cosa independiente de aquel cerebro Podía dirigirlo si quería, o podía dejarse guiar por sus recuerdos y sus conocimientos adquiridos. Burdamente expresado era como si, soñando profundamente dormido, se diera cuenta, sin despertarse, de que estaba soñando.

A requerimientos de la Base, empezó a leer las esferas colocadas en su panel de mando, informando a continuación. Replicaba a los mensajes con desparpajo y naturalidad, recordando a cada persona que le hablaba.

Pero, se preguntaba Warren a sí mismo, por qué este hombre precisamente. Entonces se dio cuenta de que la respuesta se hallaba en su propia manera de ser. En la Tierra, Warren Alton era un aventurero, un buscador de sitios extraños; en Komar, Dau Woolhouse tenía inclinaciones similares. Los dos hombres habían sido amarrados a bastidores de madera en la misma fracción de segundo, los dos se habían sometido a tensiones raras.

¿Qué más natural sino que sus dos mentes hubiesen vibrado al unísono en una simpatía química?

Se le ocurrió entonces bajar la mirada para examinarse a sí mismo.

¿Qué clase de ser era él? Sabía algo acerca de los komarianos, pero rebuscando en su nuevo cerebro y mirando su cuerpo, puso más en claro la naturaleza de los komarianos. Eran humanos, sí. Por. su parte, a juzgar por su memoria, tenía la estatura de un metro ochenta. Era calvo, como lo eran todos los komarianos, y sólo tenía cuatro dedos en cada mano. Tenía los ojos rasgados y azules; las orejas, redondas y planas. Llevaba puesto un traje de vuelo de una pieza, debidamente protegido con presión contra el espacio. Pero, por lo demás era muy diferente de la especie humana tal como se la consideraba en la Tierra.

Se acordaba de quienes eran sus padres, sabía quiénes eran sus familiares; se acordaba de su novia, una muchacha deliciosa según el punto de vista de los komarianos: tenía una mata de pelo especialmente atractiva y que le corría desde la parte de atrás del cuello hasta más allá de la cintura, atributo femenino de especial belleza...

La voz de la radio empezó a hablar de nuevo. Le hacía preguntas de tipo personal; ¿se encontraba bien?, ¿estaba mareado?, y así sucesivamente.

Warren tranquilizó a su oyente acerca de tales puntos, y con mucha calma empezó a describir la Luna de Hielo tal como la iba viendo desde donde se hallaba.

Se dirigía hacia aquel satélite para realizar un desembarco, el primero de los desembarcos de este tipo que se hubiese realizado nunca. El satélite era el mayor de los dos que tenía Komar. Aquel planeta era un mundo del tamaño de la Tierra, a juzgar exclusivamente por analogías locales. En el sistema había gigantescos planetas gaseosos, del mismo tipo que Júpiter y Saturno. En comparación con estos, Komar era un mundo sólido, más pequeño y más cálido, un planeta "interior" tipo Tierra. Tenía dos lunas: una. pétrea y relativamente pequeña y distante; la otra, mayor, de unos dos mil kilómetros de diámetro, si se consideraba a Komar con un diámetro de catorce mil, siendo al parecer una enorme masa de hielo, una bola de agua helada que probablemente podía tener un núcleo rocoso.

Desembarcar allí era importante. La nación que pudiese dominar el satélite resultaría ser la victoriosa en el planeta Komar. Warren rebuscó en el cerebro de Dau y pudo añadir los siglos que le faltaban en la historia komariana a lo que ya había aprendido en Thunderhook. Había habido ya una Revolución Industrial, y aquel mundo se encontraba ahora con dos naciones dirigentes, ambas con poder atómico rudimentario. Una era una democracia; la otra, una oligarquía. Cada una desconfiaba de su rival, cada una de ellas temía la guerra, pero hallaba que la paz era insostenible.

Los dos pensaban que la posesión de la Luna de Hielo significaba poner fin a la amenaza de conflicto.

Warren llevaba dos días navegando en el cohete. Durante aquel tiempo empezó a vivir tan al pie de la letra el papel de Dau, que durante períodos enteros llegaba a olvidarse virtualmente de quien había sido. Sin embargo, al estudiar el espacio que se extendía fuera del cohete, se sentía impresionado

una y otra vez con la realidad de este otro universo en comparación con aquel dentro del cual existía la Tierra. Veía por todas partes una hondura de espacio negro salpicado de estrellas. Veía que las estrellas se espesaban v apelotonaban cerca del centro de la galaxia, y que se adelgazaban por el lado opuesto. Veía los distintos planetas del sol 20 resplandeciendo en sus órbitas; vio un cometa, y sus instrumentos registraban la presencia de meteoritos, los últimos restos del polvo cósmico de la creación. Vio a Komar, brillando cálido y hogareño, más allá de un ancho campo en uno de los segmentos.

Con el conocimiento que tenía del universo en el que eran realidades el Sol y la Tierra, Warren dirigió sus miradas hacia la sección más oscura del espacio que estaba en torno a él, pero no se le ofreció prueba alguna de aquel otro universo que le rodeaba. Y empezó a preguntarse cuál sería la verdadera relación entre un universo y otro.

Steiner había insistido en que el microcosmo era en realidad tan grande como toda la galaxia de la Vía Láctea, que su encerramiento dentro del espacio de la cúpula de Thunderhook era sólo relativo, que era una especie de ilusión o concentración óptica en una pequeña brecha en el espacio-tiempo. Steiner había sostenido que un kilómetro dentro del microcosmo era el equivalente completo de un kilómetro fuera de dicho microcosmo... y esa afirmación nunca había parecido razonable.

Pero, ¿cómo podía dudar ahora Warren de su verdad? Por muy concentrado que estuviera, le era imposible ya argüir que su cuerpo actual, el cohete donde iba montado, el planeta del que había salido y el satélite hacia el que se dirigía, no estaban, por lo que de sus percepciones se reducía, hechos de moléculas y átomos de exactamente los mismos valores químicos y electrónicos que aquellos del universo del que había sido transferido.

La ciencia decía que las moléculas de carbón del microcosmo tenían que ser exactamente del mismo tamaño y calidad que las del universo exterior y gozar de las mismas propiedades que las moléculas de carbón de ese universo. Si aquello no podía comprenderse, se debía únicamente a las limitaciones de la mente humana.

Mientras vivía y alentaba la vida de Dan Woolhouse, Warren Alton se veía obligado a reconocer que en realidad este hombre estaba tan vivo y era tan normal y eficiente como el reportero de *People.* ¿Qué *era,* por tanto, la realidad?

La realidad, consideraba Warren, estriba en los tamaños de tales universos. El nuestro es infinito, éste es finito. Nosotros tenemos millares de poderosas galaxias; éste, únicamente una sola.

Al pensar en eso se le ocurrió rebuscar en los cielos de afuera con el telescopio de la astronave, queriendo hallar las espirales resplandecientes de luz que marcaban a galaxias tales como la de Andrómeda, pero no halló ninguna. Curioseando en las memorias escolares de Dau, recordó los argumentos filosóficos que bullían en las universidades de Komar: ¿Era el Universo infinito e inacabable, o era finito, y curvado sobre sí mismo en el

espacio?

El cohete estaba ahora girando en torno a la Luna de Hielo, frenándose a sí mismo para lograr una órbita, acortando gradualmente la distancia a la deslumbrante superficie de hielo. Alzándose a gran altura estaban grandes montañas, altivos picos de hielo que alcanzaban millares de metros en el cielo sin aire del satélite. Había inmensas grietas y abismos en aquellas partes donde el escudo de hielo que había cubierto a la luna en un remoto pasado, se había rajado y partido. Había hoyos con forma de estrellas en los sitios donde los meteoritos habían venido a caer sobre la helada superficie.

Cuanto más se acercaba uno, tanto más sorprendente resultaba el espectáculo; era un paisaje de desolación y maravilla, donde rompían incesantemente los rayos del sol contra auras de arco iris que se mezclaban en cien espectros diferentes a medida que la luz iba golpeando los recovecos y pulimentos de la superficie lunar.

Cuando se acercó para el desembarco final, Warren observó la presencia de otra cosa en su campo de visión. Hubo un vislumbre de luz y un fogonazo de fuego en la pantalla, y cerró los ojos ante el fulgor del mundo helado. Había otro cohete que se disponía a alunizar, otro cohete donde no debía existir ninguno.

Llamó a Komar para pedir instrucciones, pero estaba ya tan cerca de la Luna de Hielo que no pudo oír la respuesta. Decidió ignorar a aquel otro cohete hasta tanto que no hubiera hecho su alunizaje.

Su cohete se acercó, fue cerniéndose más y más bajo, y por fin llegó a deslizarse por encima de las cumbres de un ceñudo espinazo de hielo, bajando hacia un deslumbrante campo helado de muchos cientos de kilómetros de extensión. A medida que bajaba más y más, se iba arqueando, y sabía que tenía que hacerlo de aquella manera, puesto que su astronave estaba construida para alunizar de aquella forma y no con la cola para bajo, como se suponía en la Tierra que debían posarse los cohetes sobre la Luna. No, en esta luna, los gigantescos trenes de alunizaje adosados al cuerpo de su cohete, se encargarían de la faena.

Ya la astronave rozaba dulcemente con el hielo, sus patines tocaban, saltaban, volvían a tocar, y luego el cohete se vio lanzado sobre el hielo como un proyectil. Desesperadamente, Warren se hizo cargo de los mandos, conduciendo la astronave deslizante a lo largo del infinito horizonte de blanco hielo cristalino. Vio que ante él aparecía un abismo, un tirón a la fuerza del cohete hizo que la nave saltara ágilmente y se volviera a posar. Manejó los mandos, dio la vuelta al cohete enfilándolo en dirección contraria y luego dio marcha atrás, disparando sus cohetes de freno. La deslizante nave comenzó a frenar rápidamente, estando ya a punto de conseguir un alto definitivo, y Warren se felicitaba por el buen alunizaje, cuando de pronto se oyó un estrépito infernal. Warren se vio arrojado fuera de su asiento, y la cola del aparato amenazó con engullirle. Oyó un ruido siniestro, unos desgarrones de metal, y se vio lanzado con fuerza contra el cristal de la ventanilla.

Al momento se puso en pie algo mareado. Evidentemente había chocado con algo imprevisto, alguna elevación en el hielo, un obstáculo invisible en aquel campo inmenso al parecer completamente llano. Se miró rápidamente; no le había pasado nada, salvo un chichón en la frente y una torcedura en la mano. Respiró y vio que la pequeña cabina aún tenía aire. No se escuchaba el libido de ningún escape. Miró al tablero de mandos y comprobó que éste había dejado de funcionar por lo que se refería a los motores. Apretó los conmutadores pero no obtuvo ninguna reacción.

Abrió el armarito y sacó su traje de presión. Se lo puso rápidamente, ajustándose las bandas de compresión y los aditamentos que le mantendrían caliente y que conservarían su cuerpo a una presión normal. Se ajustó el casco y se acopló el tanque de aire. Ya puesto todo, abrió la puerta que conducía a la sección intermedia, donde un tanque de combustible, ahora vacío, pasaría a ser su cámara de descompresión. No hizo más que empujar la puerta y salió una ráfaga de aire. El resto de la nave carecía ya en absoluto de atmósfera; eso era evidente. Vio que la cubierta exterior de metal del compartimiento intermedio se había abollado y roto. A través del desgarrón podía ver tubos doblados y grandes lanzas de hielo que penetraban amenazadoras.

La escotilla estaba doblada por la mitad, pero consiguió abrirla y salió a la superficie de la Luna de Hielo. Era el primer hombre que ponía los pies en otro mundo, pero probablemente sería otro hombre el que se llevase los honores, ya que los honores no vienen a quienes no regresan.

En torno a él, el cielo estaba todavía oscurecido por la nube de polvo de hielo que se había formado por efecto del choque. La nube colgaba en el espacio sin aire, descendiendo suavemente al suelo, atraída por la ligera gravedad del pequeño mundo.

El mismo se sentía mareado, dándose cuenta de que su peso era muy ligero. Dio una vuelta alrededor para examinar el cohete.

Toda la parte de atrás, los motores y los tubos, estaban aplastados como una cáscara de huevo. El cohete deslizante había chocado con una masa de hielo roto que se le había interpuesto en el camino. Se había aplastado. Resultaría imposible reparar sus motores.

Warren anduvo alrededor del cohete examinándolo, confirmando el daño. Vio que había ciertas esperanzas de poder desalojar una o dos baterías dislocadas y conseguir que funcionasen los elementos de su cabina, logrando tal vez establecer comunicación con Souva.

Alimentos tenía; el choque podría haberlos despanzurrado, pero eso no significaba que dejase de ser comestible, suponiendo que pudiera deshelarlo.

Warren se quedó parado y se dedicó a rebuscar entre sus recuerdos de Komar y de Dau, sintiéndose conmovido y triste. Haberlo logrado y sin embargo haberlo perdido al mismo tiempo Pero, de poder reclamar el dominio de la luna helada. Buscó entre las partes destrozadas del cohete y halló lo que suponía: un ligero mástil de titanio que llevaba en la punta el estandarte de Souva. Lo sacó, enderezó la parte doblada, y, alejándose un poco del cohete,

lo clavó en el hielo.

Retrocedió y saludó. El estandarte de la nación de Souva se alzaba allí orgullosamente: el sol de oro de cinco rayos con las manos enlazadas azul y naranja superpuestas.

Se volvió al cohete y miró de nuevo. Y aquella vez. en cierto modo, el estandarte le pareció perdido y pequeño contra el cielo negro y la fría y dura brillantez del helado paisaje. Resplandecían las estrellas con ardiente fulgor y el mundo de Komar aparecía en las honduras del espacio, suave y acogedoramente cálido. En medio de aquellas cosas, el estandarte semejaba de pronto un juguete infantil.

Mientras Warren estaba allí en la destrozada puerta de su cohete, antes de iniciar la tarea de arreglar su sistema eléctrico, apareció la otra astronave. Vio las llamas amarillas de sus toberas de escape justamente por encima del filo de la cresta montañosa; la vio flameando y descendiendo para hallar una superficie de deslizamiento en el mismo campo de hielo llano que había engañado a Warren.

Se quedó mirando lleno de asombro. No podía apartar sus ojos del otro cohete. Iba descendiendo formando un ángulo con el hielo, sobre el que se posó de manera suave, deslizándose luego sobre largos patines que dejaban como estela una nube de heladas partículas.

Vio cómo el cohete empezaba a girar, a dar la vuelta sobre sus patines, lo mismo que Warren había hecho antes, y de pronto, Warren mismo no pudo reprimir un grito.

—¡Cuidado!

Pero el piloto de la otra astronave no podía oírle. Pues en el mismo instante del grito, el morro de la nave se estrellaba contra el hielo y el cohete seguía andando con la proa destrozada, hasta pararse por fin, después de una carrera de otros trescientos metros.

Warren empezó a correr por el hielo a grandes saltos, ayudado por la ligera gravedad, dirigiéndose hacia el otro cohete, que podía estar a unos tres kilómetros.

Corría, saltando sobre pequeñas grietas, deslizándose alocadamente sobre la helada superficie, y mientras iba corriendo, aguzaba la mirada. Ahora, una figura bajaba del doblado y roto morro del otro cohete; y vio que aquella figura voluminosa protegida con el traje espacial se tambaleaba sobre el hielo. La figura llevaba algo en la mano.

Warren se detuvo, perplejo. Era un arma lo que llevaba aquel tripulante? Cayó en la cuenta de que había sido una locura echar a correr para ayudar a un enemigo. Aquel hombre debía proceder de Tannok, de la odiosa oligarquía. Quizá fuera a dispararle.

La otra figura se detuvo con un tambaleo, empuñó el objeto que llevaba y lo clavó derecho en el hielo. A Warren se le escapó una exclamación. Naturalmente; era el estandarte de Tannok. Debió haberlo pensado: ¡el infame pájaro Duk-Duk asiendo con sus garras una estrella de tres puntas!

De pronto, todo aquello le pareció a Warren enormemente cómico. Dos pilotos náufragos de cohetes dañados sin remedio, sin esperanzas de poder regresar a Komar, plantando sus estúpidos símbolos en un mundo helado que a ninguno de ellos podría servirle de nada. Dos emblemas de las luchas de gusanos planetarios, tratando de demostrar que sus mezquinas diferencias tenían aquí alguna importancia.

Estalló en una carcajada incontrolable y se 'lanzó hacia adelante. Y finalmente la otra figura vino a él, y cuando se encontraron, Warren vio que el desconocido se hallaba también en un estilo de histeria. Cayeron mutuamente el uno en brazos del otro, rugiendo entre carcajadas y llantos al mismo tiempo.

IX

—Estuvimos en la Luna de Hielo tres meses largos antes de conseguir por fin volver. Los motores y los tanques de la nave de Tannok estaban en buenas condiciones. El morro y los compartimientos habitaciones del mío también lo estaban. Quitamos su morro destrozado y le soldamos mi parte delantera. Se necesitaron tres meses para realizar la tarea.

La voz de Warren, mientras iba contando sus experiencias, mantenía a todo el mundo embelesado. Estaba ya bien entrada la noche, la cena había acabado y el gran salón de estar de la vivienda se hallaba casi a oscuras, excepto el chisporroteo de los leños en la vieja chimenea. En torno a la gran mesa se hallaban casi todos los miembros del equipo de Thunderhook, fascinados y atónitos.

Aquellos hombres habían escuchado muchas historias de muchos extraños pero esta vez se daban cuenta de que se hallaban frente a una experiencia distinta. La aventura de Warren era la primera que se relacionaba con un logro científico más avanzado que cualquiera de los conseguidos en la Tierra misma. El periodista era el primer ser humano que había experimentado, aunque, en cierto sentido, pudiera decirse que de segunda mano, lo que significa un vuelo espacial auténtico y las verdaderas condiciones de vida en mundos inhabitables.

Marge estaba en la gran sala, pero se había colocado en un rincón junto a la chimenea y estaba cambiando susurros con el guardia, libre de servicio, Jack Steiner y Hyatt estaban en sus puestos de trabajo. Pero los demás llevaban ya más de una hora sentados ante la mesa, después que ésta fue despejada de los platos y cubiertos, escuchando lo que Warren contaba.

—Pero, ¿por qué esa carcajada? ¿Por qué esa simpatía entre los dos antagonistas? —preguntó Weidekind—. No comprendo qué tenían ustedes en común. ¿No se debía cada uno de ustedes, por entero, a su respectiva nación?

Alton frunció los labios.

—Ahora me resulta difícil explicarlo —dijo—, pero entonces resultaba muy claro. En cierto modo, el estar tan lejos del mundo patrio hacía que la política que se desarrollaba en el mismo pareciera mezquina. Era la visión desde afuera. No era una pérdida de patriotismo ni nada por el estilo; era más bien una especie de orgullo nuevo y más grande, una especie de orgullo planetario. Los dos estábamos orgullosos simplemente por el hecho de ser hombres y ser de Komar. Comprendan ustedes que teníamos muchas más cosas en común el uno con el otro que con cualquier objeto o cosa que pudiera haber en la Luna de Hielo donde acabábamos de desembarcar.

"La acción nuestra de clavar nuestros estandartes fue una especie de reflejo condicionado, esa es la verdad. Fue un acto sobre el que habíamos

pensado cada uno de nosotros mucho antes de iniciar el viaje, pero, cuando lo ejecutamos por fin, ¡nos pareció tan tonto! Miren ustedes, allí estaba nuestro mundo familiar, a simple vista, en el cielo, mucho más respetable, mucho *más inmenso* en cierto modo que nuestros pequeños y ridículos estandartes, representantes de supersticiones en conflicto y de las cóleras fosilizadas de antiguos muertos hacía mucho tiempo. Además de aquello, estaba claro el hecho de que los dos podríamos darnos por muertos. Los dos habíamos hecho un mal alunizaje; ni uno ni otro podríamos regresar. ¿Para qué pelear?

''Fue sólo algún tiempo después cuando se nos ocurrió que podríamos realizar el viaje de vuelta preparando una buena nave con los restos de las dos que teníamos. Si la gravedad no hubiese sido tan ligera allí probablemente no habríamos rematado la tarea. Pero no teníamos otra cosa que hacer, y nuestras provisiones de aire y alimentos se limitaban a unos cuantos meses. Así es que probamos, y tuvimos éxito.

''Cuando volvimos a Komar en nuestro cohete híbrido, todo el planeta había tenido ya tiempo sobrado para seguir nuestras aventuras. Nuestros nombres estaban en la mente y en la boca de todos. Nos imponíamos a todos los mezquinos disturbios políticos, a todas las disputas fronterizas, a todas las desconfianzas mutuas y egoístas de nuestras naciones.

"Y nosotros vimos que, sin proponérnoslo, se nos había dado una oportunidad. Cuando regresamos, desembarcamos en una nación neutral, famosa en toda Komar por su habilidad para llevar a cabo arbitrajes internacionales. Les pedimos a los dirigentes de nuestros propios países que vinieran a reunirse con nosotros. Y así lo hicieron. No tenían más remedio, porque la presión pública era demasiado fuerte como para que se atreviesen a resistirla. Entonces les dijimos cuál era nuestra filosofía. Visto desde el espacio exterior, Komar nuestro mundo, y, contra las otras regiones del espacio, nosotros éramos y sólo podíamos ser komarianos, no suvanos o tannokianos.

"No sé qué es lo que llegará a pasar en la histeria de Komar, porque me desvanecí en medio de la gira triunfal que empezó a desarrollarse el mes siguiente. Esto es, cuando volví aquí, justara ente a los setenta minutos de haberse iniciado la transferencia."

Se produjo un gran silencio en torno a la mesa. Luego se iniciaron discusiones en la mesa. Algunos parecían comprender aquel punto de vista; otros insistían en que debía de tratarse de una idiosincrasia de la mente komariana. Por fin. Enderby dio unos golpecitos en la mesa.

—Es hora de retirarse, señores; nos espera un trabajo abrumador.

Cuando el equipo de científicos comenzaba a dispersarse, Enderby se volvió hacia Warren.

—¿Acabó usted de escribir los detalles técnicos de su experiencia? ¿Ha anotado los datos del descenso de aquella astronave-cohete, lo relativo c sus motores, a su combustible y a su mecanismo? Esta es en realidad la primerísima invención que va a salir de nuestro microcosmo. ¡Es

enormemente importante!

Warren asintió.

—Ya tengo la mayor parte fijada en el papel, jefe. Completaré el trabajo en mi habitación antes de echarme a dormir. No quiero que ningún detalle se borre de mi memoria.

Enderby inclinó la cabeza en signo de conformidad. Cada cual empezó a caminar hacia sus respectivas habitaciones. Warren se dirigió a su dormitorio, situado en el segundo piso de la casa, se sentó ante la mesa que tenía allí y estuvo trabajando otras tres horas en su manuscrito, detallando exactamente todo lo que podía detallar. Podía describir la nave-cohete con toda minuciosidad, ya que había pasado tres meses desmontando partes de las dos para formar otra nueva. Podía diseñar el sistema de cables, las formas y tamaños de los cohetes en sí y de sus cámaras, indicar el consumo del combustible y la naturaleza de éste. Mientras trabajaba se daba cuenta de que algunos de los detalles les parecerían el huevo de Colón a los modernos ingenieros terrestres. Había simplificaciones ingeniosas, rodeos que resolverían difíciles problemas en la construcción de naves interplanetarias; y el combustible mismo era revolucionario.

A medianoche, había ya acabado. Podía dejar las notas para el día siguiente, pero por ahora estaba ya recogido todo lo esencial. Bostezó, se desnudó, apagó la luz y se metió en la cama.

Algún tiempo después abrió los ojos. La habitación estaba a oscuras, todavía era noche cerráis Algo le había perturbado. Siguió tendido en silencio y luego oyó un débil chasquido, el crujido de algunas de las maderas del suelo. Aguzó el oído y le pareció que oía respirar a alguien, luego d chasquido volvió a oírse como si alguien tratara de cruzar subrepticiamente el suelo con los pies desnudos.

Se sentó y se dispuso a saltar de la cama. Por ventana abierta se filtraba una luz muy débil de las estrellas, mostrando que cerca de la puerta había una sombra oscura agazapada; algo que no era lógico que estuviese allí.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

E instantáneamente la sombra se lanzó hacia adelante. Warren saltó de la cama y corrió a su encuentro.

Un puño disparó contra su cabeza un golpe abrumador. Warren se tambaleó, pero su mano logró asir el hombro de alguien. Intentó agarrar al desconocido, pero otro puñetazo se le encajó en el pecho y luego, el intruso se zafó violentamente y dio la vuelta.

Warren quiso sujetarlo, pero la mano se le soltó y al momento siguiente el desconocido ya había cruzado la puerta y desaparecido. Warren corrió hacia la puerta abierta y miró al descansillo. No logró ver a nadie. En algún sitio una puerta se cerró de golpe y el edificio se quedó en silencio.

Warren cerró la puerta de su habitación y encendió la luz. De su mesa, el montón de papeles, el manuscrito de sus aventuras, había caído al suelo, como si el intruso lo hubiese cogido, pero se le hubiera escapado de las manos

cuando Warren le interrumpió.

El periodista recogió las hojas, revisó las páginas y las puso en orden. No faltaba ninguna. Se sentó pensativo. Enderby tenía razón al suponer que contenían relatos importantes, y la sospecha de Stanhope de que existía un espía veíase ahora completamente corroborada. En Thunderhook había alguien que estaba llevando una historia particular de los descubrimientos realizados por el Proyecto, una historia que, indudablemente, era transmitida a algún sitio.

No cabía duda alguna de que en el material de aquel cohete se indicaban avances provechosos desde el punto de vista militar. A partir de aquel momento, los descubrimientos que surgieran del microcosmo serían de una importancia benéfica inmensa para el género humano, pero también podrían revelar a un poseedor no escrupuloso, secretos técnicos capaces de otorgarles la supremacía a un partido o a una nación.

Se aseguró de que su puerta estaba bien cerrada y escondió el manuscrito debajo de su colchón antes de echarse a dormir de nuevo. Por la mañana buscó a Enderby, lo llevó aparte y le contó lo que había pasado.

El anciano científico se mostró muy preocupado. Estuvo de acuerdo en que hasta ahora no se habían tomado las precauciones debidas para salvaguardar los datos obtenidos del Proyecto

En el curso del día, durante el alto para el almuerzo, Enderby anunció una nueva serie de instrucciones. De ahora en adelante, todos los datos relativos a nuevos descubrimientos le serían entregados inmediatamente para su custodia en la caja fuerte. Un guardia estaría siempre vigilándola. Se colocarían nuevas cerraduras en las puertas y ventanas de la sala de archivos, y se advertía a todo el personal la necesidad de adoptar las mayores precauciones para la vigilancia de cuanto fuera de valor.

Aquel anuncio hizo surgir nuevas discusiones acerca del trabajo que tenían por delante. Hubo una reunión de los dirigentes Enderby, Steiner, Marco y los demás. Uno de los resultados de aquello fue la decisión de señalar planetas específicos para hombres también específicos. Como Warren se había visto tan metido en lo de Komar, en lo sucesivo sería transferido regularmente a aquel planeta, en lugar de ir picoteando por el microcosmos. De esta forma podría lograrse cierta especialización. Weidikind, por ejemplo, tendría otro mundo, aquel cuya batalla de carros de combate se había reflejado en el flanco de la montaña. A Williams se le asignó el mundo que cobijaba en tiempos al Imperio de Gwath-modr. A Hyatt, un mundo cerca del centro de la micro-galaxia y cuyos habitantes estaban empezando ya también a realizar vuelos espaciales. Otro mundo fue elegido también para Rendell.

Por lo demás, deberían mantener contacto con aquellos mundos respectivos por lo menos dos o tres veces por semana, evitando así que las correspondientes historias tuviesen grandes lagunas en el tiempo. Dos veces por semana podía muy bien significar miles de años entre eras distintas, o aún más, dependiendo de si el microcosmo estaba o no magnéticamente frenado.

Se convino además en que cada dos días se celebraría una conferencia de todos los transferentes para coordinar sus conocimientos e ir redactando la historia de microcosmo. Hasta entonces habían estado tratando con mundos aislados que iban emergiendo del magma original y pasando por los mismos estadios de evolución que se conocían en la Tierra. Ahora se estaba verificando el paso a estadios que correspondían ya al futuro de la Tierra y cuyos descubrimientos e historias serían por tanto de inmenso valor para conjeturar el probable curso futuro de la vida humana en la Tierra y en nuestro propio universo infinito.

Al día siguiente, Warren estaba ya preparado para hacer una nueva visita a Komar. El proyecto primitivo había sido esperar un día más, pero la opinión de la plana mayor fue que los resultados conseguidos en la iniciación de la era espacial debían registrarse cuando antes.

Warren se vio de nuevo atado al bastidor, nuevamente inyectado, nuevamente con el ocular colocado ante sus ojos y el objetivo ante el despliegue telescópico de Komar y de sus planetas vecinos. Luego hubo un momento de mareo, un período de atontamiento y de náuseas vertiginosas.

A continuación oyó una voz que hablaba con tono retumbante. Reconoció frases manidas de brillantes generalidades relativas a "nuestras gloriosas tradiciones" y a otros tópicos más que trillados. En su mente sabía que aquellas apelaciones debían resultar excitantes, puesto que indudablemente eran llamamientos al orgullo y a la gloria. Sin embargo, él las escuchaba con la mayor indiferencia. Eran viejos clisés, apagadas muletillas, gastadas combinaciones de palabras que habían perdido todo encanto menos el del sentido.

Tenía cerrados los ojos y los abrió. Estaba sentado en una habitación, y la voz hablaba en algún sitio del interior. Volvió la cabeza y vio a todo color el rostro y los hombros de un individuo. Un aparato de televisión ante el que estaban sentados, con interés de hipnóticos, una mujer y dos niños. La mujer, él lo sabía, era su esposa; los niños, sus hijos. Estaban escuchando porque se sentían orgullos del padre y del acontecimiento que iba a hacerse público.

La mente komariana de Warren sabía lo que iba a pasar, anticipando la respuesta. Pero Warren mismo, ocupante de aquel cerebro, estaba excitado. Su excitación se apoderó del cerebro del huésped y el hombre movió la silla y se puso a mirar al orador.

El orador era Fodn Stone-gorg, el actual Presidente de Komar Unido. La ocasión era muy especial por dos razones. Primeramente se estaba celebrando el 500° aniversario de la iniciación de la Era Espacial, y al mismo tiempo servía aquello para anunciar el lanzamiento inminente de la primera expedición al espacio estelar.

Todo Komar estaba excitado, y él recordaba que antes de que hubiese aparecido el Presidente, habían hablado los delegados de las seis colonias planetarias de Komar. Dichas colonias, dos de las cuales estaban ahora muy pobladas, en mundos con grandes extensiones de tierra cultivable, siendo los

otros cuatro centros mineros establecidos en satélites inhospitalarios y sin aire, eran el orgullo de la civilización komariana, que estaba fundada ahora sobre una base mundial.

Fod Stone-gorg hizo una pausa dramática, temblándole las rollizas mejillas y brillándole el sudor en su calva cabeza. Dirigió un dedo hacia el auditorio, abarcando a la población entera del planeta y anunció:

La astronave estaba dispuesta. Despegaría hacia la estrella más próxima dentro de tres días, Su tripulación había sido elegida con el mayor cuidado. Zarparían más allá del planeta más lejano, aprovechando el nuevo impulso iónico de origen cósmico. Aproximándose a la velocidad de la luz, lanzarían la nave a través de los seis años de luz que se necesitaba recorrer hasta llegar a la estrella más próxima, harían su desembarco, la exploración correspondiente y el regreso. La tripulación sería colocada durante aquel tiempo en animación suspendida, de forma que el viaje les resultase tolerable. Podían esperar estar de vuelta al cabo de unos cuarenta años.

Todo aquello Lo Brake-hold lo sabía perfectamente. Su familia lo sabía también, pues llevaban meses tratando de adaptarse a la idea de su pérdida. Lo era el hombre en cuyo cuerpo se había transferido el ego de Warren, y Lo era uno de los doce miembros de la tripulación de la astronave.

Para Lo aquel discurso era tan sólo otro hito desagradable colocado antes del día de la partida.

Estaba deseando. Había sido elegido previo examen; era un hombre espacial de gran experiencia. Su familia había dado su conformidad. A decir verdad, la esposa de Lo pasaría a vivir también en una especial animación suspendida, en un hospital local, y sería mantenida así hasta que él regresara. Lo, por tanto, no perdería a su compañera. En cuanto a sus hijos, ya serían hombres hechos y derechos cuando él regresara.

Los tres días siguientes transcurrieron en medio de una actividad febril. Después de habérsele dado la noticia al mundo, hubo exhibiciones públicas de la astronave; luego los últimos preparativos minuciosos. Llegó el día, y Lo le dijo adiós a su esposa y se fue con los otros once hombres al cosmódromo

Fod Stone-gorg estaba ya allí. Era un político típico, lleno de pomposidad y de palabras engoladas y vacías, pensaba Lo Brake-hold con Warren de acuerdo.

La astronave, llamada apropiadamente la *Dau Wool-house*, era extraña. Warren, aplicándose entonces a la tarea conscientemente, empezó a estrujar la mente komariana, para extraer detalles sobre la nave. Esta era una preciosidad. Vio entonces lo que aportarían los próximos quinientos años de vuelo espacial, vio los infinitos desarrollos y ramificaciones de la impulsión de cohetes, la aplicación total de la fuerza nuclear a las naves espaciales, la evolución de una gravedad sintética dentro de las naves. Pero esta astronave estaba todavía mucho más avanzada de rayos cósmicos entre los diversos mundo, y no desarrollaría toda su velocidad hasta que no estuviese más allá del último planeta exterior. Entonces extendería algo así como unas velas sub-

magnéticas, recogiendo grandes fuerzas invisibles por ambos costados. De esa forma, golpeada por partículas cósmicas, sería arrastrada en sus corrientes y se deslizaría como una hoja a través del cosmos.

Después de la despedida y de los discursos, llegó el momento del despegue. Después del despegue se vieron cruzando las órbitas de los planetas. Después del último planeta, una roca fría y desnuda que giraba a miles de millones de kilómetros del padre sol, y sobre el cual se había construido un único observatorio aislado, como puesto el más extremo de Komar, se alejaron llevando como postrer mensaje de buena suerte el de aquel observatorio remoto.

Luego se desplegaron las velas cósmicas. Las cartas de navegación que estaban dentro de la gran nave mostraban las líneas de fuerzas, y se produjo un período de tensión cuando los tripulantes se preguntaron si podrían localizar las corrientes de los iones cósmicos. Luego se produjo un giro, una impulsión después y al segundo siguiente ya iban a toda vela, moviéndose más y más rápidamente por las negras profundidades del espacio vacío, con rumbo hacia el diminuto punto de luz que era un sol que estaba a la distancia de seis años de luz. La meta fijada.

Lo Brake-hold veía todo aquello desde su puesto. Y la mente de Warren se preguntaba si Steiner habría registrado aquella estrella distante. Si pudiera volver ahora por un momento a Thunder hook podría adelantar lo que iba a pasar En aquel momento le llegó a la tripulación la señal para que se recogiera en sus camarotes.

Lo se echó en la red parecida a un capullo que le estaba aguardando. Se cerró sobre él como una vaina, sellándole en su interior. Sintió un momento de pánico, de sofoco...

Warren abrió los ojos de pronto y miró hacia arriba. Estaba de vuelta en la camareta junto a la Cúpula. Por encima de él, el aparato de enfoque estaba siendo apartado por Hyatt. Warren volvió la cabeza y dijo:

—Espera.

Hyatt se sorprendió. Se le quedó mirando.

—¿Cómo es posible? Hace un momento estabas abajo. ¿Qué ha pasado? ¡Yo habría jurado que todo salió bien!

Los ojos de Warren se fijaron en el reloj que estaba junto a la mesa. Había transcurrido exactamente un minuto desde que empezó a mirar la imagen telescópica de Komar. ¡Un minuto, y hacía ya quince días que había llegado a aquel mundo microcósmico!

—Hyatt, mantén el telescopio así. Dentro de una hora necesitaré que me prepares de nuevo para ir abajo. Mientras tanto desamárrame Voy a poner por escrito los detalles de una de las invenciones más maravillosas para el viaje espacial, antes de que se me borre de la memoria.

Hyatt le desamarró, y Warren se puso a trabajar, sentado ante la mesa y describiendo los secretos claves de los cohetes avanzados, de la impulsión nuclear, recogiendo todas las notas acerca de problemas técnicos que había

podido hallar en la mente de Lo Brake-hold, el explorador estelar.

Acabada su tarea de momento, Warren volvió a colocarse en posición en el bastidor, y Hyatt ajustó la visión. Sólo tuvo que echar un vistazo al sistema estelar de la región SSO 20, y luego Warren se desvaneció. Sólo flotó en él un pensamiento: el de que, con la prisa, se le había olvidado de preguntar a Steiner qué se sabía acerca de la estrella SSO 19, el sitio que iban a visitar.

La modorra pareció prolongarse durante un rato. Era como si estuviese profundamente dormido. Luego, poco a poco, el sueño empezó a disiparse y fue reemplazado por una sensación de gran aburrimiento, de dolor en las coyunturas y de fiebre. Abrió los ojos y vio que la bolsa de dormir estaba abierta. Irguió su cuerpo komariano, y, como tal Lo Brake-hold, salió afuera.

Resultaba penoso despertarse al cabo de ocho años, y al resto de la tripulación le pasaba lo mismo. Tendría que transcurrir una semana antes de que volvieran a encontrarse en forma. Vitaminas, dietas altamente concentradas y máquinas especiales para hacer ejercicio, les pusieron en forma después de tan largo sueño.

La estrella estaba cerca. Veían cómo su luz resplandeciente se iba alargando contra el cielo y comprobaron que tenía tres planetas: dos mundos gigantescos y gaseosos de amoníaco y un pequeño planeta de superficie dura

El pequeño mundo era de un diámetro poco menor que el de Komar. Su atmósfera resultaba tolerable sus temperaturas extremas podían ser resistidas por la constitución komariana. Después de dar la vuelta en torno durante dos días, la *Dau Wool-house* se dispuso a posarse en un continente verde y ameno.

La tripulación contempló praderas no muy diferentes de las de su propio mundo familiar. No vieron ningún signo de vida superior, pero tropezaron con algunas formas de insectos.

El grupo que salió volvió sano y salvo. Luego, Lo Brake-hold y otros cinco, salieron y caminaron por la llanura hasta las colinas distantes.

Treparon por las colinas y llegaron a las cuevas. Miraron dentro de éstas y vieron cosas que tenían un aspecto brillante y resplandeciente. Las cosas brillantes y resplandecientes también les vieron a ellos, y salieron para saludarles. Eran los ojos brillantes y resplandecientes de una partida de criaturas extraídas de una pesadilla komariana.

Eran seres de cuatro metros de altura, poseedores de seis piernas de múltiples articulaciones, poseedores de grandes cabezas picudas que golpearon y taladraron a los extranjeros.

Dos hombres resultaron muertos en el primer ataque, y luego Lo y sus compañeros destrozaron a los monstruos con su pulverizador atómico.

Los cuatro komarianos dieron media vuelta y emprendieron el regreso a la nave, pero antes de llegar surgió una partida de seres humanoides desde unos escotillones situados en la llanura. Los escotillones eran las entradas de superficie de los pueblos subterráneos de los seres pensantes del planeta 1 de SSO 19.

Los cuatro komarianos trataron de parlamentar con aquellos humanoides primitivos, y, en sus esfuerzos, dos tripulantes más resultaron muertos. Los pulverizadores atómicos despejaron la llanura, y los escotillones fueron cerrados por los primitivos en un escape aterrorizado.

Lo y otro estaban ya casi de vuelta en la astronave, cuando un ser surgió del cielo como un halcón que se precipita sobre un polluelo indefenso. Aquella extraña criatura era algo parecido a una avispa gigante, teniendo también un poco de libélula descomunal, y muchísimo de pterodáctilo. Golpeó a los dos únicos seres del planeta lo bastante locos como para andar a cielo descubierto bajo la luz del sol.

Cuando la vida de Lot se desvanecía en el segundo mismo del choque, aún le quedó una fracción de instante para ver el parpadeo del fuego defensivo de los cañones del *Dau Wool-house,* primera nave interestelar de Komar...

Cuando Warren Alton se incorporó en el camastro de la habitacioncita aneja a la cúpula del microcosmo, supo por fin qué era lo que pasaba si estaba uno dentro de la mente de un hombre al que le tocaba morir. Se había despertado en la montaña de Thunderhook con un terrible dolor de cabeza.

Pero con dolor de cabeza o sin él, se puso a escribir la historia, y se la contó luego, aquella misma noche, a un auditorio embelesado en la gran sala del Proyecto Microcosmo. Pero los detalles técnicos de la impulsión estelar estaban bien guardados en la caja fuerte.

X

—Así, pues, ahora sabemos lo que pasa cuando una muerte tiene lugar en las transferencias —dijo Steiner, cruzando las manos encima de la mesa e inclinándose sobre el informe redactado por Warren Alton—. El transferente se limita a recobrar aquí el conocimiento.

Era al día siguiente, por la noche, y estaban sentados alrededor de la mesa principal, conferenciado sobre diversos acontecimientos acaecidos en el microcosmo. En aquella sesión se leyeron los informes de los distintos transferentes que formaban parte del equipo. Los detalles sobre las diversas invenciones futuras quedaban registrados aparte, pero la impresión general se discutía en común.

Marco no estaba de acuerdo con Steiner.

—No estoy seguro de que siempre suceda de esa forma. Me parece muy posible que, en determinadas circunstancias, el ego del hombre microcósmico alojado temporalmente en nuestro cerebro terrenal llegue simplemente a quedarse donde estaba, adherido de forma permanente, a causa del shock y de la fuerza prístina de la mente humana. Hemos tenido mucha suerte al no haber ocurrido una muerte durante una de estas visitas, pero no podremos sorprendernos de nada. Recuerden ustedes que esta transferencia es mutua, y que el universo que hemos hecho está en pie de igualdad con la parte de universo en la que nos ha tocado vivir.

Enderby asintió.

—Bueno, todo eso está por ver. Es una especulación interesante, pero, de momento, no se puede asegurar nada. Veo otra cuestión que puede ser de consecuencias mucho más importantes.

Reunió los ocho informes que le habían sido entregados desde la sesión anterior y los hojeó pensativamente.

—¿Se han dado ustedes cuenta de los muchos rasgos comunes que tienen estos distintos informes? Aquí tenemos visitas a ocho planetas separados entre sí por enormes distancias, ocho planetas elegidos entre centenares de miles de otros planetas posibles, y sin embargo, en estos ocho mundos habitados, siete de ellos han elaborado ya alguna fórmula de vuelo espacial. Dos han desarrollado técnicas de viajes interestelares, y los restantes están progresando hacia una misma salida.

”Me parece que tenemos aquí un indicio claro de cuál va a ser el curso de la sociedad humana. Sabemos que en el pasado dichos mundos tuvieron que atravesar períodos muy semejantes a los de nuestra Tierra: salvajismo, sociedad nómada, comunidades agrícolas, sociedades esclavistas, medievalismo, florecimiento de la industria, energía eléctrica y atómica, nacimiento de una conciencia mundial en lugar de diversos puntos de vista nacionales, y ahora el viaje espacial.

"Creo que resulta obvio el hecho de que todo esto apunta a una secuencia natural en el movimiento de las inteligencias planetarias. Pero me pregunto, qué habrá a continuación? Hasta ahora ninguno de los habitantes de esos planetas se ha encontrado todavía con los de otros. El vuelo interestelar indudablemente nos pondrá de manifiesto este punto dentro de poco."

Warren soltó una risita.

—Mi primera experiencia no es muy alentadora, por lo que se refiere a colonización interestelar. Me pregunto si alguien de aquella expedición habrá logrado regresar con vida.

Williams se echó a reír.

—Ya lo averiguará usted dentro de poco. Pero la primera expedición estelar que salió de Diol, mi mundo, fue un éxito. Claro que yo no formaba parte de ella. No tuve la suerte que usted, Warren. Leí todo lo relativo a ese asunto en los periódicos, mientras trabajaba detrás de un mostrador en un centro de cultivo sintético.

Enderby sonrió.

—Tengo el presentimiento de que las cosas irán ahora muy de prisa. Están realizando estos viajes con una rapidez vertiginosa. Ya se han pasado aquellos largos períodos en los que todo lo que encontrábamos eran tribus salvajes. Eso se acabó.

Warren asintió.

—No creo que convenga dejar desatendido mucho tiempo a esos mundos. ¿No podríamos colocar a más hombres en la tarea?

Enderby meneó la cabeza.

—No me atrevo. Steiner y Marco tienen que seguir con sus observaciones astrofísicas. También ese es un trabajo imprescindible. Tengan en cuenta que esto de las transferencias es en realidad una tarea al margen, un subproducto del propósito original de este proyecto.

—¿Qué hay de lo de aceptar la oferta de Marge para una transferencia? —preguntó Warren—. Está interesada. Y no tiene un pelo de tonta.

—Pero tal vez no es muy observadora —dijo Enderby.

Warren movió una mano.

—Con todos los planetas que habría que explorar, ¿qué podemos perder? Por otra parte, quizá resulte valioso realizar una transferencia femenina, por lo menos de vez en cuando. Ella domina, como ustedes saben, la técnica fotográfica; eso debe capacitarla para cierto tipo de observaciones, quizá para cuestiones que requieran una poderosa memoria visual.

Enderby lanzó una mirada en torno. Había sonrisas en los rostros de los demás hombres. Steiner inclinó la cabeza, asintiendo; Marco esbozó una mueca; Weidekind, Williams, Rendell y Hyatt aprobaron al unísono.

—Queda decidido entonces —dijo Enderby—. Dígaselo usted a la muchacha y empezaremos inmediatamente.

La reunión se disolvió. Warren fue con Williams a la sala de archivos. Marge estaba junto a las cubetas de revelado y Stanhope rondaba en torno a

los aparatos. Se mostró sorprendida cuando Warren le comunicó la noticia.

—¡Formidable! —exclamó—. ¡Es maravilloso! En realidad, ya iba creyendo que no me darían nunca una oportunidad. Ustedes, los hombres, acaparan todas las diversiones. ¿Voy a empezar ahora mismo?

Como Warren asintiera, la muchacha soltó un gritito.

—¡Oh, Dios mío, tengo que arreglarme! Mi peinado está hecho un asco y...

—¡Oye! —dijo Warren—, en realidad no vas a ir a ninguna parte. Los de allí no te verán nunca, no te verán tal como eres *realmente.* La cosa no va a durar más de una hora aproximadamente.

—Puede que no me vean como soy realmente, pero de todas formas tengo que pensar en eso —replicó la muchacha—. Después de todo, si ustedes creen que voy a estar tendida sin conocimiento como un saco de patatas, están frescos. ¿Quién dice que no pueda venir alguien de visita aquí mientras estoy dormida? ¡Figúrate que llegara el señor Carlyle!

Fue a su habitación y volvió quince minutos más tarde, muy peinada, con los labios pintados y otro vestido puesto.

Una vez en la cámara de transferencias, se tendió, recibió la inyección sin pestañear y preguntó:

—¿A dónde?

—Vamos a disparar a ciegas —dijo Williams. —Nunca hemos obtenido fotos claras del centro apiñado de la galaxia microcósmica. Las estrellas están apelotonadas con demasiada densidad para permitir buenas telefotografías. Así, pues, vamos a enfocar su mente telescópicamente sobre la masa de estrellas centrales y dejaremos pasar el tiempo hasta que alguien capte la fase. Va a posarse usted en el un mundo nuevecito y sin explorar en ningún aspecto.

—¡Oiga! —dijo ella—, no vaya a hacerme pasar malos ratos. Yo quería un mundo bonito, tranquilo y cómodo.

Warren movió la cabeza y puso una mano en los hombros de la muchacha, obligándola a tomar una posición reclinada, mientras que Williams ajustaba el visor. Un instante después estaba contemplando embelesada el microcosmo, con la mirada fija en la enorme masa llameante de estrellas resplandecientes que había en el centro. Antes de que transcurriera un minuto, estaba ya desvanecida, tendida inerte y muda en el catre.

Warren y Williams permanecieron charlando en la camareta mientras seguía quieta y silenciosa durante cerca de una hora. Una o dos veces musitó algo en un lenguaje extraño. El resto del tiempo estuvo inmóvil, con el rostro pálido y tenso.

Jack Quern entró en determinado momento, vio a la muchacha y se puso a gruñir.

—¿También la están utilizando a ella para esto? —preguntó—. Es una buena chica, pero no servirá para esos jaleos. Ustedes se están aprovechando, esa es la verdad.

—No se preocupe —dijo Warren—. No le estamos haciendo ningún daño. Probablemente le hablará por los codos cuando se despierte.

Jack asintió.

—Habíamos quedado citados para dar un paseo por bosque esta noche, después de cenar. Hay luna llena.

Williams sonrió después que Jack se hubo marchado.

—Un tío romántico, ¿verdad? Y sin embargo, no tiene tipo de eso.

Warren se limitó a encogerse de hombros. No tenía nada que objetar contra el tono de Marge con Jack y Kenster al mismo tiempo. Indudablemente ella se estaba divirtiendo de lo lindo, pero él temía que uno de ellos fuera a tomar la cosa en serio más tarde o más temprano. En cierto modo, Warren se sentía responsable de la muchacha. Era una jovencita agradable y que servía para su trabajo. Y muy bonita, además.

Se quedó mirándola, y su mente se entretuvo con especulaciones que nada tenían que ver con la historia futura de las galaxias. Haciendo un esfuerzo, consiguió instalarse de nuevo en el momento actual.

Marge se despertó de pronto, y sus primeras palabras fueron:

—¡Maldita sea, ya me he perdido la fiesta, después de trabajar tanto!

Se incorporó y lanzó una mirada en torno

—Y eso que iba a ser una cosa divertidísima. Llevábamos ya un mes entero trabajando, y me correspondía un papel importantísimo. Estaba segura de que Bidra se iba a llevar todos los aplausos, pero me alegré de que no lo consiguiera.

—¡Hurra! —exclamó Warren—. Quienquiera que fuese no te llegaba ni a los zancajos. Nada menor que Marge McElroy. Aunque sin tu cámara, ¿qué podrías conseguir?

La muchacha se llevó las manos a la cabeza por un momento.

—Mira, tienes razón. Creo que me gusta más estar aquí que en cualquier otro sitio. Toda aquella danza ritual y aquel ensayo de adoración a las estrellas me hacían trabajar demasiado, o, por lo menos, hacía trabajar muchísimo a mi *otra* yo, a Trince.

—Y ahora vas a tener que trabajar de verdad, escribiendo hasta el más mínimo detalle de todo lo que te ha sucedido —dijo Williams con fingida severidad—. Vete a aquella mesa, Marge, y empieza a escribir antes de que se te olvide todo.

Dócilmente, la muchacha se dirigió hacia la mesa. Warren le hizo una pregunta antes de que cogiera la pluma.

—¿También había vuelos espaciales donde estuviste?

— ¡Oh, sí! —dijo ella, empezando a escribir—. Hacía siglos que los tenían. Con todas aquellas estrellas en el cielo, miles y miles, y aquellas noches blancas, el vuelo espacial era lo más natural del mundo.

Por un momento, levantó hacia ellos la mirada.

—¡Aquel cielo... en mi vida he visto una cosa igual! Era todo brillante, incluso de noche. En comparación, nuestras pobres estrellitas parecen tan

lejanas y tan ridículas...

Movió la cabeza y se engolfó en la escritura.

Warren estaba ansioso por escuchar el resto de la historia, ya que parecía existir algo picante en el pensamiento de que aquella muchacha, ingenua a veces, llena otras de una astucia femenina casi mundana, tan claramente producto de su época, hubiese viajado a tontas y a locas por mundos extraños para volver con historias más extrañas aún. Pero no era lo peor que le podía pasar, y él se guardaría muy bien de interponerse en su camino.

En realidad, no tuvo tiempo para aguardar que ella acabase su escritura. Pues era él quien tenía que utilizar ahora la cámara de transferencias. Antes de que Marge hubiese acabado de escribir, se le indicó que pasase a otra habitación para acabar su relato, mientras Warren se preparaba para realizar su propia transferencia.

Esta vez el disparador telescópico no estaba enfilado directamente sobre el planeta original, Komar, sino dirigido tan sólo contra las inmediaciones astronómicas generales. Una vez que se había establecido una conexión, parecía más y más fácil el que tuviera lugar el acoplamiento mental. El tipo social de la estrella microcósmica, su gente y la personalidad asumida del transferente, todo eso dejaba un residuo en la memoria, como de varios meses de residencia efectiva, lo que facilitaba el extraño viaje.

Warren se hundió bajo la visión y la droga. Sintió cómo se iba desvaneciendo, sintió el instante de vértigo, y luego se halló sentado en algún sitio. Había voces a su alrededor, sonidos de apresuramiento y actividad, chirriar de pequeñas ruedas, saltos y crujidos como si hubiera cosas que estuvieran cayendo.

Se aclaró su visión y miró en torno. Estaba sentado frente a una mesa áspera, con un instrumento de escribir en su mano, comprobando asientos en una larga tira de papel. Estaba cansado, y tenía la sensación de que llevaba sentado allí muchas horas, más que la de su trabajo ordinario.

A su alrededor había una escena de hirviente y casi frenética actividad. Su asiento estaba colocado en la entrada de una gigantesca nave espacial que, en aquellos momentos, estaba siendo cargada. Pero aquel trabajo era un trabajo urgente, le dijo la mente en la que estaba de intruso. Recordó que había estado revisando el cargamento que se introducía en la nave, llevando el control y dando órdenes hasta sentirse derrengado. Pero había que hacer el trabajo.

Vagonetas, rodando sobre diversas combinaciones de carriles, descargaban ante la bodega de la nave. Hombres, también cansados y de apariencias ceñudas, recogían lo transportado por las vagonetas y lo trasladaban al interior de la nave. Eran cosas que parecían no tener mucho sentido, a juzgar por el cargamento normal de cualquier astronave, casi siempre materias primas, artículos manufacturados, objetos de arte peculiares para mundos característicos, alimentos del mundo familiar, que alcanzaban

grandes precios en la exportación, y así sucesivamente. Pero éste no era un cargamento comercial.

Había montones de artículos caseros, apresuradamente atados con cuerdas de plástico. Había baúles y cajas de ropa, no ropa nueva, sino la vestimenta ordinaria del pueblo. Había obras a doce nas de museos importantes, pinturas famosas, esculturas de maestros, máquinas viso-musicales. Había pilas y pilas de alimentos concentrados, los más nutritivos en los envases más pequeños, sin tener en cuenta el sabor. Hacía ya ocho días que se estaba realizando la carga, y casi se estaba acabando.

A continuación vendría la gente. De manera confusa, oía los ruidos y las voces de las multitudes que ya habían llegado y que estaban aguardando con paciencia. Había hecho una pausa para contemplar aquel descubrimiento, demasiado cansado para extraer las respuestas de su nuevo cerebro, y entonces una voz habló a su lado:

—¿Otra vez se está durmiendo, comandante? Déjeme que haga yo su trabajo. Usted váyase a casa, prepare sus cosas, duerma un poco y venga a bordo con su familia mañana a la hora del despegue. En realidad ya hoy no le necesitamos.

Warren alzó la cabeza y miró en torno. Quien le hablaba era su segundo oficial, llamado Szek. Se quedó mirándole un momento y luego asintió.

—Tiene usted razón —dijo—. No puedo resistir más. Póngase en la mesa.

Warren se levantó. El otro, un viejo experto espacial, cuya calva cabeza komariana estaba cubierta de manchas por la constante exposición a los rayos cósmicos, se hizo cargo de la interminable tarea de ir tomando nota del cargamento creciente. Warren, alojado ahora en el cuerpo y en la mente de Neith Corazón en la mano, comandante del gran crucero espacial, *Formidable,* de la Armada Imperial ultra-komariana, se abrió camino por la valla que separaba a la inmensa astronave de guerra de la avalancha de personal civil que había fuera. En torno a él continuaba el estrépito de las operaciones de carga. Una vez fuera de las puertas, la muchedumbre le abrió paso respetuosamente, reconociendo en él al hombre que sería responsable de su salvación.

Voló a su casa en uno de los aviones suburbiales de un solo asiento. Mientras se dirigía a la ciudad casi desierta, miró hacia abajo y se entristeció, porque la ciudad había sido un gran emporio y el planeta, Morlna, un planeta orgulloso, uno de los grandes descendientes coloniales del viejo Komar. La ciudad misma tenía una antigüedad de setecientos años. La colonia planetaria sólo contaba con ochocientos años.

Ahora iba a desaparecer.

La mente de Warren rebuscó entre los pensamientos del cerebro de Neith y halló una historia aterradora. Habían transcurrido mil años desde el primer desembarco en un planeta de otra estrella, y aquella primera astronave había vuelto trayendo como bajas a la mitad de sus bravos tripulantes. Pero

había sido seguida por otras, y los hombres y mujeres de Komar habían logrado echar la garra sobre los mundos de otras estrellas; los habían invadido, dominado y conquistado definitivamente. Las sagas de las colonias planetarias eran grandiosas; ninguna, pensaba él, más que la historia de su propio mundo.

Había habido disturbios y peligros, matanzas y plagas. Los primeros pueblecillos y asentamientos habían sobrevivido, se habían incrementado, y Morlna prosperó. Ahora era un mundo que contenía siete millones de ciudadanos felices. Y era un mundo condenado a morir. Porque el sol alrededor del cual giraba Morlna iba a convertirse en una nova. Estaba a punto de estallar en una bola de fuego atómico varias veces mayor que su tamaño actual; haría explosión dentro de sí mismo.

El calor y el fuego de la nova inminente destrozarían de manera absoluta todas las formas de vida en Morlna. La superficie quedaría calcinada, la atmósfera ardería. Pero habían tenido un aviso, y todo el Imperio de veintinueve planetas repartidos entre veinte estrellas, se había unido para salvar al pueblo de Morlna.

La flota espacial había sido enviada, los cruceros y astronaves de guerra, las naves exploradoras, las de carga, las astronaves mixtas, las naves de pasajeros... Durante dos años habían estado todas trabajando, retirando gente y pertenencias. Ahora “o quedaba ya más que el crucero *Formidable,* desguazado su interior para hacer sitio a los dos mil pasajeros que huían y a sus posesiones muebles. Eran los dos mil moradores últimos del planeta, los últimos ciudadanos de la gran ciudad que había sido el hogar de Neith.

Neith llegó a su casa, un amplio y agradable edificio de muchos pisos, junto al verde parque que rodeaba a la ciudad. Su esposa y sus dos hijos je acogieron cariñosamente, y estaba tan cansado que se marchó en seguida a dormir. Se despertó al amanecer y comprendió que había llegado la hora. Metió a su familia en la avioneta familiar, recogió también las maletas y se volvió para echar una última mirada. Por un largo momento, Neith y su esposa se quedaron mirando su hogar, miraron las cosas que no podían llevarse y que nunca volverían a ver de nuevo excepto en los cuadros tridimensionales apilados entre sus tesoros.

Luego se dirigieron a *Formidable.* Los dos mil pasajeros llenaban casi por completo el interior. Una vez dentro, Neith vio que los tripulantes, dirigidos por los oficiales médicos y por los farmacéuticos, estaban poniendo en suspensión a los viajeros y colgando las formas inconscientes en estrechas vainas parecidas a cortezas de corcho. Aquel era el remedio más práctico; ahorraba espacio, ahorraba alimento, evitaba rencillas.

Besó a su esposa y a sus hijos que también fueron llevados a que les practicasen la suspensión. Luego se dirigió al puente.

Un retraso de dos horas o más mientras se estibaba e! resto del cargamento y la nave era revisada para comprobar si sería capaz de llevar a cabo el largo viaje espacial. Reinaba un extraño silencio en la tripulación,

principalmente hombres de Morlna. En el puente, Neith y Szeg contemplaban silenciosos el paisaje.

—¡Parece estar todo tan tranquilo y pacífico! —observó Neith por fin —. Nadie diría que va a terminar todo.

El otro asintió.

—Pero creo que el sol está ya más brillante.

Neith alzó la mirada, clavó los ojos en el sitio donde el sol empezaba a alzarse en el cielo matinal.

—Puede que usted se lo imagine —dijo— La cosa no es cuestión de horas.

—Permítame recordarle que los astrónomos no fueron muy precisos. Pueden calcular sólo el tiempo aproximado, no el minuto exacto. Sigo creyendo que tiene un aspecto raro —fue la réplica de Szeg.

Y Warren Neith miró de nuevo, se quedó estudiando el disco solar. Parecía como si hubiese algo de verdad en la observación de su segundo. Semejaba sencillamente un sol brillante en una mañana clara, pero quizás estaba un poco más brillante. Miró un momento más y luego, dando media vuelta, apretó el timbre de alarma general.

Al sonido de las campanas en la nave, la tripulación se apresuró en el trabajo Aquello significaba el despegue en cuestión de pocos minutos. Rápidamente metieron dentro a las últimas personas, cerraron y sellaron las escotillas. El segundo toque de alarma hizo que la nave se quedara lista, y, al tercero, la nave se alzó suavemente sobre sus rayos antigravitacionales, proa a la profundidad de los cielos.

En el puente, Neith y Szeg estaban tensos, vigilando los registros automáticos de ascensión en la oscuridad del espacio, y al mismo tiempo vigilando los cambios alarmantes que estaban ya teniendo lugar en el sol. Pues la gran estrella estaba comenzando ya su desintegración interna. El despliegue de su corona era varias veces mayor que el que nunca se hubiera visto antes; algunas de las llamas subían a alturas que Neith mentalmente calculaba que serían de millón y medio de kilómetros. Ordenó la aceleración máxima.

La astronave brincó hacia adelante Pronto, el planeta Morlna no fue más que un gran globo verde y azul, iluminado en parte por el sol llameante y colgado en la negrura del espacio. Neith podía ver su continente principal, la masa de tierra conocida bajo el nombre de Dau-volna, la tierra de Dau, en honor del primer caudillo espacial. Podía ver sus bahías e islotes, sus dos grandes ríos, las filas de sus montañas.

Ya podía distinguir cómo las nubes se iban agrupando sobre las superficies de tierras y mares, debidas al calor insólito con que el sol engrandecido golpeaba los hemisferios. Luego notó nubes de negrura a lo largo de la superficie verde, y comprendió que serían bosques en los que el fuego había prendido por doquier.

El mundo retrocedió, se empequeñeció rápidamente a medida que la

nave se alejaba, se apartaba del sol, se apartaba de la órbita de Morlna. Incluso a aquella velocidad, podía él ver cómo el cielo de Morlna se iba oscureciendo, poniéndose gris de nubes y de humo. Volviéndose en otra dirección pudo distinguir cómo aquel sol, que en tiempos había sido tan amigo, relucía ahora brillante, blanco y furioso, habiendo ya aumentado dos veces de tamaño y creciendo aún rápidamente.

Dio órdenes de aumentar la velocidad, pero ya habían alcanzado el máximo que se podía alcanzar tan cerca de un sol. El *Formidable* estaba acelerando al ritmo máximo. Dentro de pocos minutos llegaría casi a la velocidad de la luz. Sería una velocidad muy precaria, porque los rayos del sol estaban viajando a toda velocidad de la luz, y antes de que la nave se hallase lo bastante lejos en el espacio para estar a salvo, la nueva oleada de calor les atraparía.

No había otras naves en el espacio. Los últimos cargueros habían salido dos días antes y estaban ya a distancia segura, en camino hacia las estrellas más próximas.

El *Formidable* aceleró; el sol estalló a sus espaldas. Sus planetas quedaron reducidos a cenizas, su luz aterradora se derramó por fin por todo el espacio y llegó hasta la astronave enloquecida. Dentro de la nave fue como si ésta hubiera sido golpeada por una gran mano. Hubo un estremecimiento perceptible. El aislamiento de la nave luchó por mantener la temperatura interior a una escala soportable. Dentro, el aire se calentó rápidamente.

Neith luchaba con los mandos, sabiendo que no se atrevería a aumentar la velocidad de la nave y que, en realidad, cualquier posible aumento carecería ya de importancia. Con desesperación, comprendió que sólo le queda una salida. Debía seguir adelante y esperar que por fin pudiesen rebasar el gran círculo de increíble calor procedente del sol estallado.

El calor dentro de la nave seguía subiendo de ana manera constante y varios pequeños elementos empezaron a mostrar síntomas de irse descomponiendo. Uno por uno, los mecanismos de refrigeración fueron estallando a causa del enorme esfuerzo exigido de ellos. Las pilas atómicas estaban dando muestras de una sobrecarga de energía de alimentación. El impulso de los rayos cósmicos estaba apartándose de las corrientes usuales a causa del impacto.

Por último, todos los motores de la nave estallaron. Se produjo un período terrible de oscuridad, ya que toda la iluminación y fuerza eléctrica de la nave cesaron y las pilas atómicas se cortaron totalmente ante el flujo de unas energías sin paralelo alguno en toda la historia espacial. En la oscuridad y en la muerte, el *Formidable* seguía avanzando, perdido el rumbo, desviado de su corriente cósmica.

Neith continuaba en su puesto lo mejor que podía, pero finalmente sucumbió bajo el esfuerzo. Se sentía arrastrado hacia la inconsciencia, una masa de piel cruda y sudor chorreante Por último, perdió el conocimiento...

Volvió en sí, no supo cuándo. La nave estaba todavía viajando. Alzó la

cabeza del panel de mandos y notó que las luces estaban encendidas, *y* que el tablero funcionaba de nuevo.

A su lado, Szeg se movió, luego los demás. En su tablero, empezaron a sonar zumbidos que indicaban que en toda la nave la tripulación estaba volviendo a sus puestos.

Una rápida revisión de la nave demostraba que otra vez estaba funcionando. Al parecer el *Formidable* se las había arreglado para eludir, después de todo, los bordes finales de la nova.

Y una vez lejos de la distorsión, los motores atómicos se arreglaron ellos mismos y la corriente cósmica volvió a funcionar.

Neith Warren calculó la posición de la nave entre las estrellas. Por un momento se sintió consternado. Rápidamente revisó el rumbo, y ya no le cupo duda alguna; la nave había derivado considerablemente. Es más, se había movido con muchísima más rapidez, ella sola, que en sus mejores tiempos de crucero. Y el resultado era que durante el tiempo que todos habían estado inconscientes, el *Formidable* había rebasado con mucho su objetivo original, un nuevo planeta colonial de la estrella próxima. Ahora, por increíble que ello pudiera parecer, aquella estrella la tenían a la espalda, sus buenos doce años de luz por detrás, y él estaba conduciendo su nave y a dos mil pasajeros dormidos por nuevos e inexplorados territorios estelares.

Mientras la tripulación revisaba el cargamento y comprobaba el estado de los pasajeros inconscientes, Neith y sus oficiales discutían su posición. Empezaron a hacer girar la gran nave en un vasto círculo que la haría describir una órbita a través del sector de espacio desconocido y que finalmente la colocaría en el circuito de otro puesto avanzado del Imperio ultra-komariano. Pero aquello iba a ser un largo viaje, un viaje de docenas de años en medidas planetarias, y la tripulación comprendía que cuando llegasen haría mucho tiempo que estarían ya dados por muertos.

Pero no quedaba otro remedio. Y por tanto, Neith decidió seguir aquella línea de conducta.

Transcurrieron días y semanas y todavía la nave seguía moviéndose entre estrellas inexploradas, regresando con firmeza hacia los mundos que conocían. Y un día, mientras Neith estaba sentado pensativo en el puente, se produjo una alarma.

La tripulación de la nave se sorprendió. Los oficiales de Neith eran de opinión de que una nave exploradora habría salido a buscarles. Se esforzaban en mirar con toda su alma buscando el primer vislumbre de la otra nave, la que había herido su área de sensibilidad del radar. Finalmente el punto fue avistado, y con ansiedad, vieron cómo iba creciendo.

Szeg se mostraba tenso pero sonriente

—Será una cosa grande recibir noticias otra vez de los mundos hogareños —dijo—. Hay muchísima gente en esta nave cuyos familiares fueron rescatados primeros. Se alegrarán al saber que estamos sanos y salvos.

Neith estaba mirando inquieto a la nave que se aproximaba.

—Me parece que todos ustedes han dejado de observar una cosa —dijo por fin en tono tranquilo, haciendo que sus oficiales dejaran sus cábalas y se pusiesen a escuchar—. ¿Han notado ustedes de dónde viene esa nave? ¿Cómo suponen que ha llegado hasta allí?

Todos volvieron a mirar. Entonces se quedaron inmóviles, y dos de ellos profirieron juramentos en voz baja. La otra nave se les estaba acercando en una órbita que no procedía de los mundos komarianos que estaban al costado de *Formidable.* Venía directamente de otro sector del cielo, de una órbita que ningún esfuerzo posible de imaginación podía pensarla originada en las vastas fronteras del Imperio.

—¿Qué es eso? —murmuró Szeg—. ¿Qué puede ser?

Neith no lo habría sabido, pero Warren Alton, que estaba dentro de su cerebro, sí lo sabía. Fue Warren quien puso las palabras en boca de Neith.

—Sólo puede tratarse de una nave de otro sistema estelar. ¡De un mundo que ha descubierto por sí mismo el vuelo espacial!

Warren recordaba la última discusión en la mesa de Enderby. Había más de media docena de mundos que habían descubierto y practicaban el vuelo espacial. Aquello había sido unos mil quinientos años komarianos antes. Dichos mundos no habrían dejado de desarrollar y mejorar su navegación y su técnica.

¿Podría ser del sector de Weidekind? ¿O del sector de Williams? Desesperadamente, Warren trató de recordar los detalles de los informes sobre otros mundos, pero le resultaban demasiado vagos. Entonces recordó las dimensiones físicas de microcosmo y cayó en la cuenta de que el desconocido que se acercaba no podía ser de ninguno de los mundos estudiados por los científicos del Proyecto Microcosmo. Estaban todos demasiado alejados de esta ala de la galaxia en espiral.

El que se acercaba era un desconocido. Pero Neith Warren estaba armado con el conocimiento de que aquellos extranjeros no podían ser muy diferentes y apenas podrían estar más adelantados o más atrasados. Así, pues, cuando la nave extranjera se convirtió ya en un disco de luz y la radio empezó a zumbar con las palabras de una orden en lenguaje desconocido para todos, no cometió el error de dejarse dominar por el pánico.

—Debemos hacerle frente y luchar —dijo Szeg, y los demás oficiales se mostraron de acuerdo.

—Pulverizadlos —propuso un oficial de navegación—. Desintegradlos con nuestro grupo de cohetes de cola —palabras a las que se unió ardorosamente un artillero.

Neith movió la cabeza.

—Tenemos dos mil personas a bordo de esta nave, y nuestra primera obligación es para con ellas. Propongo no llevar a cabo ninguna acción que pueda dañarlas. Las mentes en esa nave pueden sernos extrañas, pero no pueden ser estúpidos, no pueden ser monstruos animalescos si han conseguido dominar las mismas leyes de la Naturaleza que hemos dominado nosotros.

Entonces, los desconocidos hicieron destellar una luz tres veces, y la nave se mostró lo bastante cercana como para que se apreciaran sus detalles. Era un navio de morro aguzado, indudablemente de diseño extranjero, y sin embargo, una nave estelar a ojos vista, pensada para altas velocidades, capacidad maniobrera y combate.

Neith ordenó que una luz de envoltura centelleara tres veces, indicando así reconocimiento. El extranjero se acercó, se colocó paralelamente a *Formidable* y parpadeó de nuevo, colocándose un poco delante. Todos comprendieron que pedía que les fueran siguiendo.

Neith puso su gran nave al paso de la desconocida, y las dos siguieron marchando al mismo ritmo, dirigiéndose, pensó, hacia una estrella que brillaba delante de ellos y cuyos rayos podía notarse que alumbraba a una familia de siete planetas. Un globo diminuto se destacó de la nave desconocida y se abrió camino en el espacio hasta colocarse al costado de la *Formidable.* Hubo una llamada en la escotilla donde la canoa espacial se quedó sujeta. Neith en persona se levantó para salir al encuentro de los desconocidos, y se sentía en un curioso estado de exaltación mental y de alarma. Este era up momento de gran importancia en la historia. Se sentía como arrastrado mientras caminaba hacia la escotilla, y andaba como borracho, llegando a sentir un vértigo pasajero...

En aquel momento, Warren recobró la conciencia en la camareta de la montaña de Thunderhook.

XI

Durante las seis semanas siguientes, los investigadores de la montaña Thunderhook se dieron cuenta de que muchos cambios estaban ocurriendo en sus actitudes mentales. Era un resultado que, desde luego, no habían previsto, y se debía a los curiosos cambios de tiempo que había de experimentar cada uno de los hombres sometidos a la técnica de las transferencias.

Porque lo que sucedía era esto: En aquel período cada uno de los transferentes vivía un lapso de seis semanas en el planeta Tierra, en el lugar llamado Proyecto Microcosmo, y sus cuerpos físicos sólo envejecían en aquel tiempo cuarenta y dos días biológicos, algo inapreciable en absoluto. Pero durante el mismo tiempo sus mentes y memorias se habían abarrotado con muchos años de vida cotidiana y efectiva, minuto tras minuto, como habitantes de una multitud de mundos diferentes. Por otra parte, aquellos mundos no resultaban nunca extraños a quienes basaban sus mentes en ellos. Pues dentro de los cerebros de gente nacida y criada en aquellos planetas de un universo más allá de todo contacto y control físico, sus mundos hogareños resultaban familiares y naturales, y todo lo que ocurría en los mismos era el estado normal de la sociedad y de la Naturaleza.

De esta forma, cada uno de los transferentes había vivido por períodos variables de dos a diez meses como parte y miembro de sociedades humanoides, compartiendo la vida familiar, los problemas cotidianos, las preocupaciones, las esperanzas, las ambiciones y los placeres de aquellas sociedades, y compartiéndolos como miembros naturales de tales sistemas sociales, y no como visitantes de un mundo externo. La aumentada concentración de la plana mayor en aquellas transferencias había añadido literalmente años cargados de memorias y de complicaciones emotivas a los caracteres y psicologías de los científicos de la montaña Thunderhook.

Como resultado de aquel envejecimiento espacio-temporal, de aquellas experiencias acumuladas en profundidad, cada uno de los comprometidos había experimentado un cambio en la personalidad. Se mostraba en un dulcificamiento, en una acumulación de sabiduría y paciencia, en una clarividencia más profunda, en cierta maduración emotiva insólita en muchas de aquellas personas. Quizás ellos no se daban cuenta todavía, pero los miembros no participantes de la plana mayor lo estaban notando.

Jack y Kenster y el otro guardia lo notaban. Mientras antes habían tratado de ajustarse a los sabios a quienes custodiaban, hallaban ahora que eran ellos los que tenían que reajustarse constantemente. Ese era el caso en particular con Marge McElroy A medida que iba yendo una y otra vez al mundo situado en el núcleo del microcosmo, iba ganando exactamente aquella sabiduría mundana que su niñez de provincia no había sabido darle. En su mente guardaba recuerdos de maternidad, de amor dado, de amor denegado,

de vida dedicada a ideales, de vida dedicada a la religión. Como resultado era ella ahora, en aquel pequeño espacio de seis semanas, una persona mucho más rica y madura. Todavía una muchacha dulce y risueña, miraba ahora a los guardias como lo que eran: hombres fuertes y fornidos de no mucha educación, sensibilidad ni inteligencia innata. Porque ella había conocido a hombres de calidad y a mujeres de fibra, y aquel conocimiento le había hecho mucho bien. En cierto sentido todavía no estaban claras sus relaciones con los hombres que la rodeaban; ella reconocía una falta en sí misma, pero sabía también que nunca podía volver a ser la misma muchacha más bien superficial y a veces demasiado segura de sí misma.

Jack Quern se las había arreglado para poderla besar algunas veces durante las primeras cuatro semanas, pero pronto advirtió en ella un distanciamiento un creciente desinterés por aquel juego infantil de amoríos baratos. Se enfadó por eso, echándole la culpa a algún otro hombre, probablemente a alguien del equipo científico, que se habría interpuesto. No estaba seguro de quién era, pero empezó a vigilar a todo el mundo con mucha atención para averiguar quién podría haberle birlado la pieza.

En cuanto a Marge, sólo concedía parte de su tiempo al trabajo en el interminable archivo foto gráfico conservado por Steiner y Marco. No era en forma alguna una periodista modelo, pero sus informes acerca del florecimiento y cambios históricos en el mundo donde había pasado años mentales, eran de interés. Ante todo porque se trataba de un mundo que se había desarrollado sobre rutas menos materialistas que la mayoría de los demás. Posiblemente debido a su posición en el eje del mayor punto de concentración estelar, los habitantes habían adquirido una fijación sobre la gloria de su cielo, habían desenvuelto una teocracia astrológica más bien peculiar, dedicándose a complicadas danzas rituales y a profundos conocimientos de música.

En el curso de la creciente evolución de las civilizaciones microcósmicas, aquel mundo también había sido visitado por los pilotos espaciales de otros planetas, y finalmente había quedado integrado en la vasta red de inteligencias relacionadas entre sí.

Porque aquel había resultado ser el curso seguido por la inteligencia en aquel microcosmo, Era opinión de Enderby que también ese resultaría ser el curso inevitable de la vida en el futuro de nuestro universo. Fuera a serlo o no, ciertamente ello se mostraba como una ruta que todos tenían que atravesar dentro los cien mil planetas del universo hecho por el hombre.

Lo mismo que el Imperio ultra-komariano había colonizado y creado una Federación de planetas en su propio sector, así también habían hecho en sus sectores otros mundos dedicados al viaje espacial. Con el tiempo, aquellos sectores empezaron a entrelazarse: la civilización salió al encuentro de la civilización. Naves espaciales encontraron a otras astronaves; no siempre de la forma espectacular como ocurrió cuando la explosión del sol de Moría, pero sí de una manera u otra.

Aquellos encuentros fueron a veces pacíficos, como había resultado cuando el episodio de Moría. Warren había leído el relato completo de aquel encuentro trascendental durante una transferencia que hizo mil años más tarde y en la que se dedicó a estudiar el asunto concienzudamente. El relato se contenía en una transcripción tridimensional sacada de los amarillentos y vencidos volúmenes que se hallaban en la sala de archivos de la gran Universidad de Komar. Los bibliotecarios habían mirado sorprendidos al joven estudiante de física, que era Warren durante aquella transferencia, que había insistido con juvenil intensidad para que le mostrasen aquel libro antiquísimo.

Pero algunas veces los encuentros de civilizaciones interestelares fueron más belicosos.

Había habido Imperios estelares que se habían liado a golpes desde el primer encuentro, disputando por la posesión de un planeta o por un simple satélite. Aquellos Imperios habían chocado en horrísonas batallas de vertiginosas naves espaciales en los dominios del vacío, con incursiones relámpago sobre mundos indefensos.

Pero incluso aquellos choques habían cesado y más y más combinaciones planetarias fueron ocupando su lugar. Finalmente llegó el día en que los Imperios se combinan para formar Confederaciones más poderosas. Y esas Confederaciones, a su vez, a lo largo de otros varios miles de años, se combinaron para formar Centros de Sector.

Aquel era el memorable asunto sobre el que Warren acababa de informar mientras estaban sentados en torno a la gran mesa en la montaña de Thunderhook. Había sido la transferencia más reciente de Warren, y su relato había tenido embelesados a todos los oyentes, aun estando ya acostumbrados como estaban a maravillas y rarezas.

Era el caso que Warren había sido participante en el Congreso Galáctico que había resuelto unir las seis grandes Federaciones de Sectores en una sola Liga de Planetas que los abarcara a todos.

El Congreso se había celebrado en la gran ciudad de Du, capital de la Federación del Suroeste. y Warren había sido uno de los sesenta y dos delegados de aquella Federación, como representante de tres mundos.

Les describió la enorme sala de conferencias, en realidad varias grandes salas enlazadas con telecomunicadores tridimensionales que daban a cada estancia la sensación de formar un solo cuerpo con las demás. Describió los diversos tipos de seres presentes en aquella conferencia, todos ellos seres humanos en el aspecto general, pero exóticamente diferentes en modos diversos. Los crestados cráneos de plumas de un planeta, los enanos de otro, los octópodos de un mundo y los de cutis variopinto de otro, más de los abigarrados trajes de ceremonia de un centenar de diferentes planetas. Había representantes que tenían dos ojos, unos cuantos tenían cuatro, un grupo planetario tenía un solo ojo centrado en la frente.

Habían elegido a Dau como capital de su galaxia, siendo aquella

ciudad, cuyo nombre tal vez procediese de un pionero mítico de vuelo espacial, una de las más viejas ciudades planetarias.

Mientras el otro hablaba, Williams hacía signos de asentimientos, y que se había perdido aquella reunión por el escaso margen de un siglo, pero era cosa de la que aún se hablaba en sus días. Weidekind se mostraba fascinado, porque era él el que iba a realizar la próxima transferencia y el que vería en funcionamiento el sistema de una galaxia única durante sus primeros años. El mismo Enderby había hecho en persona varias transferencias, y naturalmente también las habían hecho los otros, salvo Steiner y Marco. Pero aquellos dos eran lo bastante ancianos para haber adquirido sabiduría por sus propios años, y dejaban el vagabundeo a los más jóvenes.

Marge estaba sentada a la mesa, escuchando con interés y sumida en grave silencio. Pero se mostraba demasiado erguida, sutilmente distinta, y Warren se sentía muy intrigado por ella. En los últimos tiempos, habían conversado varias veces, y cada vez veía él con mayor claridad que la atracción latente que en un principio le había divertido, ahora se estaba convirtiendo en él en algo que se iba haciendo más y más emotivo por momentos. Sentía que tenía necesidad de verla, de hablar; de pasear con ella. Incluso mientras estaba refiriendo las instrucciones y controversias que habían tenido lugar en el Congreso Galáctico, su mente no dejaba de darle vuelta al problema de cómo podría charlar con Marge aquella noche.

El problema de poner de acuerdo a las Federaciones no tenía nada de fácil Muchos de sus elementos habían quedado resueltos durante siglos anteriores, pero operar con toda la galaxia era un asunto diferente y más complejo. Con una galaxia que era un universo, los viajes estelares exigían períodos de tiempo que significaban años sin contacto con los mundos hogareños. Dentro de las astronaves, ningún viaje era demasiado intolerable. El problema no estribaba en eso; el problema candente consistía en cómo mantener el contacto entre los mundos sin demasiada pérdida de tiempo.

En esencia, la solución se había encontrado de la misma manera que los hombres de Thunderhook habían transferido sus mentes.

No mediante el poder mental, sino por la creación deliberada de bloques de materia tan exactamente equilibrados, que vibrasen en simpatía precisa el uno con el otro. Pues tal bloque vibraría simultáneamente con su compañero fasado, sin que importase lo más mínimo que una galaxia separase a las dos unidades. Como resultado de esto, había sido posible establecer sistemas totales de comunicación para el cambio de mensajes e imágenes en cien mil mundos simultáneamente.

De esta forma aquel Congreso tenía otra cualidad única, una cualidad simbólica. Era una reunión de seres físicos que no volvería a darse más. No había ya necesidad alguna de que los delegados se viesen el uno al otro. Podrían comunicarse fácilmente sin pasar por las molestias y gasto de tiempo de los viajes cósmicos. Podrían permanecer en sus mundos hogareños y hablarse con la mayor facilidad.

Pero, de momento, como medio para impresionar y conseguir para siempre la unidad de la galaxia, aquella reunión había sido decisiva En el futuro, en la ciudad de Dau, se hallarían los armonizadores simpáticos de todos los mundos, y la ciudad actuaría como estación central para todos los intercambios.

Así, pues, aquella reunión había sido la primera asamblea física y sería la última en el microcosmo. Honor de Warren era el haber estado presente.

Después de haber entregado su informe y de haberse debatido el mismo, la reunión del equipo de Thunderhook se disolvió. Se sostuvo una breve discusión del problema de los espías; había pruebas de que se habían realizado otros intentos para copiar los datos, intentos que fracasaron. Enderby, sin embargo, volvió a advertir a todos que era de esperar que dichos esfuerzos continuaran hasta que el espía lograra sus propósitos o fuese descubierto. Exigió toda cautela.

—Estamos ahora —había dicho— en posesión de los secretos científicos que el género humano tardaría en descubrir los próximos veinte mil años. Debemos adoptar toda clase de cuidados en la custodia de dichos secretos. Un cuidado extremo.

En las últimas horas de aquel día, cuando la mayor parte de los hombres había abandonado mesa donde tomaron la cena, para dedicarse a una tranquila partida de cartas, o a leer o a fumar, Warren salió a dar un paseo.

Era ya bien entrado el verano. El cielo no estaba del todo oscuro, el horizonte ardía con luces violetas en los últimos momentos del crepúsculo. Un único punto blanco traicionaba al planeta Venus, la estrella de la tarde, el lucero que precedía a la procesión celestial de la noche inminente. Había en el aire el aroma de los pinos, la humedad de los bosques arracimados en las laderas de las montañas, el gorjeo crepuscular de los pájaros, y los primeros chirridos de los grillos.

Warren caminó lentamente por la hierba en la zona despejada situada en las afueras del grupo de edificios que formaban el Proyecto Microcosmo. Se alzaba allí una pequeña colina a la que había subido en tardes pasadas para descansar tranquilamente y fumarse una pipa, mientras contemplaba el nacimiento de las estrellas. Era un período de meditación.

Era un hombre diferente del que había llegado aquí un día para cumplir un encargo. En su mente había recuerdos de las vidas de otros seres. Rememoraba otros momentos, se veía en otras tierras, meditando ante otros paisajes, mirando otro; cielos. Recordaba los períodos de inactividad en la Luna de Hielo, tiritando en su traje espacial y mirando el negro vacío sin aire. Recordaba unas vacaciones con su esposa en las playas de Morlna, y la risa de ella y el chasquido de los peces voladores. Recordaba otros tiempos y otros mundos. Y todos eran reales, todos atrayentes.

Pero éste era su propio mundo; éste, su universo. El otro, aunque sus espacios fueran amplísimos, era sin embargo finito. Comparado con este infinito universo de la Vía Láctea y de sus compañeras galaxias y meta-

galaxias, era una simple burbuja, una burbuja espacio-temporal con fronteras definidas por todos los lados. Aquellas fronteras estaban registradas en los planos; la Liga de Planeta había llegado a semejante conocimiento, y más allá de tales límites no habría nada para los habitantes. Pero nuestro propio universo era infinito, por lo menos en lo que el hombre podía dictaminar. Estallando de una u otra manera a la existencia, parecía seguir para siempre, dilatándose, alejándose sus partes de una manera constante, manteniendo una teoría que nuevas partes se iban engendrando constantemente. Eso era la infinitud. ¿Podía ser entonces que para la humanidad del mundo no hubiese ningún límite?

Estaba oscureciendo cuando llegó a la cumbre de la pequeña colina. Tras él, estaban ya encendidas las luces de la morada principal y las pocas luces de los demás edificios. En todos los alrededores las oscuras sombras de los picos de las montañas, y, sobre su cabeza, el arco del cielo, con alguna que otra estrella empezando a mostrarse a través del ennegrecido azul.

Se dio cuenta de que había alguien más en la colina, una figura sentada en la hierba, acurrucada e inmóvil.

—¡Hola! —tanteó—. ¿Quién está ahí?

La figura le miró. El vio el vislumbre de un rostro y el contorno más oscuro de una masa de cabellos.

—Soy yo —dijo la voz de Marge—. Me he venido aquí para mirar al cielo y pensar un poco.

—Yo también —contestó él—. ¿Te importa que te acompañe?

Se tendió sobre la hierba al lado de ella y por un rato los dos permanecieron silenciosos, viendo como el cielo se oscurecía hasta la negrura y las estrellas empezaban a tachonarlos de puntitos de luz.

Al cabo de un rato podían ya ver la corva espada del Camino de Santiago extendiéndose sobre los cielos y las titilantes luces de miríadas de estrellas.

—Es una visión maravillosa, ¿verdad? —preguntó él.

Ella siguió callada un largo rato.

—Sí —dijo por fin—. Es maravilloso, No es como el cielo donde he estado. Aquél es maravilloso también, pero de una manera diferente. Aquel cielo, tan lleno de grandes estrellas blancas, causa más respeto. Tiende a sobreponerse a uno, a aplastarle bajo su peso. Este cielo nuestro es más fácil, y, sin embargo, mucho más intenso. En cierto modo, parece entrar dentro de una, tocar en el alma con su sugerencia de profundidad y de espacio; da la sensación de inmortalidad.

El asintió y cargó su pipa.

Después de un largo silencio, continuó ella, hablando en voz baja, como si lo estuviera haciendo consigo misma:

—Me siento humilde delante de todo esto; sin embargo, siento también que debería estar cantando. Siento una ligazón con todo, con los árboles y con la hierba, con los insectos y el viento y con las rocas mismas que me rodean.

Mirar a nuestro cielo me hace sentirme en profunda armonía con la existencia.

Warren miró al firmamento meditativamente. Asintió.

—Has cambiado, Marge —-dijo—. ¿Lo sabes? También creo haber cambiado yo. Este asunto nos ha cambiado a todos. Pero creo que ha hecho maravillas contigo, más que con nadie. No pareces la misma chiquilla que llegó aquí hace pocos meses.

Marge contuvo la respiración y le lanzó una rápida mirada en la oscuridad.

—No... no sé a qué te refieres —dijo ella—. Aunque espero que será un cumplido.

La sonrisa de él quedó oculta por la oscuridad. Era una muchacha diferente; había en ella algo que le hacía sentirse dichoso y exaltado.

Permanecieron sentados otra media hora, hablando poco, pero disfrutando de una serena alegría bajo el manto de estrellas. Luego se levantaron y caminaron lentamente, de regreso a la morada, en medio de la oscura noche iluminada por las estrellas. Le dijo adiós cuando ella subió las escaleras y luego se dirigió a la sala de archivo para ver si todo estaba en orden. Era una inspección nocturna de la que se había encargado y que formaba parte de las medidas generales rutinarias de seguridad.

A mitad de su camino, entre los edificios, una forma oscura surgió ante él y le cerró el paso.

—¡Alton! —dijo el otro, y él reconoció la voz del guardia Jack Quern.

Se dispuso a seguir, pasando a su lado, pero la mano de Jack avanzó y le cogió por el brazo.

—¡Oiga, Alton! No me gusta que tontee usted con mi chica. He sido yo el que me he ganado a la muchacha, y no voy a dejar que nadie me la quite. Así es que déjela en paz. De lo contrario...

Un ramalazo de rabia se alzó en Warren.

—De lo contrario..., ¿qué?

—¡De lo contrario, esto! —llegó la respuesta.

Pero Warren retrocedió antes de que el puño de Quern pudiera hacer blanco. Se dobló ágilmente y lanzó un derechazo. Durante unos segundos hubo un forcejeo. Quern era un buen luchador callejero, pero en Warren había topado con un hombre que tuvo que aprender todas las estratagemas de la lucha en el servicio militar. Warren no quedó herido, pero esperaba haber propinado algunos golpes buenos al guardia.

Se separaron y se oyeron palabras agrias. Pero Warren le advirtió fríamente que Marge no era “chica de nadie” y que era muy dueña de ver a quien quisiera, porque eso era asunto de ella.

Mientras se alejaba del guardia enfurecido, Warren iba preguntándose a sí mismo qué significaban sus propios sentimientos hacia la muchacha. Sospechaba que ya lo sabía. Había tonteado con muchas señoritas que pensaban que un corresponsal extranjero famoso era una buena presa, pero ninguna de ellas había logrado de él un chispazo de respuesta. Pero en lo alto

de aquella colina, junto al Proyecto más ambicioso y extraño de toda la historia científica, la chispa había saltado,..

XII

Excepto una o dos veces, Leopold Steiner no había sido un participante regular en el programa de transferencias. Pero en la sesión de mesa redonda que tuvo lugar una semana más tarde, fue él quien constituyó el centro de la atracción. Porque lo que tenía que decir era de una importancia suprema.

Fue él quien inició la reunión discutiendo brevemente el origen de aquel universo hecho por el hombre mediante un único y gigantesco protoátomo de hidrógeno situado fuera de nuestro propio espacio y de nuestro propio tiempo. Siguió describiendo la explosión de aquel átomo y de cómo sus partes componentes se expandieron hacia afuera, primeramente como gases de la más extrema temperatura, y cómo luego empezaron a juntarse en polvo cósmico, y éste se agregó a su vez en los distintos elementos, y finalmente en las estrellas y planetas de una única agrupación galáctica,

—Esta galaxia ha estado expandiéndose todavía, agrandándose por el impulso perdurable de la explosión original, lo mismo que nuestro propio universo está también expandiéndose. Pero mientras que nosotros estamos ahora seguros de que nuestro universo es infinito y de que, por tanto, es también probable el hecho de que nueva materia esté adviniendo a la existencia constantemente, nosotros también sabemos que este no es el caso con nuestro experimento. Nosotros, después de todo, lo creamos, aunque no podamos controlarlo después. Sabemos también que hemos sido nosotros los que hemos establecido sus límites.

’’Está limitado por las fuerzas constrictoras de nuestro continuum espacio-temporal, un segmento del cual ha sido arrojado aparte para permitir la existencia del microcosmo, pero que también está gobernado por resistencia espacio-temporal. Además está controlado por la aplicación de fuerza atómica generada aquí en nuestras propias instalaciones. Esto aumenta la resistencia natural de nuestro propio universo, el cual, trabajando de consumo, es capaz de igualar a la energía total del microuniverso mismo.

”De esta forma, la expansión continua de nuestro microcosmo está definitivamente delimitada. Debo ahora decirles a ustedes que su expansión ha alcanzado sus límites; que ha cesado de expandirse y que está empezando a contraerse.

Hizo una pausa y miró alrededor para ver si todos le seguían.

Warren estaba sentado, retrepado en su silla, escuchando con calma. Por lo que colegía, el fin del experimento estaba próximo. Los otros se mostraban ligeramente preocupados. Marge, sin embargo, se inclinaba hacia adelante, con el rostro tenso.

—¿Quiere usted decir que el microcosmo se acerca a su fin? —preguntó ella a Steiner.

El físico de fama mundial la miró y se encogió de hombros.

—No más pronto de lo que habíamos supuesto. Puede que tarde aún dos o tres años en acabar. Será interesante ver cómo. Y ni que decir tiene, debemos aguardar hasta que ello suceda.

Marge movió la cabeza impacientemente.

—Sí, ya comprendo que transcurrirá algún tiempo antes de que todo termine. Pero en lo que yo estaba pensando era en los planetas, y más especialmente en la vida que reina en ellos. ¿Les afectará esto pronto, y, si es así, en qué forma?

Steiner se frotó la barbilla.

—Supongo que les afectará. Es una especulación interesante, desde luego. Pero cómo y hasta qué punto, no lo sabemos todavía.

Por un momento hizo una pausa.

—Mire usted —empezó—, hemos estado midiendo la impulsión de las estrellas del micro universo y el movimiento de la galaxia y de sus racimos. Hemos visto ahora que las franjas exteriores, habiendo alcanzado los bordes externos del microuniverso, se hallan distorsionadas en el espacio. Están sometidas a un retorcimiento dimensional que las hace volver, a fuerzas que las rebotan, si usted quiere. Consumen su energía hacia afuera y empiezan a rebotar lentamente hacia el centro de su esfera universal. Este proceso comenzó con lentitud, pero ahora le vemos lanzado a toda marcha.

’’Cuando las estrellas interiores y los planetas que tienen adjuntos comiencen a retroceder hacia el centro común, empezarán a formar una concentración de gases y de materia en el eje. Antes de esto había habido una atenuación de dicha Concentración, atenuación que, entre otras cósas, permitía el crecimiento de la vida. Ahora ocurre el proceso inverso. A medida que las estrellas retrocedan y se concentren, tenderán a ir acumulando el calor. Parecerán retornar a una condición más primitiva. Finalmente, podemos suponer que formarán una masa concentrada de energía y materia en el centro mismo, la reconstitución precisa del átomo primitivo.

”En cuanto a los planetas, que, como ustedes saben, desde un punto de vista estrictamente astrofísico, son los materiales cósmicos de menos importancia, probablemente se tornarán incapaces de sostener la vida tan pronto como este proceso empiece a desencadenarse en forma general. Yo diría que muy bien pueden transcurrir otros cuantos millones de años antes de que la última y más rudimentaria forma de vida bacteriana sea aniquilada. La aniquilación sobrevendrá, naturalmente, mucho antes, para las formas de vida altamente organizadas. Quizás esa Liga de Planetas que ustedes han visto pueda durar cien mil años más antes de que estas civilizaciones sean barridas sin remedio por el calor acumulado y el polvo estelar.

Hizo circular fotos que indicaban los cambios que ya iban observándose.

Warren se mostró angustiado.

—Deduzco de lo que ustedes dicen que ahora tendremos que presenciar el fin de un universo, la condenación de muchas civilizaciones y de los que

viven dentro de ellas. Entonces, ¿es que no hay esperanzas para esa gente?

Weidekind le replicó:

—¿Cómo va a haberla? Todos nosotros sabemos que no hay mundo alguno que no tenga que morir algún día. Será muy interesante ver cómo los habitantes respectivos afrontan la cuestión.

—No deja de ser un pensamiento deprimente —dijo Enderby—. Sin embargo, este microcosmo ha beneficiado a nuestro propio mundo. Y en ese sentido pueden ustedes decir que sus habitantes han vivido para algo.

Marge estaba pálida. Dijo con voz horrorizada:

—¿Y eso va a ser todo el existir y todo el terminar de esos pueblos maravillosos? ¿De los millones y millones de hombres y mujeres que han luchado y esperado y sufrido por hacer moradas mejores para ellos mismos y para los demás? ¿Todos sus esfuerzos y sacrificios han de acabar en el incendio y en la muerte lenta, ahogados en sábanas de polvo cósmico que se apoderarán de sus orgullosas ciudades y construcciones y de sus audaces y generosos planes para el futuro, todos los cuales desaparecerán tragados por las llamas?

Los demás, más tranquilos, se quedaron mirándola.

—Me temo que no haya esperanza alguna —dijo Steiner—. ¿No es ese el fin último de todos los hombres? ¿Ha oído usted el dicho bíblico: “Polvo eres y polvo volverás”. ¿Cree usted que la muerte de todos los hombres es más que la muerte de un hombre solo?

Marge movió la cabeza con profunda angustia.

—No puedo creerlo. La muerte de un hombre no es más que un simple incidente mortal, sólo la parte de un todo mucho mayor. El todo, la sociedad, la especie entera, no estaba destinada a ser destruida. Los hombres mueren para que sus prójimos puedan seguir viviendo. Pero no para morir todos.

Enderby intervino.

—Esto no sirve de nada. Tuvimos el privilegio de presenciar el nacimiento de un universo, ahora nos vemos obligados a presenciar su muerte. Quizá no estaba bien que nosotros hayamos tenido que ser testigos de estas cosas, nosotros, que somos mortales. Pero ya que estamos embarcados en esto, tenemos que el fin tanto como el principio.

Después de aquello el relato de las distintas transferencias constituyó siempre una especie de revelación lúgubre. Por interesante que hubieran podido parecer en otros tiempos, ahora el conocimiento de la condenación inminente lo coloreaba todo. Pero una cosa estaba clara: hasta ahora, al parecer, los habitantes del microcosmo no habían descubierto por sí mismos el fin total. Lo que era tan claro para la observación exterior no se detectaba tan fácilmente desde el interior.

El microcosmo estaba viviendo la era más utópica de su existencia. En los diversos mundos, losdolores y agonías de la evolución social habían acabado en el logro de un dominio universal de la ciencia y de las leyes naturales. La abundancia era la regla general, y si a un mundo le faltaba algo,

lo obtenía fácilmente de los otros. Pero los habitantes no carecían de trabajo y cosa por los que interesarse. Una multitud de discusiones filosóficas ocupaba a los mejores cerebros. Y los deportes se habían elevado a una complejidad y diversidad tales, que resultaban asombrosos de contemplar. Todas las artes estaban alcanzando alturas con las que nunca hubiera podido soñarse, y aunque poco podía traerse de aquello a los laboratorios de la Montaña con toda su profundidad y complejidad, sin embargo, los transferentes se las arreglaban para reunir informes que mantendrían ocupados durante siglos a las mentes y artistas de la Tierra.

Después de que se disolvió la reunión y mientras Warren estaba preparándose para retirarse, le sucedió el tener que escuchar involuntariamente un trozo de conversación entre Enderby y Stanhope. El técnico fotográfico y jefe de la sala de archivos estaba preocupado. Había visto figuras distantes moviéndose entre los bosquecillos próximos. Decía que sospechaba que se tratase de ladrones al acecho.

—¿Cree usted que hay hombres acampados en los bosques próximos? —preguntó Enderby con calma.

Stanhope asintió.

—Nunca les he visto mostrarse a la luz del día, pero me da la sensación de que estamos siendo vigilados.

Enderby asintió.

—No le diga esto a nadie. Hablando con franqueza, me alegro de saberlo. La verdad es que he pedido aumento de vigilantes, y lo que usted dice confirma lo acertado de mi petición. Desde aquellos intentos de robarnos los informes, solicité que se aumentara la vigilancia. Estoy seguro de que se ha reforzado el servicio destinado a protegernos. Pero no diga usted nada sobre eso. Hay alguien entre nosotros que no es en forma alguna quien dice ser, pero todavía no estoy seguro de qué persona se trata. Hasta que lo atrapemos con las manos en la masa, mantengámonos tranquilos.

Stanhope y Enderby se alejaron, y Warren no oyó más. El periodista subió a su habitación, muy pensativo.

A la tarde siguiente, después de que otros tres miembros habían llevado a cabo transferencias, llegó el turno de Warren. El desempeñaba un papel especial entre los investigadores, porque el suyo resultaba ser el sector central donde se hallaban las oficinas de la Liga de los Planetas. Ese era el cometido de la ciudad de Dau, una metrópolis planetaria komariana

Después de la transferencia, su primera impresión fue la de burbujas, centenares de graciosas burbujas multicolores que flotaban dulcemente bajo un cielo azul. El estaba de pie en algún sitio mirando burbujas. Mientras estaba allí, la escena pareció mecerse suavemente y las burbujas dieron la impresión de cambiar de sitio y moverse con lentitud.

Parpadeó y aguzó la mirada. Sí, eran burbujas, pero también eran edificios. Luego, el cerebro komariano que su mente estaba usurpando empezó a facilitar las respuestas. Mentalmente se orientó contra el cambio.

Aquella era Dau, pero era una Dau totalmente distinta de la ciudad que él había visitado en el gran día de la fundación de la Liga. Esta era Dau doce mil años más tarde; una ciudad incomparablemente transformada, una ciudad que no tenía nada en común con la otra, salvo un nombre muy antiguo, cuyo origen se perdía eu el pasado más remoto.

Era una ciudad de grandes burbujas, burbujas de conglomerado plástico, sopladas constantemente y encerrando los barrios residenciales de la población de la ciudad. Aquellas burbujas, moviéndose sobre la superficie según el deseo de sus ocupantes, eran hogares únicos o viviendas unidas, según se prefería. Dentro de ellas, la gente vivía y dormía y realizaba sus trabajos o se ocupaba de las cosas que les resultaban interesantes. El paisaje en torno a la ciudad había vuelto a su belleza natural. Grandes prados, jardines con flores de colores deliciosos, montañas colocadas deliberadamente para conseguir un bello efecto escénico e incluso varios volcanes cuidadosamente controlados, prestaban riqueza a la escena. La ciudad ocupaba todo el planeta, y sus hogares podían hallarse en cualquier parte; sobre un rugiente océano, en una selva deliberadamente planeada, o en un hermoso parque

El hombre cuyo cuerpo ocupaba Warren y cuyo nombre no se puede transcribir fácilmente a una lengua terrenal, dejó de mirar por la ventana. En su vivienda-burbuja había amplias habitaciones, cámaras en perfecto acuerdo con el mundo exterior. Las sillas flotaban dulcemente sobre los suelos; cuadros de ricos colores brillaban y se movían a lo largo de las paredes, y muchos artefactos, desconocidos en la Tierra, suministraban placer a la mente, a los ojos y a los oídos. Aquella era también una cámara de trabajo, puesto en el cometido del mundo-ciudad de Dau consistía en actuar como sala de archivos y departamento de intercambios de todos los mundos de su universo.

Cada una de las familias que habitaban en aquellas casas-burbujas tenía una conexión con determinados mundos, e intercambiaban y coordinaban noticias, descubrimientos científicos y teorías especulativas. Los comunicadores eran globos cristalinos que colgaban suspendidos en ciertas habitaciones. Estaban fasados con otros comunicadores-globo semejantes de Dau y de otros planetas habitados del mismo universo. Dentro de ellos podía verse y oírse lo que quiera que fuese visible y audible en el otro globo correspondiente.

Así, pues, Warren volvió a su trabajo de aquel día y miró dentro de los globos los rostros de otros seres en otros mundos y transcribió, mediante bancadas de memorialistas sub-atómicos, todo lo que era de importancia. Dichas bancadas memorialistas a su vez correlataban todo lo que era nuevo de cualquier parte de Dau, lo clasificaban en enormes centros de almacenamiento centrales, lo registraban, lo catalogaban y lo iban colocando en los lugares previstos.

Cambió saludos con algunos de sus amigos, oyó montones de noticias, recogió informes deportivos de mundos distantes cuya verdadera naturaleza él ignoraba, recopiló los últimos argumentos sobre religiones y filosofías, en las

que estaba poco interesado, eligió lo que más le intrigaba, apostó por determinados juegos en la liza de un planeta distante que de momento le divertía.

De esa forma transcurrió la jornada. El resto del tiempo lo dedicó a comer, a tomar unas bebidas, a charlar con amigos, a ver a una amiga y otras pequeñeces que constituían un día corriente y sin acontecimientos.

Transcurrieron varias semanas de aquella manera lánguida pero completa. Warren se sentía embelesado por la interminable variedad de maravillas. No se trataba de ningún trabajo obligatorio, pero existía tanta fascinación en aquella cultura de rango universal, que la mayor parte de los ciudadanos de Dau, en realidad trabajaban con exceso, pero sin darse cuenta.

Luego, una noche, mientras su hogar-burbuja cruzaba entre las nubes tormentosas de una tempestad de arena, mientras abajo los árboles se inclinaban por efecto de las ráfagas de la controlada estación del tiempo, actuó como monitos en una discusión sobre las elecciones celebradas entre extraños seres, parecidos a hormigas, de un mundo no enteramente civilizado. Y entonces fue cuando se produjo una alarma general de índole noticiosa. Hacía muchísimos años que no ocurría ninguna. Al principio no cayó en la cuenta de lo que era. Su globo comunicador se había vuelto negro de pronto, luego se iluminó para flamear tres veces, con una luz roja.

Aquello era una señal para una noticia que debía repercutir en todo el universo. Aquello sólo podía acontecer con noticias que afectaran a todo el mundo, y, ¿qué tipo de historia podía ser de semejante grandeza?

El globo se iluminó. Hubo una confusión momentánea mientras varios canales parecían luchar en busca de espacio. Luego un rostro emergió brevemente. Los envejecidos rasgos de un astrofísico famoso.

—Irrumpo ahora, amigos míos, para traeros el anuncio de una profecía, y una confirmación. Os reconstruiré la profecía, hecha por el Oráculo de la Estrella Blanca hace doscientos años.

Su rostro se desvaneció y en su lugar adivino una faz extraña. Era el rostro de una mujer, pero un rostro peculiar, muy diferente de las normas de belleza komariana. Era de piel pálida y su cabeza estaba cubierta por un turbante blanco con un emblema de brillantes en forma de una estrella. Sus cejas bajaban en un amplio arco que culminaban en un trazo de inesperada negrura. Bajo aquellas cejas, muy hundidos en la cabeza, casi ocultos de la luz, protegidos por aquellas monstruosas protuberancias de las cejas, estaban los ojos, oscuros, profundos y ¡brillantes. Bajo aquellas cejas ceñudas y ojos escrutadores, el rostro parecía bajar como cortado a pico. Una delgada y punzante nariz, labios muy pequeños y una pequeña barbilla completaban el rostro insólito.

El efecto resultaba fantástico, pero no sorprendente para el hombre de Dau. Aquellos eran los rasgos de una raza típica en las regiones del Gran Fulgor: mundos que giraban en torno a varios soles o colocados en espesos

racimos estelares. Pero aquel rostro particular resultaba familiar.

La mujer habló. Tenía una forma ritual de hablar, parecía estar cantando las palabras, pero su voz poseía una calidad obsesionante. Y hablaba de la condenación inminente.

Decía que el universo había alcanzado su expansión máxima; que las estrellas iban a retroceder a su fuente original. Decía que el fin de los mundos se acercaba, y que todos deberían prepararse para ello. Decía que debieran iniciarse los preparativos, porque aunque miles de años quedaban todavía por delante de la humanidad, era preciso no perder ni un minuto.

Luego el rostro se borró. Hubo un breve momento de silencio y luego el astrofísico volvió *a* aparecer.

—Hemos estado investigando esta profecía durante doscientos años. Ahora podemos ya hacer públicos los datos hallados. El Oráculo tiene razón. Nuestras medidas han confirmado que nuestra galaxia ha cesado su movimiento hacia el exterior, que los bordes más lejanos de nuestras estrellas conocidas están empezando a retraerse, que han revertido su movimiento. La banda roja de las estrellas más lejanas se ha convertido en e! espectroscopio en una banda violeta. El universo está empezando a colapsarse.

”Lo que esto significa es que el Oráculo, por una sabiduría peculiar a su oficio, ha dicho la verdad. Vuelvo a poneros con el Oráculo de la Estrella Blanca.

Otra vez el globo se iluminó y otra vez el rostro de una mujer blanca y enturbantada apareció. Pero no era en absoluto la misma mujer. Era una persona de la misma raza, de la misma peculiaridad de facciones, pero era un ser diferente. Sin embargo, aquella persona habló una vez más afirmando la inminencia del fin, urgiendo a todos a entablar discusiones sobre las formas y los medios de salvar las vidas del universo entero.

El globo se apagó. Warren retrocedió y se dejó caer en una silla que se había movido para recogerle automáticamente. Se quedó mirando al globo con fijeza. Otros rostros aparecían ahora allí, rostros llenos de excitación. La conversación estaba empezando a extenderse.

La mente de Warren se esforzaba en localizar a aquel Oráculo. Una persona rara. ¿Cómo podía ser ella la primera que estuviese enterada del cambio ocurrido en el universo?

Hizo memoria. El hombre cuyo cuerpo ocupaba Warren había visto varias veces a aquella mujer, pero le había prestado poca atención. Ella era un enigma, pero uno más en una galaxia llena de enigmas, de modo que aquella mujer no había llegado nunca a preocuparle.

En su mundo particular se la consideraba como a un ser “eterno”, aunque fácilmente se echaba de ver que no era siempre la misma persona; el Oráculo de la Estrella Blanca era un título, pero también más que un título. Al parecer se trataba de una sucesión de mujeres cada una de las cuales, al recibir el título a la muerte de su predecesora, parecía también adjudicarse los recuerdos, la mentalidad y la personalidad del Oráculo de la Estrella Blanca

acabó por conseguir sólida fama en toda la galaxia como persona de más conocimientos acumulados que cualquier otro ser viviente.

Por lo general, ella hablaba en parábolas y alegorías, pero se debía que en ocasiones adelantaba un hecho clarividente de invención y ciencia que venía a añadirse de manera exacta al surtido de la civilización universal. No era una mujer fácilmente accesible, no respondía a ninguna pregunta acerca de ella misma, y en raras ocasiones consentía en pronunciar profecías de tipo personal.

Así, pues, este era su descubrimiento. Era la primera que se había enterado del fin futuro, confirmado luego por la ciencia. Era sabia, de aquello no cabía duda, pero a Warren el asunto le parecía doblemente curioso.

¿Podía una persona, a la que de un modo u otro se le había ido pasando la chispa de consciencia que durante miles de años había estado ardiendo constantemente, ser capaz de localizar fuentes de conocimiento cósmico denegados a los científicos más esclarecidos?

Pero su especulación en este punto hubo de ser dejada de lado ante el alud de opiniones e ideas que llovieron sobre los micromundos durante el resto de la estancia de Warren. Al cabo de un año aproximadamente, perdió el conocimiento y se halló de nuevo en la montaña Thunderhook.

Los informes de todos los transferentes que fueron después de él, confirmaron la historia. Las noticias que se intercambiaron aquella noche en la sesión de mesa redonda resultaron extrañamente similares. Durante los siguientes doscientos años, la discusión prosiguió. El registro mental de Dau clasificaba y examinaba millones de sugerencias, siendo cada una de ellas analizada y sometido a prueba. Según el último relato, aún no se había hallado ninguna solución práctica.

Aquella tarde, Warren miró al microcosmo en la cúpula principal. Aparecía cambiado desde la primera vez que él y Marge lo habían visto. Parecía haberse comprimido ligeramente y mostrar síntomas de irse rizando en los bordes. El cambio continuaba.

A primera hora de la mañana siguiente, Warren fue de nuevo transferido. Una vez más estaba en la ciudad de Dau, una vez más era uno de sus afanosos ciudadanos confeccionando los índices de todo el conocimiento colectivo de diez mil mundos.

Seiscientos años habían transcurrido desde que la condenación final fue revelada. Había surgido un cierto número de filosofías. Una de ellas era la de la fe en la condenación. Predicaba la resignación y la concentración en la belleza y temas contemplativos. Aquella filosofía tenía sus partidarios.

Otra consistía en un plan alocado de ahuecar los mundos, sellándolos contra toda radiación cósmica, y capacitándolos así para resistir otro millón de años más. Había muchos que favorecían aquella idea, pero los físicos la rechazaban. Decían que no resultaría práctica y los psicólogos añadían que sería tanto como un suicidio mental la inmolación de mundos enteros.

Luego existía también una filosofía del suicidio mismo. Esta

propugnaba que se fijase una fecha, la de dentro de diez mil años, y entonces, en una celebración en masa, todos los planetas se desintegrarían a sí mismo mediante el fuego atómico. Se extinguirían con una llamarada de gloria.

Había también un grupo que decía que el remedio era preciso buscarlo forzando las barreras del tiempo y del espacio, irrumpiendo de un universo a otro. Warren halló que el portaestandarte de aquel punto de vista era el Oráculo actual de la Estrella Blanca, y que la misma estaba ganando apoyo rápidamente por parte de las mentes directoras de la galaxia.

La idea de demoler la estructura misma del propio universo era una idea nueva. Era el pensamiento de que la creación es infinita, y que, aunque su propio universo pareciera ser finito, mensurable, y con límites definidos, sin embargo, aquello no podía ser verdad. La mente inteligente no podía concebir un fin de sí misma, ni un fin de la existencia. Si el universo era finito, ¿qué había fuera de él?

Un concepto teológico, pero un concepto al que ningún amontonamiento de filosofía materialista podría contestar nunca. Sencillamente la razón no está construida para concebir su propio fin. Sobre este punto el Oráculo estaba martilleando incansable, y la extraña mujer no dejaba de ganarse adeptos.

Durante sus siete meses de estancia en el microcosmo, en el curso de aquella transferencia, aquel debate se desplegaba incansable. Incluso antes de que Warren se desfasara de nuevo para regresar al Proyecto Microcosmo se veía ya que el punto de vista del Oráculo iba a ser ensayado.

Los que estaban a favor de la resignación no se oponían a los demás. Los que planeaban enterrarse dentro de sus mundos eran completamente libres para iniciar las excavaciones. Los partidarios del suicidio estaban conformes en aguardar hasta ver qué salía de la prueba.

La Liga de los Planetas se reunió para la última gran lucha final. Sus millones de mentes estaban trabajando sobre el problema de romper la estructura universal misma.

El problema era de una envergadura fantástica. Se manifestó desde el primer momento que virtualmente nada podría romper la estructura espacio-temporal del universo excepto la aplicación de una fuerza igual o mayor a la del universo mismo. Para resolver aquel planteamiento, las mentes de toda una galaxia pusieron manos a la obra.

Warren explicó todo aquello a los investigadores en el consejo de mesa redonda que celebraron aquella misma tarde. Pero las cabezas de todos los expertos en ciencia se movieron decididamente. Steiner, Marco, Enderby, Weidekind y los demás concordaron en lo mismo. El microcosmos no podría ser roto por los que estaban dentro de él. Todo el poder de que disponían sería incapaz de igualar a la suma total del microcosmo mismo.

—Además —dijo Steiner—, estamos añadiendo fuerza a sus fronteras desde la pila atómica que tenemos aquí en Thunderhook. Incluso aunque pudieran concentrar una gran fracción de las energías de sus soles en un sector

pequeño, la aplicación constante de nuestros frenos magnéticos movidos por fuentes de fuerza exteriores a su universo, contrarrestaría cualquier cosa que pudieran hacer.

—Pero —dijo Weidekind entusiasmado— será maravilloso contemplar todo eso. Una culminación grandiosa. Será un espléndido reportaje en la historia que haga usted de este experimento, Warren.

Warren miró en torno. Ninguno de los científicos, a pesar de lo profundamente ligados que estaban con el microcosmo, parecía hallarse muy deprimido. Todos conservaban aquella maldita compostura impersonal del observador objetivo dedicado a su tarea. Pero había otro, además del suyo, que reflejaba una profunda angustia y desesperación. Era el de Marge.

XIII

Durante la semana siguiente, una tensión insoportable reinaba en el proyecto de la montaña Thunderhook, tensión tan profunda a su modo como la que reinó sobre los mundos del microcosmo durante los siguientes tres mil años Se contaba con que los transferidos a los mundos del universo hecho por el hombre se viesen afectados por la angustia reinante.

Un hombre no pasa la mejor parte de un año en compañía de una comunidad poseída de un estado febril por el conocimiento de una inminente condenación final y luego vuelve a pasar un día entre compañeros normales de la Tierra, sin que pese en su espíritu el malestar de aquella actitud psíquica. Pero además había otras causas que justificaban en el mismo Thunderhook el malestar creciente.

Los informes sobre desconocidos vistos en los bosques aledaños resultaron hallar confirmación, y se supo entonces que los guardianes habían sido aumentados por una especie de anillo exterior, un grupo de vigilantes alquilados espaciados a lo largo de los flancos montañosos. Los científicos se daban buena cuenta de que los datos que existían en sus archivos eran extremadamente importantes; en manos tiránicas podría significar la ruina para el mundo. No se trataba meramente del vuelo espacial, sino del estelar; los secretos para utilizar la energía cósmica, los secretos para extraer energía directamente del sol, los planes arquitectónicos para remodelar planetas, procedimientos para dominar la gravedad y fuerzas aún más superiores; todo aquello eran las conquistas del experimento microcósmico. Y ahora que la civilización microcósmica estaba a punto de expirar, parecía que no habría más revelaciones científicas.

Concretamente, como Enderby le explicó a Warren en cierta ocasión, éste era el momento en que el espía oculto debía asestar su golpe y huir. De aquí los vigilantes, de aquí la tensión.

Por otra parte, existía la cuestión de qué sucedería cuando los mundos unidos del microcosmo realizaran su esfuerzo por romper los límites de su propio universo. A pesar de la certidumbre de que ello no podría tener éxito, el conocimiento íntimo de la proximidad del ataque tornaba vibrante la situación.

La voz del Oráculo de la Estrella Blanca podía oírse en todo momento durante las transferencias, exigiendo prisa, asegurando con firmeza que triunfarían, desafiando a todos los hechos y cifras expuestos por los matemáticos y teorizados físicos de un millar de mundos.

—Hechos y cifras pueden resultar falsos. No tenemos nada que perder. Romperemos la brecha —repetía la voz de la mujer, voz que iba resonando en una y otra habitación de cada uno de los mundos de todo un universo.

—Probaremos aunque los hechos estén contra nosotros —decían los

demás—. Una parte no puede ser nunca mayor que el todo. Lo más que podemos revisar no será sino una fracción del contenido de nuestro universo, y esa fracción no puede nunca cancelar la masa del todo. ¿Dónde está la prueba de que exista otro universo? Que se nos muestre la evidencia, que se nos muestre el más ligero indicio de prueba de esa existencia que está por fuera de la existencia.

Pero el Oráculo seguía alzando aquella única llama de esperanza, la esperanza que está más allá de la lógica.

—Existe. Debemos concentrar nuestras energías y golpear. ¡Creedme y luchad!

Y en Thunderhook, en comidas y en discusiones, la voz del Oráculo era repetida por los transferentes y las voces de Steiner y Marco y Enderby solían disentir.

—¿Qué clase de prueba pueden tener ellos de que haya una existencia fuera de la suya propia? No puede haber contacto alguno entre universos que tienen diferentes continuums espacio-temporales. Una parte no puede ser nunca mayor que el todo.

”E incluso si consiguen concentrar toda la masa de energía del microcosmo entero contra las barreras de nuestro espacio, nosotros podemos añadir fuerzas que les rebasarán para siempre.

Pero la repetición del Oráculo tenía un efecto hipnótico. Incluso aquellos que no creían, como Weidekind y Hyatt, Rendell y Williams, se mostraban más y más agitados y más y más irritados, Los ánimos se iban caldeando.

—Resulta difícil estar en dos campos al mismo tiempo —le dijo Warren a Marge una mañana—. Es como tratar de echar raíces en ambos bandos a la vez, y tratar de luchar por ambos bandos al mismo tiempo.

La muchacha le miró. Aquella semana estaba arrebolada, cogida por la tensión del ambiente.

—Pero yo no puedo de estar convencida de que Steiner y los demás están equivocados. Los conocimientos científicos de los sabios del microcosmo son mucho más avanzados que los de ellos... y la gente del microcosmo sigue adelante con sus planes.

Hablaba suavemente, pero Warren comprendió que estaba esperanzada en el éxito del proyecto de irrupción al exterior. Como tal mujer, se había identificado con los que clamaban pidiendo ayuda, y ninguna lógica podría apartarla de su nueva lealtad. El contestó haciéndole ver que incluso aquellos otros cerebros, adiestrados en progresos físicos de un adelanto muchísimo mayor que el de Steiner, no creían realmente en la posibilidad de abrir una brecha. Todos se estaban dejando arrastrar por una mera voluntad de creer, llevados por la voz cantarina e hipnótica de una mística.

Marge le miró, pero se contuvo y no dijo nada.

Y Warren se fue a su transferencia. Se coló dentro .del curvado mundo de la ciudad de Dau, dos mil años después de pronunciarse la sentencia de

condenación.

Había desaparecido las burbujas y los paisajes. Toda la energía media del mundo, y era igual en todos los mundos, se había concentrado en la creación de la nave mundial. Aquel era el navío que llevaría a los vástagos del pueblo komariano en el intento de abrir la brecha. El planeta estaba ahora esquilmado y agujereado. Vastos filones de metal habían sido extraídos para usarlos en la construcción de la nave. Los campos se habían convertido en junglas y las fieras rugían en las noches barridas por la tormenta. En algunos lugares descargaban volcanes no domados, subproductos de los métodos implacables usados para cuartear el planeta y obligarlo a producir lo que necesitaban.

Las casas-burbujas, cortadas por la mitad y convertidas en cúpulas, se amontonaban en las mesetas polares, juntándose en grandes ciudades incolores de fatiga e histerismo. Los que estaban trabajando en la nave mundial eran hombres abnegados, educados desde la niñez en una atmósfera de ceñuda urgencia, hallando su felicidad tan sólo en el acabamiento de otro sector de la nave mundial. Y otros individuos, que habían elegido una filosofía diferente, se apartaban de los trabajadores de la nave.

En sus ciudades reinaba la histeria. Había un florecimiento y caída constantes de nuevos cultos y lóbregas filosofías. Entre muchos reinaba la opinión cínica de *après nous le déluge,* y éstos hacían del placer la única meta de su vida. Otros se dedicaban a un constante rumiar sobre sus almas.

Entre aquellos diversos puntos de vista no había mucha armonía. La paz se hallaba establecida principalmente por el auténtico y exclusivo fanatismo de cada filosofía.

La nave mundial era una cosa fantástica. Durante aquel período, Warren trabajó en ella siete meses. Era una astronave cuya longitud sobrepasaba los mil quinientos kilómetros, cuyos espesores y diámetros eran de una grandeza similar, y que transportaría, prensados como láminas de corcho, a una cuarta parte de los habitantes del globo, llevando en sus bodegas el contenido entero de los mayores museos, bibliotecas y salas de archivos. Sería impulsada por el consumo de las energías totales de poderosos soles; consistiendo su impulsión en rayos sub-cósmicos que mantenían las tensiones básicas del universo mismo y quemando soles enteros en poderosas llamaradas controladas de novas, precipitándose a sí misma hacia adelante en un avance imparable.

La nave se terminaría dentro de otros mil años, y en otros mundos, naves similares estaban siendo construidas. Cuando todas estuvieran listas, se reunirían en una poderosa flota, devorarían para su impulsión a un millar de poderosos soles, y arremeterían juntas contra el punto más lejano del universo, un área carente de estrellas y donde la fuerza de la gravedad de la masa galáctica estaría en un nivel más bajo. Era opinión de los científicos más cuerdos que el único resultado sería el de ver a las naves describiendo una curva gigantesca, agotando por fin su fuerza de impulsión, y terminando por

dar vueltas en torno a los límites cuatridimensionales de su universo, pero permaneciendo todavía dentro del mismo.

Otros científicos decían que el resultado sería la incineración total de los barcos, incluyendo a la fuerza solar y a todo lo demás, en una explosión gigante.

Y la voz del Oráculo se oía una y otra vez, repetida por discos cada día. Predecía la victoria, prometiendo un universo distinto y mayor más allá de aquel universo moribundo.

Después de meses de trabajo entre las vigas y estructuras de la nave mundial komariana, la reiterada profecía del oráculo sonaba en los oídos de Warren como un firme cántico que sirviera de telón de fondo. Vio que la mente dentro de la cual estaba, creía en aquello, aceptó su fe, y no permitió que los procesos mentales se mezclaran en sus exactos cálculos de ingeniería. Una cosa era la fe; otra, la mecánica.

Así transcurrió la semana. Cada transferente veía cómo el trabajo iba avanzando, cada uno volvía con su mente vibrando con los ecos de los sonidos de las construcciones descomunales y con la insistencia de la voz del Oráculo. En Thunderhook, la conferencia de mesa redonda asemejose a un consejo de guerra, y Enderby trató de deducir de los distintos informes el momento exacto en que se intentaría abrir la brecha.

Unido con aquello estaba la sensación de perturbaciones en las colinas. Stanhope informó que a mediados de la semana se había realizado un intento para penetrar en la sala de archivos. La puerta había sido forzada; se llegó a entrar en la sala. Pero un timbre de alarma que había sido instalado a prevención, funcionó y el intruso huyó.

Finalmente, se vio ya con claridad que había llegado el momento de que fuera intentada por los mundos microcósmicos la apertura de una brecha. En el último viaje de Warren, en la tarde del viernes, la nave komariana estaba ya lista y se procedía a su carga. Colgaba en el cielo del planeta como un nuevo satélite, un extraño satélite de brillante plata. Con regularidad constante, iban subiendo los niños, las mujeres y los hombres que habían elegido correr el albur. Arroyos de transbordadores espaciales se alzaban, descargaban y volvían. En las ciudades, entre los no creyentes, bacanales por todo lo alto estaban en curso. El planeta se quedaría para ellos; y se estaba preparando para pasarlo lo mejor posible.

Warren regresó con la fecha en que se haría el intento. Su fecha, y las proporcionadas por otros que también hicieron transferencias aquel viernes, se confirmaban entre sí. El intento se haría aquella misma noche, aproximadamente a eso de las once por la hora de Thunderhook.

Enderby dio la alerta a todo el equipo. Warren y Marge, después de la cena, subieron a la gran cúpula para echar un vistazo al microcosmo.

Steiner entró de servicio con ellos, relevando a Marco. Los tres se quedaron en el estrecho balconcillo que corría en torno al interior de la gran cúpula y contemplaron la pulsátil esfera del poderoso microcosmos. Aparte de

los ligeros cambios astronómicos debidos al paso del tiempo, nadie podía sospechar el momento de crisis que agarrotaba a los planetas dentro de aquel universo. Su galaxia en espiral parecía estar más apretada, pero sus estrellas seguían brillando y su impresionante interior era todavía una mirilla para un universo fuera de nuestro propio espacio y de nuestro propio tiempo.

Permanecieron allí largo rato en silencio. El zumbido de los rayos magnéticos que mantenían controlado el universo resonaba en la cúpula. Marge se movió al costado de Warren, diciendo:

—Parece que hace siglos desde que llegamos a este sitio.

Warren asintió:

—Han sido siglos, realmente. ¿Quién podría haber pensado que el ir detrás de un reportaje estúpido acerca de espejismos estrambótico nos iba a traer a esto de tomar parte en uno de los mayores milagros de todos los tiempos?

Steiner, que estaba junto a ellos, habló de conformidad:

—Sí, me lo explicó muy bien. Por lo que a mí se refiere, he visto crecer esto desde su mismo origen, y me siento un poco como Dios. Sí, pero quizás un dios no muy bondadoso. Es probable que esta noche tengamos una pequeña nebulosa en el borde de este universo, después de que la pobre gente haya hecho explosión contra nuestras barreras. Eso es lo que yo creo que sucederá. Se verán lanzados en un torbellino de luz, y luego, pum, todo será como era antes.

Warren se quedó mirando la masa pulsátil de «estrellas y cielo, y preguntó:

—¿No existe la menor esperanza de que puedan irrumpir afuera? Después de todo, están concentrando una gran cantidad de fuerza contra una pequeña fracción de la piel de su universo. No podrían abrir una brecha, crear una pequeña perturbación en nuestro propio espacio-tiempo, y cerrarse de nuevo?

Marge contuvo el aliento. Steiner soltó una risita.

—Existe una ligera posibilidad de que eso llegue a ocurrir, desde luego. Pero afortunadamente para nosotros, no sucederá. Si sucediera, tendríamos aquí una terrible explosión, pero la posibilidad ha quedado suprimida porque hemos puesto a trabajar nuestras fuerzas atómicas para mantener al universo controlado. No confiamos exclusivamente en los límites de este pequeño universo; nunca podríamos limitarnos a eso. Dejado por su cuenta, se abría expandido más allá de nuestros edificios. Naturalmente, ahora que se está contrayendo, no hará eso, pero de todas formas mantenemos sobre él nuestro cinturón magnético. Y mientras nuestras fuerzas exteriores están aquí, no habrá ruptura alguna, por mucho que lo intenten. No. no podrá suceder.

Movió una mano por el balcón que bordeaba el interior de la cúpula. Warren y Marge vieron una vez más los rayos enfocados sobre el microcosmo desde todos los ángulos, por arriba y por abajo y alrededor de la esfera.

—¿No hay un control aquí para todo eso? —preguntó Marge.

Steiner asintió.

—Sí, hay un pequeño tablero de mandos junto al telescopio principal, pero no puede apagar la fuerza. Sólo puede modificarla o intensificarla para nuestro propio uso. Pero no puede ser apagada. Sólo el hundimiento de nuestra pila atómica podría hacer eso, y los conmutadores que serían afectados están el depósito de fuerza, no aquí.

De la misma forma, permanecieron durante media hora, mientras la noche caía y el tiempo seguía avanzando. Estaban en silencio, embelesados como siempre por la maravilla del universo hecho por el hombre. Una vez, Marge preguntó:

—¿Hay alguien esta noche que realice una transferencia?

Warren movió la cabeza, denegando.

—Enderby creyó que sería peligroso. Habría sido interesante estar presente en el vuelo de ruptura, pero demasiado peligroso. El jefe opina que eso podría afectar al cerebro del transferente. Por lo demás, dice que mañana podremos ver lo que haya sucedido. Los que hayan permanecido en el microuniverso obtendrán fotografías. Si nos es posible verlas en el manicomio en que van a convertirse esos mundos condenados.

Marge se estremeció.

—No puedo resistir esa idea. No iré mañana. No quiero volver nunca más a ese universo.

Warren no contestó. Comprendía muy bien los sentimientos de la muchacha. Se quedó mirando fijamente el microcosmo. Allí, viviendo v moviéndose a un ritmo acordado a un tipo diferente de tiempo y espacio, se estaban realizando preparativos para un momento trascendental de la vida. Probablemente, en aquella misma hora, las naves rompedoras estarían reuniéndose, colocándose en ringleras, acumulando energías más amplias que las que cualquier construcción artificial hubiera contenido nunca, nombrando a sus comandantes, seguramente el Oráculo de la Estrella Blanca, aquel extraño ser eterno figuraba entre ellos, e iniciando su viaje hacia el borde más remoto de aquel universo.

El reloj mural dio las diez. Marco, Enderby, y otros dos más entraron. Congregándose, pensó Warren como buitres sobre la presa.

Luego, de algún sitio fuera de la cúpula, llegó el estrepitoso campaneo de un timbre de alarma, todos alzaron la mirada y se contemplaron asombrados. Enderby, que era el que estaba más cerca de la puerta, corrió en mitad de la noche, volvió de pronto la cabeza y gritó:

—¡Vengan! ¡Están luchando en la sala de archivos!

En un movimiento unánime, la gran cúpula se quedó vacía. Warren y Marge y los científicos se lanzaron por la puerta, y corrieron por la hierba oscura bajo el cielo tachonado de estrellas Podían oír gritos, y se escuchó el tableteo seco de una pistola.

Parecía existir una multitud de hombres agrupándose en torno al edificio de los archivos. Más hombres, pensó Warren mientras corría, que

todos los que formaban parte del Proyecto. Oyó una voz que vociferaba algo; con un sobresalto, reconoció la voz del guardián Jack Quern, pero el idioma no era inglés.

Evidentemente, el espía no había esperado más. Había reunido a su banda, agentes de alguna potencia extranjera, y habían elegido aquel momento para interrumpir a viva fuerza, para saquear la sala de archivos y llevarse los documentos cuya información haría a su poseedor la nación más poderosa en los años venideros; la clave misma de las estrellas se hallaba en aquellos expedientes.

Había una confusa mescolanza en tomo al almacén. Warren distinguió un vislumbre de helicópteros que se posaban en la hierba, con sus grandes aspas girando despaciosamente. Los espías habían llegado por los aires; estaban ahora en la sala de los archivos; hombres que trataban de escapar cargados con las cajas de los expedientes.

Divisó también a otros hombres que entraban a la carga desde los árboles, vio pistolas en sus manos, oyó gritos en inglés. El FBI había irrumpido en el lugar. Se oyó un disparo desde uno de los helicópteros y se produjo luego un tiroteo. De pronto, uno de los extraños aeroplanos estalló en llamas al ser alcanzado su depósito de gasolina por un proyectil.

Al resplandor del incendio. Warren distinguió a hombres enzarzados en la lucha. Vio a Stanhope tendido a la puerta de la sala de archivos, inconsciente, sangrante la cara y la cabeza. Debió de ser el que había tocado el timbre de alarma. Individuos desconocidos estaban luchando en la puerta de la sala. El canoso Enderby y el maduro Steiner forcejeaban con un bigotudo extranjero cuyos brazos estaban cargados de legajos

Warren golpeó a ciegas a otro hombre que se había lanzado contra él. Sintió un puñetazo en la cara, y retrocedió unos pasos, para asestar luego su propio puño en la mandíbula del desconocido. El otro cayó derribado. Warren miró en torno rápidamente para ver qué otra cosa podía hacer. Otro helicóptero estaba ardiendo, y entonces, a través de la puerta de la sala de los archivos vio una lengua roja.

—¡Fuego! —gritó, pero, en medio de la lucha, nadie le oyó.

En el espacio de pocos segundos, hubo un estallido de llamas brillantes y toda la sala de archivos se convirtió en una hoguera.

Los hombres se retiraban del incendio, y la lucha pareció acabar. Indudablemente aquel era el segundo objetivo de los espías: si no podían apoderarse de los secretos, tendrían que destruirlos antes de que otros pudieran hacer uso de ellos. Y aquel objetivo lo estaban consiguiendo.

Warren miró salvajemente en torno al ver que los intrusos estaban huyendo. Sabía que durante toda la noche habría una cacería en los bosques y que no conseguirían escapar. Ni uno solo de ellos. Vio a Marco rebuscando frenéticamente en la hierba, al rojo resplandor del incendio, tratando de salvar lo poco que pudiera de los legajos arrebatados.

De pronto, Warren se acordó de que hacia un rato que no veía a Marge.

¿Dónde se habría metido durante aquella pelea? ¿Estaría herida? Miró alrededor, pero no la vio.

Se preguntó qué hora sería. El intento de ruptura estaría a punto de llevarse a cabo, pero nadie podría presenciarlo. ¿Habría vuelto la muchacha a la cúpula o la habrían derribado en la refriega?

Frenéticamente, miró por todas partes hasta que por fin distinguió la figura de una mujer que corría hacia uno de los edificios en penumbras. Tenía que ser Marge, pensó, y corrió detrás de ella, llamándola por su nombre.

Al resplandor del incendio, la muchacha volvió la cabeza para mirarle, pero continuó corriendo. El se lanzó en su seguimiento.

La muchacha llegó al edificio cuadrangular de hormigón donde se albergaba la pila atómica. Warren la vio hurgando en la cerradura de la puerta, vio cómo conseguía abrirla.

Salió corriendo detrás de ella, y la luz se encendió dentro de la casilla de mandos. Llegó a la puerta. Una vez dentro, la muchacha se había dirigido a toda prisa hacia la bancada de controles que regulaban la salida de la pila, las esferas que registraban su flujo y su corriente. Estaba buscando frenéticamente algo sobre la masa de indicadores.

—¡Marge! —gritó de nuevo—. ¿Qué estás haciendo?

Ella no le contestó. En lugar de eso, empezó a arrancar rápidamente clavijas de sus enchufes, y por fin halló un conmutador principal. Lo agarró, y Warren se lanzó hacia ella gritando:

—¡Marge, detente!

Pero ella tiró del conmutador.

Dentro de la casilla, las luces se habían apagado. La muchacha había cortado la comunicación entre la pila y el resto de los edificios del Proyecto. Fuera, todas las luces se habían apagado: las de la vivienda principal, las de los otros edificios, y las de la carretera.

El incendio estaba rugiendo todavía en la sala de los archivos, y era dudoso que alguien se hubiese dado cuenta del apagón, lo que no era de extrañar por el tiroteo que estaba desarrollándose en los bosques, la captura de los helicópteros que quedaban por los vigilantes de refuerzo, y la confusión general.

Warren llegó junto a Marge con la intención de volver a conectar en la oscuridad el tablero de mandos. La muchacha le cogió del brazo y le arrastró afuera.

—¡Vente, rápido! —dijo.

El había perdido ya el dominio de sí mismo y salió siguiéndola hasta la puerta de la casilla.

Fuera, se extendía una visión lúgubre de sombras rojizas sobre los edificios a oscuras, las siluetas en movimiento de varios hombres, la redonda cúpula del sombrío hemisferio que albergaba al microcosmo. Sobre ellos, el cielo era de una claridad deslumbradora y las estrellas brillaban en el esplendor del aire montañero; y la ancha faja blanca de la Vía Láctea era un

camino entre los cielos.

—Mira la cúpula —dijo Marge en voz baja, y su brazo blanco, iluminado por el señalaba al redondo edificio.

Warren se quedó transfigurado, mirando la cúpula, perdido en un vértigo de pensamientos. Deben de ser las once, notó su mente con sorpresa.

—La fuerza se extinguió —susurró Marge— Ahora no tienen límites en su universo. ¡Pueden hacerlo; yo *sé* que ellos pueden hacerlo!

Antes de que se diera cuenta de lo que ella quería decir con “ellos”, se sintió petrificado por el asombro. Porque he aquí que un repentino rayo de luz flameaba en lo alto de la cúpula. Parecía atravesar como un único rayo, una ventana que si hubiera abierto de pronto, pero allí no había ninguna ventana ni abertura alguna.

Y luego, una vibración súbita sacudió el aire, un zumbido fantástico, una nota cantarina, y él vio cómo el rayo blanco se ensanchaba y se rompía luego en múltiples rayos. Aquello fue seguido inmediatamente por una catarata de sonidos y luego por un silbido extraño, casi silencioso, que hizo que los tímpanos de sus oídos le dolieran como si una gran presión se los hubiera hecho saltar de pronto.

Vio saltar del rayo una tenue fibra de plata, una delgada esquirla de metal. Luego, otra y otra, y todavía más. Y las esquirlas de plata subían al cielo, haciéndose más grandes a medida que iban ascendiendo, hinchándose en el aire y en el firmamento de la noche estrellada.

Ahora, toda una nube de esquirlas estalló en el techo de la cúpula, como un arroyo de chispas de un fuerte leño arrojado sobre ascuas ardientes. A medida que aquellas esquirlas subían, iban aumentando de tamaño y podía verse que eran naves, grandes naves de plata que se expandían rápidamente mientras avanzaban a lo alto del firmamento nocturno.

En pocos instantes, terminó todo: el rayo desapareció, la noche volvió a oscurecerse de nuevo, salvo las ascuas moribundas del humeante edificio de los archivos. En la memoria de Warren perduró una imagen de grandes sombras oscuras contra el cielo, de estrellas empañadas por las formas de una extraña flota de navíos que semejaban oscurecer momentáneamente el cielo, de horizonte a horizonte, antes de desaparecer en la relumbrante inmensidad de la Vía Láctea.

Marge y Warren permanecieron silenciosos hasta que la última sombra ante las estrellas desapareció de la vista y la noche volvió a aquietarse de nuevo.

—¡Lo hicieron! —dijo Marge triunfalmente—. ¡Les dije que lo harían! Les prometí un nuevo universo, un universo infinito, y ahora están salvados.

Warren se volvió hacia ella.

—¿*Tú* les prometiste? —murmuró, desconcertado—. ¿*Tú*?

La muchacha volvió su rostro hacia él, con la luz de las estrellas infinitas en sus ojos.

—Yo estaba allí para ayudarles. Yo, yo sola.

—No comprendo —dijo Warren, sin dejar de mirarla fijamente—. ¿Quién eres tú para ayudarles? Tú eres Marge McElroy, y tu puesto está aquí. ¿Dónde tienes tu cámara?

La muchacha le miró con el rostro resplandeciente.

—Soy Marge McElroy, ahora y para siempre. Pero también fui alguien más. Yo era aquella a la que se conocía como Oráculo de la Estrella Blanca.

Warren movió la cabeza confundido.

—¿Cómo puede ser eso? El Oráculo era un centenar mujeres en serie, un centenar de mujeres distintas.

Marge sonrió:

—Yo me convertí en el primer Oráculo y ella era una mujer brillante, un verdadero genio. Ella tenía la mente más poderosa de todos sus congéneres. Fue ella quien transfirió su mente aquí en la mía; era su mente la que me ocupaba, la que me enseñaba a pensar y a ver las cosas tal como eran, y la que nunca fue transferida de vuelta. El Oráculo estaba en dos sitios al mismo tiempo. Yo era Marge McElroy y, al mismo tiempo, yo mantenía el fantástico mental con quienquiera que fuese el Oráculo. Nunca perdí el contacto.

“Mira, mientras tú y los demás estabais espiando en el microcosmos, yo era el espía de ellos aquí. El Oráculo de la Estrella Blanca lo fui siempre yo. Lo que Marge sabía, lo sabía ella, y su conocimiento se extendía sobre centenares de generaciones, porque yo estaba siempre allí.

Sonrió y movió la cabeza.

—Pero ya se ha acabado. En alguna de esas naves va montado un Oráculo de la Estrella Blanca. Pero ya no sigue siendo adivina; he perdido el contacto con ella. Ya no es el Oráculo, sino una mística difusa cuya influencia se desvanecerá pronto.

“Bueno, está bien como está. Les he dado un universo nuevo y mayor, y ahora pueden extenderse y vivir todos los asombros y maravillas del mismo. Nada se ha perdido de nuestros archivos... Porque los verdaderos archivos vivientes están allá en lo alto, y cuando llegue la hora les encontraremos y pasaremos a formar parte de ellos.

”En cuanto a mí —dijo volviéndose hacia él—, mi vida está aquí en la Tierra. Estamos enterados de las cosas que se han convertido en humo aquí en esta montaña, Warren. ¿Quieres ayudarme ahora a construir un futuro para nosotros dos?

Warren la miró y no vio ningún Oráculo de ojos profundos y cejas prominentes, ni una eterna sacerdotisa de clarividencia milagrosa. En lugar de eso vio el dulce y risueño rostro de una muchacha joven, vibrante de juventud, cuyos ojos habían contemplado la gloria lo mismo que la había contemplado él. Y, sin pensar en más, sin conversación innecesaria, se limitó a inclinarse y la besó en la cara.